CLARO DE TIERRA

Arthur C. Clarke



Prólogo

Veo siempre con sumo gusto la versión al castellano de una nueva obra de Arthur Clarke, autor de novelas de fantasía científica con el que no he disimulado nunca la gran predilección que tengo por él. Nuestra COLECCIÓN NEBULAE lleva ya publicadas tres novelas suyas: *Las Arenas de Marte* (N.° 5), *Expedición a la Tierra* (N.° 8) y *Preludio al Espacio* (N.° 25), que han sido todas muy del agrado de nuestros lectores, los cuales, en todas las encuestas que hemos llevado a cabo, las han incluido entre sus preferidas. Esta novela suya que hoy ofrecemos a nuestros lectores, CLARO DE TIERRA (en inglés «*Earthlight*»), no tan sólo no desmerece frente a las anteriores citadas, sino que, por su escenario más amplio, bajo algunos puntos de vista, las supera.

El motivo principal de mi preferencia por Arthur Clarke es su competencia. Al leer sus obras, el lector tiene siempre la impresión que el narrador sabe muy bien el terreno que pisa; está dentro de sus dominios. Y efectivamente así es, porque Arthur Clarke no sé si es novelista por afición (y, en todo caso, no se le pueden negar excelentes dotes literarios), pero si sé que es astrónomo y astrofísico por profesión. Este equilibrio entre las facultades de buen escritor y los conocimientos técnicos, que es condición indispensable en todo buen autor de novelas de fantasía científica, no creo que nadie lo haya conseguido tan bien como Clarke. Hay autores con una excelente formación científica o técnica, pero a los que falta el requisito de ser buenos novelistas y, naturalmente, sus obras, que estarían muy bien como tratados o especulaciones de carácter teórico o técnico, carecen de virtudes literarias y no reúnen la primera condición que debe reunir toda novela que es la amenidad. Con más frecuencia los hay en que se da el caso inverso; son autores de buen estilo, literariamente irreprochables si se quiere, pero creen que su fantasía puede suplir la falta de conocimientos técnicos y lo que sucede es que por elementales que los posea el lector, se da cuenta en seguida que el autor está fuera de su terreno e intenta suplir con la imaginación una formación técnica que no posee. Es curioso que este último caso es más corriente entre los autores latinos, especialmente franceses, que creen que en este género literario, con ardides de buen novelista, se puede escamotear una base científica. Hay que confesar que, en general, los autores anglosajones, quizá de fantasía menos exuberante, son más comedidos en este particular.

CLARO DE TIERRA es una novela interplanetaria, como la mayoría de las de Clarke, especialista en el sistema planetario solar y autor de detallados estudios sobre Marte y la

Luna. En la mayor parte de sus obras, sin embargo, sitúa la acción en un planeta determinado, cuyo ambiente sabe describir con minuciosidad y verosimilitud; en ésta intervienen todos los planetas solares, aunque el centro de la acción radique en la Luna. Es una novela de anticipación de las que podríamos llamar «a corto plazo», pues lo que en ella sucede se supone que tiene lugar tan sólo de aquí doscientos o trescientos años, plazo que él considera más que suficiente para que la Tierra haya «colonizado» todos los planetas, incluyendo los más lejanos como Plutón.

No crea, sin embargo, el amigo lector que va a iniciar la lectura de este libro que todo en él se reduce a disquisiciones técnicas de astronáutica o de astrofísica; el libro tiene también un contenido profundamente humano y se ocupa de lo que podríamos llamar la política internacional del porvenir que, claro está, será para Clarke la política interplanetaria. El tema de esta novela podemos decir que es lo que hasta ahora la fantasía ha llamado «la guerra de los mundos». Esta guerra se nos describe con todos sus horrores y con un realismo que hubiera sido imposible lograr antes de la era atómica que estamos viviendo ya. Pero también se sacan de ella profundas enseñanzas y, aunque parezca paradoja, la primera es que la enorme magnitud de esta primera guerra intersideral sirve para demostrar la imposibilidad del hecho que haya otra.

Diremos, para terminar, que tampoco le falta a esta novela su punto de romántica, que ya se echa de ver en el título. Como, en el planeta que habitamos, el «Claro de Luna» ha sido siempre tema de inspiración sentimental, también en la Luna la luz que les reflejamos, el «Claro de Tierra» es el motivo de nostálgica añoranza para los habitantes de nuestro satélite.

MIGUEL MASRIERA

I

El monorriel iba perdiendo velocidad a medida que subía saliendo de las bajas tierras sombreadas. De un momento a otro, iba pensando Sadler, alcanzarían el Sol. La línea de obscuridad se desplazaba allá tan lentamente que con un pequeño esfuerzo un hombre podía seguir su misma carrera, manteniéndose el nivel del sol sobre el horizonte hasta que tuviese que detenerse para descansar. Aun así, el astro se perdería con tal reluctancia de vista que transcurriría más de una hora antes que el último segmento deslumbrante se desvaneciese bajo el borde de la Luna y la larga noche lunar comenzase.

Sadler había estado toda aquella noche avanzando a través de la tierra que los primeros exploradores abrieron dos siglos antes, a la constante y plácida velocidad de quinientos kilómetros por hora. Aparte del aburrido conductor, que al parecer no tenía otra ocupación que servir tazas de café a petición, los únicos ocupantes del vagón eran cuatro astrónomos del Observatorio. Cuando Sadler llegó a bordo, le habían dirigido un saludo bastante cortés, pero no tardaron en absorberse en una discusión técnica, y a partir de aquel momento lo ignoraron totalmente. Al principio, aquel desprecio le ofendió un poco, después se consoló pensando que quizá lo tomaban por un residente avezado y no por un novicio en su primer destino a la Luna.

Las luces del vagón hacían imposible ver gran cosa de la obscurecida tierra que atravesaban en un silencio casi absoluto. «Obscurecida», desde luego, era sólo una expresión relativa. Era verdad que el Sol se había puesto, pero no lejos del cenit, Tierra iba aproximadamente a su primer cuarto. Y así iría creciendo paulatinamente hasta alcanzar la medianoche lunar, dentro de una semana, en que sería un disco cegador demasiado brillante para fijar en él los ojos no protegidos.

Sadler abandonó su asiento y avanzó, pasó por el lado de los astrónomos que seguían discutiendo y se dirigió al recinto cerrado por una cortina, situado en la parte delantera del vagón. No estaba todavía acostumbrado a tener sólo un sexto de su peso normal y caminaba con exagerada cautela por el corredor que se extendía entre los lavabos y la pequeña sala de control.

Ahora podía ver mejor. Debido a ciertas exigencias de los reglamentos, las ventanas de observación no eran tan vastas como él hubiera deseado, pero no habiendo luz interior que distrajese los ojos, pudo por fin gozar de la fría gloria de su antigua y desierta tierra.

Fría..., sí, le era fácil creer que detrás de aquellas ventanas había ya doscientos grados bajo cero, pese a que el Sol sólo hacía unas horas que se había puesto. Una cierta calidad de la luz que se vertía desde los distantes mares y nubes de la Tierra daba esta

impresión. Era una luz teñida de verdes y azulados; una radiación ártica que no daba un átomo de calor. Y esto, pensó Sadler, era una paradoja, pues procedía de un mundo de luz y de calor.

Delante del veloz vehículo, el riel único —sostenido por pilares osadamente espaciados— se tendía como una flecha hacia el este. Otra paradoja: este mundo estaba lleno de ellas. ¿Por qué no podía el Sol ponerse por poniente, como ocurría en Tierra? Debía haber sin duda alguna simple explicación astronómica, pero de momento a Sadler le era imposible dar con ella. Entonces se dio cuenta que, bien mirado, todos estos nombres eran puramente arbitrarios y pudieron perfectamente ser erróneamente situados al levantar el mapa de un nuevo mundo.

Iba ascendiendo paulatinamente y un acantilado a la derecha limitaba la visión. A la izquierda..., veamos..., debía ser el sur, ¿verdad?, la tierra caía formando terrazas superpuestas, como si hace mil millones de años la lava que ascendió del fundido corazón de la Luna, hubiese ido formando sucesivas capas. Era un espectáculo que helaba el alma, y sin embargo había espacios en Tierra tan desolados como aquél. Los Páramos del Arizona eran igualmente áridos; las altas pendientes del Everest mucho más hostiles, porque aquí por lo menos no soplaba aquel viento constante y devastador.

Y entonces Sadler estuvo a punto de lanzar un grito, porque el acantilado de la derecha llegó súbitamente a su abrupto fin, como si un monstruoso cincel lo hubiese cortado de la superficie de Luna. No cerraba ya la vista; ahora podía ver claramente toda la parte norte. El impremeditado sentido artístico de la Naturaleza había producido un efecto tan impresionante que era difícil creer que fuese un simple accidente del espacio y el tiempo.

Allí, cruzando a través del cielo en su inflamado esplendor, se veían las cumbres de los Apeninos, incandescentes bajo los últimos rayos del oculto sol. La abrupta explosión de la luz dejó a Sadler casi cegado; protegió sus ojos del resplandor y esperó hasta poderlo contemplar de nuevo con seguridad. Cuando volvió a mirar, la transformación había sido completa. Las estrellas, que hasta un momento antes llenaban el cielo, habían desaparecido. Sus contraídas pupilas no podían verlas ya; incluso la resplandeciente Tierra no parecía ahora más que una débil mancha de verdosa luminosidad. El resplandor de las montañas iluminadas por el sol, todavía a centenares de kilómetros de distancia, había eclipsado toda otra fuente de luz.

Las cumbres flotaban en el cielo, fantásticas pirámides de llamas. Parecían no tener mayor conexión con el suelo que tenían a sus pies que las nubes que se acumulaban sobre el crepúsculo terrestre. La línea de sombra era tan aguda, las bajas pendientes de las montañas se perdían de tal modo en la profunda obscuridad, que sólo las ardientes

cumbres tenían alguna existencia real. Pero transcurrirían horas todavía antes que las últimas orgullosas cumbres se ocultasen en las sombras de la Luna y se rindiesen a la noche.

Las cortinas que Sadler tenía a su espalda se abrieron; uno de los compañeros de viaje entró en el recinto y tomó posición junto a una ventana. Sadler se preguntó si tenía que iniciar la conversación; se sentía aún un poco ofendido al verse tan totalmente ignorado. Sin embargo, el problema de la etiqueta le fue resuelto sin su iniciativa.

—Vale la pena venir de Tierra para ver esto, ¿verdad? —dijo una voz a su lado desde la obscuridad.

—Sin duda alguna —respondió Sadler. Y tratando de fingirse desinteresado, añadió—: Pero supongo que con el tiempo acaba uno acostumbrándose.

Se oyó una risa ahogada en la obscuridad.

—No diría yo tal. Hay cosas a las que no se acostumbra uno nunca, por mucho tiempo que viva. ¿Acaba usted de llegar?

—Sí, desembarqué anoche en el «Tycho Brahe». No he tenido tiempo de ver gran cosa todavía.

Por un inconsciente mimetismo, Sadler se dio cuenta que estaba usando las frases breves de su compañero. Se preguntó si todo el mundo en la Luna hablaría de aquella manera. Quizá pensaban que economizaba aire.

—¿Va a trabajar en el Observatorio?

—En cierto modo, si bien no formo parte del personal permanente. Soy contable. Tengo que hacer el cálculo del costo de sus operaciones.

Esto produjo un silencio pensativo que fue finalmente roto.

—Perdóneme, hubiera debido presentarme antes. Robert Molton, Jefe de Espectroscopia. Es agradable tener con nosotros a alguien que pueda enseñarnos a establecer nuestro hoja de impuestos.

—Ya temía yo que esto se produjese —dijo Sadler secamente—. Me llamo Bertram Sadler; pertenezco a la Oficina de Intervención.

—¡Hem!... ¿Creen ustedes que estamos derrochando dinero, aquí?

—Esto no soy yo quien tiene que decirlo. Yo tengo sólo que averiguar *cómo* gastan ustedes el dinero, no por qué.

—Bien, entonces se va usted a divertir. Todo el mundo aquí puede encontrar fundados motivos para gastar dos veces el dinero del que dispone. Y me gustaría saber cómo diablos va usted a poner un tope de gasto a una investigación puramente científica.

Sadler llevaba ya algún tiempo pensando en esto, pero creyó mejor no extenderse de momento en nuevas explicaciones. Su versión había sido aceptada sin preguntas; si trataba de hacerla más convincente podía delatarse. No tenía el talento de saber mentir, si bien esperaba mejorarlo con la práctica.

En todo caso, lo que le había dicho a Molton era verdad. Lo único que deseaba Sadler era que hubiese sido toda la verdad, y no un simple cinco por ciento de ella.

—Me estaba preguntando cómo franquearíamos estas montañas —dijo señalando las ardientes cumbres que tenían delante—. ¿Pasaremos por encima..., o por debajo?

—Por encima —dijo Molton—. Son muy espectaculares, pero en realidad no son tan altas. Espere a ver los Montes Leibnitz o la Cordillera Oberthe. Tienen dos veces esta altura.

Con éstas era ya bastante para empezar, pensó Sadler. El alargado vehículo monorriel, siguiendo su único soporte, atravesaba las sombras en una lenta carrera ascendente. En la obscuridad que los envolvía, los acantilados y grietas, apenas vistas, aparecían y se desvanecían con una velocidad explosiva. Sadler se daba cuenta que probablemente no había ningún otro lugar donde se pudiese viajar a aquella velocidad, tan cerca del suelo. No había avión a chorro, navegando por encima de las nubes de Tierra, que pudiese dar una impresión de velocidad absoluta parecida a aquélla.

Si hubiese sido de día, Sadler hubiera podido ver los prodigios de ingeniería que habían tendido su vía a través de las colinas de los Apeninos. Pero la obscuridad velaba los fantasmagóricos puentes y las escalofriantes curvas del cañón, y sólo veía las cumbres que se acercaban flotando mágicamente todavía sobre el mar de la noche que lamía sus pies.

Lejos, hacia el este, un arco de fuego asomaba por encima del borde de la Luna. Se habían elevado por encima de las sombras, alcanzando las montañas en todo su esplendor y sobrepasado el mismo sol. Sadler miró a través del resplandor que llenaba el recinto y por primera vez vio claramente al hombre que estaba de pie a su lado.

El doctor (a menos que fuese profesor) Molton, pasaba un poco de los cincuenta años, pero su cabello era completamente negro y muy abundante. Tenía uno de aquellos impresionantes rostros feos que inmediatamente inspiran confianza. He aquí un hombre dotado de un humorismo y de una filosofía mundial se decía uno; el Sócrates moderno suficientemente independiente para no preocuparse de nadie, y sin embargo, en modo alguno ajeno al contacto humano. «Un corazón de oro, con un rudo exterior», se dijo, ruborizándose mentalmente ante lo gastado de la frase.

Sus ojos se encontraron con la silenciosa apreciación de dos hombres que saben que su profesión tiene que llevarlos a establecer un estrecho contacto en el futuro. Entonces Molton sonrió, mostrando un rostro casi tan rugoso como el paisaje lunar que los rodeaba.

—Este debe ser su primer amanecer en la Luna. Si es que se puede llamar a esto un amanecer, desde luego..., de todos modos, es la salida del Sol. Es lástima que sólo dure diez minutos; después estaremos ya en todo lo alto y de nuevo en la noche. Entonces tendrá usted que esperar dos semanas antes de volver a ver el Sol.

—¿No resulta un poco aburrido..., pasar catorce días privado de él? —preguntó Sadler—. No había acabado de pronunciar estas palabras cuando se dio cuenta que había dicho una tontería. Pero Molton lo sacó del atolladero.

—Ya lo verá usted —respondió—. Día o noche, es bastante parecido, bajo tierra. En todo caso, podrá usted salir cuando quiera. Hay quien prefiere la noche; la luz de la Tierra los pone románticos.

El monorriel había alcanzado ahora el vértice de su trayectoria a través de las montañas. Los dos viajeros permanecieron silenciosos mientras las cumbres a ambos lados alcanzaban su máximo de altura y empezaban a quedarse atrás. Pero habían franqueado la barrera y caían ahora por las vertientes mucho más rápidas que dominaban el *Mare Imbrium*.

Mientras iban bajando, el Sol, que su velocidad había hecho brotar nuevamente de la noche, se convirtió de un arco en una línea, de una línea en un simple punto de fuego, y desapareció de la existencia. Durante el último instante de aquella falsa puesta de sol, segundos antes que se sumergiesen de nuevo en las sombras de la Luna, hubo un momento de magia que Sadler no tenía que olvidar nunca más. Avanzaban siguiendo un borde que el Sol había ya abandonado, pero el riel único, escasamente un metro encima de él, captaba todavía sus rayos. Parecía que avanzasen vertiginosos sobre una cinta de luz sin apoyo, un filamento de llama construido por brujería más que por ingeniería humana. Entonces, finalmente, la obscuridad cayó y la magia quedó desvanecida. Las estrellas empezaron a abrirse paso por el cielo mientras los ojos de Sadler iban readaptándose nuevamente a la noche.

—Ha estado usted de suerte —dijo Molton—. He hecho este recorrido cien veces y no había visto nunca esto. Será mejor que entremos en el vagón; van a servir el almuerzo dentro de un momento. No hay nada más que ver, además.

Esto, pensó Sadler, difícilmente podía ser verdad. La reluciente Tierra, apareciendo de nuevo ahora que el Sol se había ya ocultado, inundaba de luz la gran llanura que los antiguos astrónomos habían tan inadecuadamente bautizado con el nombre de «Mar de

las Lluvias». Comparada con las montañas que se alzaban detrás de ella, no era espectacular, y sin embargo, era aún algo capaz de dejar sin aliento.

—Voy a quedarme un momento —dijo Sadler—. No olvide que todo esto es nuevo para mí y no quiero perder un solo detalle.

Molton se echó a reír, pero sin mala intención.

—Muy lejos de mí censurarlo —dijo—. Temo que nosotros muchas veces damos ya las cosas por vistas...

El monorriel bajaba ahora a una velocidad vertiginosa que hubiera sido un suicidio en la Tierra. La fría llanura iluminada de verde parecía elevarse a su encuentro; una cordillera de bajas colinas, enanos entre montañas que acababan de dejar atrás, rompió la línea del cielo. Una vez más el inesperadamente cercano horizonte de aquel pequeño mundo comenzó a cerrarse en torno a ellos. Estaban de nuevo al «nivel del mar»...

Sadler siguió a Molton a través de la cortina y entraron en el departamento donde el camarero estaba poniendo unas bandejas para la escasa concurrencia.

—¿Siempre tienen ustedes tan pocos pasajeros? —preguntó Sadler—. Hubiera creído que económicamente era un buen asunto.

—Depende de lo que entienda usted por económicamente —respondió Molton—. Hay muchas cosas aquí que parecerán extrañas en sus balances. Pero la explotación de este servicio no es muy cara. El equipo dura siempre, no hay herrumbre, no existe el tiempo. Los coches sólo son revisados cada par de años.

Aquello era ciertamente algo que Sadler no había tenido en cuenta. Había un gran número de cosas que tenía que aprender y muchas de ellas podían serle difícil averiguarlas.

La comida era sabrosa, pero inidentificable. Como todos los alimentos de la Luna, tenían que haber sido cultivados en las vastas granjas hidropónicas que extendían sus kilómetros cuadrados de huertas a presión a lo largo del ecuador. El plato de carne era presumiblemente sintético; hubiera podido ser buey, pero Sadler sabía casualmente que la única vaca de la Luna vivía lujosamente en el Hipparchus Zoo. Ésta era una de las inútiles informaciones que su diabólica retentiva estaba continuamente registrando y negándose a olvidar.

Quizá la hora de la comida había hecho a los demás astrónomos más afables, porque se mostraron bastante corteses cuando el doctor Molton hizo las presentaciones y consiguieron abstenerse de hablar de la profesión durante algunos minutos. Era obvio, sin embargo, que consideraban su misión con cierto recelo. Sadler los veía repasar mentalmente sus créditos y preguntarse a qué argumento podrían acudir en el caso de ser

discutidos. No quedaba la menor duda del hecho que todos tendrían versiones sumamente convenientes que referir y tratarían de cegarlo con la ciencia si trataba de pescarlos. Había pasado ya por todo aquello otras veces, si bien jamás en circunstancias semejantes.

El vehículo se disponía a dar el último salto de su recorrido y estaría en el Observatorio en poco más de una hora. El recorrido de seiscientos kilómetros a través del *Mare Imbrium* era casi recto y llano, aparte de la leve desviación hacia el este para evitar las colinas que circundaban la gigantesca llanura amurallada de Arquímedes. Sadler se instaló confortablemente, sacó sus papeles profesionales y comenzó a trabajar.

El plano de organización que desdobló cubría la mayor parte de la mesa. Estaba pulcramente impreso en varios colores según los diferentes departamentos del Observatorio y Sadler lo contempló con cierto desagrado. El hombre antiguo, recordaba, había sido definido como el «animal fabricante de herramientas». Con frecuencia había pensado que la mejor definición del hombre moderno hubiera sido «el animal que malgasta papel».

Bajo los epígrafes «Director» y «Subdirector», el plano estaba dividido en tres columnas bajo los capciosos epígrafes: ADMINISTRACIÓN, SERVICIOS TÉCNICOS y OBSERVATORIO. Sadler buscó el nombre del doctor Molton; sí, allí estaba, en la sección OBSERVATORIO, inmediatamente después de los Jefes Científicos y encabezando la corta columna de nombres titulados «Espectroscopia». Tenía, al parecer, seis ayudantes; dos de ellos, Jamieson y Wheeler, eran dos de los hombres a los cuales Sadler acababa de ser presentado. El otro viajero del monorriel no era, según se enteró, un científico. Tenía su pequeña casilla en el plano y no dependía más que del director. Sadler sospechaba que el secretario Wagnall era probablemente una potencia en aquella tierra y valía la pena ser investigado.

Llevaba media hora estudiando el plano y estaba completamente perdido en sus ramificaciones cuando alguien conectó la radio. Sadler no veía inconveniente a la suave música que llenó la estancia; su facultad de concentración podía soportar interferencias peores que aquella. Entonces la música cesó; siguió una breve pausa y los seis «tops» de la señal de la hora y una voz suave comenzó:

«Aquí Tierra, Canal Dos, Red Interplanetaria. La señal que acaban de oír era la hora dos mil cien Tiempo medio Greenwich. Escuchen las noticias.»

No había la menor interferencia. Las palabras eran tan claras como si procediesen de una estación local. Y no obstante Sadler había observado la antena que se erguía hacia el cielo en el techo del vagón y sabía que estaba oyendo una transmisión directa. Las

palabras que estaba oyendo habían abandonado Tierra hacía sólo un segundo y medio; en aquel momento debían estar ya siendo oídas en mundos mucho más lejanos que el suyo. Habría también hombres que no las oirían antes de algunos minutos, quizá horas, si las naves que la Federación tenía más allá de Saturno estaban escuchando. Y aquella voz de Tierra seguiría extendiéndose y desvaneciéndose, mucho más allá de las más lejanas exploraciones del hombre hasta que en algún lugar del camino de Alfa Centauro sería por fin apagada por el incesante susurro de la radio de las mismas estrellas.

«Escuchen las noticias. Acaban de comunicar de La Haya que la conferencia sobre los recursos planetarios ha sido suspendida. Los delegados de la Federación saldrán de Tierra mañana, y la siguiente comunicación ha sido publicada por la Presidencia...»

No había en ello nada que Sadler no hubiese esperado. Pero cuando un temor, por esperado que sea, se convierte en realidad, hay siempre algo que acongoja el corazón. Miró a sus compañeros. ¿Se daban cuenta de lo seria que era la cosa?

Sí, se daban. El secretario Wagnall tenía su barbilla apoyada con fuerza sobre sus manos; el doctor Molton estaba echado atrás en su sillón, los ojos cerrados; Jamieson y Wheeler contemplaban la mesa en melancólica concentración. Sí, comprendían. Su trabajo y su lejanía de Tierra no los habían aislado de la corriente principal de los asuntos humanos.

La voz impersonal, con su serie de contrariedades y desalientos, de amenazas vagamente veladas por los eufemismos de la diplomacia, parecía traer el frío inhumano de la noche lunar filtrándose por las paredes. Era difícil enfrentarse con la amarga verdad y millones de hombres seguirían viviendo en el paraíso de los locos. Se encogerían de hombros y dirían con forzada alegría: «No se preocupen..., todo esto estallará».

Sadler no lo creía así. Mientras permanecía sentado en aquel cilindro brillantemente iluminado, avanzando hacia el norte a través del Mar de las Lluvias, sabía que por primera vez desde hacía doscientos años la humanidad se enfrentaba con la amenaza de la guerra.

II

Si la guerra estallaba, pensó Sadler, sería más una tragedia circunstancial que una política deliberada. En efecto, el obstinado hecho que había creado el conflicto entre Tierra y sus ex colonias, algunas veces le parecía una broma de mal gusto por parte de la Naturaleza.

Incluso desde antes de su inoportuno e inesperado nombramiento, Sadler se había dado perfecta cuenta de los hechos principales inherentes a la crisis actual. Llevaba más de una generación desarrollándose y partía de la peculiar posición del planeta Tierra.

La raza humana había nacido en un mundo único del Sistema Solar, cargado de una riqueza minera desconocida en otra parte. Este accidente del destino había dado un rápido arranque a la tecnología del hombre, pero cuando ésta alcanzó los demás planetas, se encontró con gran sorpresa y decepción, con que para muchas de sus más vitales necesidades seguía dependiendo de su mundo natal.

Tierra es el más denso de todos los planetas, siendo Venus el que más se acerca a ella en este respecto. Pero Venus no tiene satélite y el sistema Luna-Tierra forma un doble mundo de un tipo que no se halla en ninguna otra parte entre los planetas. Su modo de formación sigue siendo un misterio, pero es cosa sabida que cuando la Tierra estaba en fusión la Luna la circundaba a sólo una fracción de la actual distancia y levantaba gigantescas mareas en la substancia plástica de su compañera.

Como resultado de estas mareas internas la corteza de la Tierra es rica en metales pesados, mucho más rica que la de cualquiera de los demás planetas. Éstos atesoran sus riquezas en las profundidades de su inalcanzable seno, protegidas por presiones y temperaturas que las defienden contra las devastaciones. Así, a medida que la civilización humana fue extendiéndose fuera de la Tierra, el consumo de los recursos de la madre tierra aumentó considerablemente.

Los elementos ligeros existían en los demás planetas en cantidades ilimitadas, pero los metales esenciales como el mercurio, plomo, torio y tungsteno eran casi inobtenibles. Para muchos de ellos no existían substitutos; su síntesis de amplia escala no era práctica a pesar de dos siglos de esfuerzos, y la tecnología moderna no podía sobrevivir sin ellos.

Era una situación francamente infortunada, y especialmente angustiosa para las repúblicas independientes como Marte, Venus y los satélites mayores que se habían unido formando una Federación. Esto los mantenía dependientes de Tierra y era un obstáculo a su expansión hacia las fronteras del Sistema Solar. A pesar de sus investigaciones por entre lunas y asteroides, por entre todo el pedregal dejado cuando los mundos se formaron, poco encontraron que no fuese roca sin valor e hielo. Se veían obligados a volver cabizbajos al planeta madre por cada gramo de una docena de metales que les eran más preciosos que el oro.

Este problema, en sí, hubiera podido no ser grave, de no haberse la Tierra sentido progresivamente más celosa de sus productos durante los doscientos años transcurridos desde los albores del viaje espacial. Era una vieja historia; quizá su ejemplo más clásico

sería el caso de Inglaterra y las colonias norteamericanas. Ha sido dicho con justicia que la historia no se repite, pero las situaciones históricas vuelven a aparecer. Los hombres que gobernaban la Tierra eran mucho más inteligentes que Jorge III; sin embargo, empezaban a demostrar las mismas reacciones que el infortunado monarca.

Había excusas por ambos lados; siempre las hay. Tierra estaba cansada, se había extenuado enviando su mejor sangre a las estrellas. Veía escapar el poder de sus manos y sabía que había perdido ya el futuro. ¿Por qué tenía que acelerar el proceso facilitando a sus rivales las herramientas que necesitaba?

La Federación, por otra parte, contemplaba con una especie de afectuoso desprecio el mundo del cual había brotado. Había halagado a Marte, Venus y los satélites de los planetas gigantes con algunos de sus más aguzados intelectos y más aventureros espíritus de la raza humana. Allí estaba la nueva frontera, una frontera que se extendería para siempre hacia las estrellas, Era el mayor reto físico ante el cual jamás la humanidad se había encontrado, un reto al que sólo se podía hacer frente mediante una suprema habilidad científica y una inquebrantable determinación. Todo esto eran virtudes desde largo tiempo no inherentes ya a la Tierra; el hecho que la Tierra se diese perfecta cuenta de ello no contribuía en nada a aliviar la situación.

Esta chispa había saltado ya. El mundo no lo sabía todavía, y el mismo Sadler había sido igualmente ignorante de ello hacía menos de seis meses. La Información Central, la sombría organización de espionaje, de la cual formaba parte, bien a pesar suyo, había estado trabajando noche y día para neutralizar el daño. Una tesis matemática titulada «Teoría Cuantitativa de la Formación de los Aspectos de la Superficie Lunar» no parecía susceptible de hacer estallar una guerra, pero un documento igualmente teórico de un tal Albert Einstein había una vez acabado una.

El documento había sido escrito hacía unos dos años por el Profesor Roland Phillips, un pacífico cosmólogo de Oxford desinteresado de la política. Lo había sometido a la Real Sociedad de Astronomía y empezaba a ser un poco difícil dar una explicación satisfactoria de la demora de su publicación. Desgraciadamente —y éste era el hecho que causaba gran inquietud en la Información Central— el Profesor Phillips había inocentemente enviado copia de él a sus colegas de Marte y Venus. Se habían hecho desesperadas tentativas por interceptarlas, pero fue en vano. Ahora la Federación tenía que saber ya que la Luna no era el mundo pobre que había sido considerado desde hacía doscientos años.

No había ya manera de ocultar un conocimiento que se había filtrado, pero había otras cosas referentes a la Luna que era igualmente importante que la Federación ignorase. Y

no obstante de una u otra forma la Federación iba enterándose de ellas; la información iba filtrándose a través del espacio, de la Tierra a la Luna y de allí a los demás planetas.

Cuando hay una filtración en una casa, pensaba Sadler, envía uno a buscar al lamparero. Pero, ¿cómo hacer frente a una filtración que no se puede ver, y que puede encontrarse en cualquier rincón de una superficie tan extensa como África?

Sabía todavía muy poco acerca del designio, alcance y métodos de la Información Central, y todavía le dolía la forma como su vida privada, por fútil que fuese, había sido perturbada. Por sus estudios, era precisamente lo que pretendía ser, un contable. Seis meses antes, por razones que no le habían sido explicadas y que probablemente no averiguaría nunca, fue convocado y recibió la oferta de un empleo no especificado. Su aceptación fue totalmente voluntaria; se le indicó simplemente con toda claridad que sería mejor que no la rehusase. Desde entonces había pasado la mayor parte de su tiempo bajo una especie de hipnosis, inyectado hasta el máximo de las más variadas especies de información y llevando una vida monástica en un obscuro rincón del Canadá. (Por lo menos él creía que era el Canadá, si bien lo mismo hubiera podido ser Groenlandia o Siberia.) Ahora se encontraba allí, en la Luna, modesto peón de un juego de ajedrez interplanetario. Estaría muy satisfecho cuando aquella desagradable expedición hubiese terminado. Le parecía absolutamente increíble que nadie se prestase a ser *voluntariamente* un agente secreto. Sólo un individuo completamente desequilibrado y falto de madurez hubiera podido encontrar alguna satisfacción en aquella conducta francamente incivilizada.

Había algunas pequeñas compensaciones. De una forma normal, no hubiera tenido jamás la oportunidad de ir a la Luna, y la experiencia que estaba recopilando ahora podía ser de gran utilidad en años posteriores. Sadler trataba siempre de mirar a lo lejos, especialmente cuando se sentía oprimido por la situación actual. Y su situación, tanto bajo el nivel personal como interplanetario, era bastante deprimente.

La seguridad de la Tierra era una gran responsabilidad, pero era también demasiado grande para que un solo hombre se preocupase por ella. Cualquier cosa que le dijese su razón, los vastos imponderables de la política planetaria eran menos una carga que una de las pequeñas preocupaciones de la vida cotidiana. A un observador cósmico le hubiera parecido muy extraño que las mayores preocupaciones de Sadler se dirigiesen a un único ser humano. ¿Le perdonaría jamás Jeanette, se preguntaba, haberse hallado ausente el día del aniversario de su boda? Esperaría cuando menos que la llamase y ésta era una de las cosas que no se atrevía a hacer. Para su esposa y sus amigos, estaba todavía en la

Tierra. No había manera de llamar desde la Luna sin revelar su residencia, porque el retraso de dos segundos y medio de tiempo lo delataría en el acto.

Información Central podía solucionar muchas cosas, pero difícilmente podía acelerar las ondas de la radio. Podía hacer enviar el regalo a su mujer tal como se lo había prometido, pero le era imposible decirle a Jeanette cuándo estaría de regreso.

Y no podía alterar el hecho que, para ocultar su localización, tenía que mentir a su mujer en el sacrosanto nombre de la Seguridad.

III

Cuando Conrad Wheeler hubo acabado de comparar las tiras de papel, se levantó de su sillón y dio tres vueltas a la habitación. Por la forma como caminaba, un veterano hubiera visto en seguida que Wheeler era relativamente novicio en la Luna. Llevaba sólo seis meses viviendo con el personal del Observatorio y no estaba todavía compensado para la gravedad fraccional en que vivía ahora. Había una brusquedad en sus movimientos que contrastaba con la suavidad y lentitud del paso de sus colegas.

Una parte de ello era debido a su temperamento, su falta de disciplina, y su rapidez en llegar a conclusiones. Era contra este temperamento contra el que estaba ahora tratando de guardarse.

Había cometido ya algunos errores, pero esta vez, con toda seguridad, no podía quedar la menor duda. Los hechos eran indiscutibles, los cálculos sencillos, la respuesta aterradora. En algún lugar de las profundidades del espacio había estallado una estrella con inimaginable violencia. Wheeler examinó las cifras que había anotado por décima vez, las comprobó nuevamente y tomó el teléfono.

Sid Jamieson quedó contrariado por la interrupción.

—¿Tan importante es? —preguntó—. Estoy en la cámara oscura terminando un trabajo urgente. Tendrá que esperar que estas placas acaben de revelarse, de todos modos.

—¿Cuánto tiempo se necesitará?

—Quizá unos cinco minutos. Pero después tengo otra cosa que hacer.

—Es que esto es realmente importante. Es sólo cuestión de un momento. Estoy arriba en Instrumentación 5.

Jamieson estaba todavía sacándose el revelador de las manos cuando llegó. A pesar de los más de trescientos años transcurridos, ciertos aspectos de la fotografía apenas habían cambiado. Wheeler, que consideraba que todo podía hacerse por electrónicos,

miraba muchas de las actividades de su amigo como reminiscencia de la edad de la alquimia.

—¿Bien? —preguntó Jamieson, ahorrando, como de costumbre, palabras.

Wheeler le señaló la cinta punteada que yacía sobre la mesa.

—Estaba haciendo la comprobación de rutina del integrador de magnitud. He encontrado algo.

—Siempre hace lo mismo —se mofó Jamieson—. Cada vez que alguien estornuda en el Observatorio se figura que ha descubierto un nuevo planeta.

El escepticismo de Jamieson estaba fundado en sólidas bases. El integrador era un instrumento imperfecto, fácilmente erróneo, y muchos astrónomos lo consideraban más molesto que útil. Pero daba la casualidad que éste era uno de los instrumentos mimados del Director, de manera que no había esperanzas de hacer nada mientras no se produjese un cambio en la administración: Maclaurin lo había inventado personalmente en las remotas épocas en que tenía tiempo de dedicarse a la astronomía práctica. Automático perro de presa del cielo, era capaz de esperar pacientemente años enteros hasta que una nueva estrella —una «nova»— brillase en el firmamento. Entonces tocaba un timbre y llamaba la atención.

—Mire —dijo Wheeler—, aquí está el gráfico. No me crea bajo palabra.

Jamieson pasó la cinta por el convertidor, inscribió las cifras e hizo un rápido cálculo. Wheeler sonrió de satisfacción y alivio cuando su amigo se quedó con la boca abierta.

—¡Trece magnitudes en veinticuatro horas! ¡Eh!...

—Yo he encontrado trece, coma, cuatro, pero ya basta. Para mí es una supernova. Y cercana, además.

Los dos jóvenes astrónomos se quedaron mirándose en un pensativo silencio. Entonces Jamieson observó:

—Es demasiado bueno para ser verdad. No empecemos a decírselo a todo el mundo antes de estar completamente seguros. Vamos a tomar su espectro primero y tratarlo como una nova ordinaria hasta entonces.

En los ojos de Wheeler había una mirada soñadora.

—¿De cuánto data la última supernova en nuestra galaxia?

—Fue la estrella de Tycho..., no, no fue ésta..., hubo una un poco más tarde, alrededor de 1600.

—De todos modos, hace tiempo. Esto podría ponerme otra vez en buenas relaciones con el Director.

—Quizá —dijo Jamieson secamente—. Se necesitaría verdaderamente una supernova para conseguir esto. Voy a preparar el espectrógrafo mientras redactas el informe. No tenemos que ser codiciosos; los otros observatorios querrán intervenir también. —Miró hacia el integrador, que había vuelto a su paciente exploración del cielo nuevamente—. Me parece que ya has conseguido bastante —añadió—, aunque no vuelvas a encontrar nunca más que las luces de posición de las naves espaciales.

Sadler se enteró de la noticia, sin gran expectación, en la sala común, una hora después. Estaba demasiado preocupado con sus propios problemas y la montaña de trabajo que se acumulaba delante de él para interesarse por el rutinario programa del Observatorio, incluso cuando lo entendía. El Secretario Wagnall, sin embargo, no tardó en hacerle ver claramente que se trataba de algo muy ajeno al trabajo rutinario cotidiano.

—Se trata de algo digno de figurar en las columnas de su balance —le dijo alegremente—. Es el descubrimiento astronómico más importante desde hace muchos años. Venga arriba.

Sadler dejó la mordaz editorial del *Time Interplanetary* que había estado leyendo con considerable aburrimiento. La revista cayó al suelo con una lentitud de sueño, a la cual no se había aún acostumbrado, y siguió a Wagnall al ascensor.

Pasaron de largo por los pisos Residencia, Administración, Fuerza y Transporte y salieron a una de las cúpulas de observación. La bóveda de plástico tenía escasamente diez metros de diámetro y los toldos que la protegían durante el día lunar habían sido arrollados. Wagnall apagó las luces interiores y permanecieron contemplando las estrellas y la evanescente Tierra. Sadler había estado ya allí varias veces; no conocía mejor remedio para la fatiga mental.

A un cuarto de kilómetro, la gran edificación del mayor telescopio construido por el hombre apuntaba inmóvil hacia un punto del cielo del sur. Sadler sabía que no apuntaba a ninguna de las estrellas que él pudiese ver —a ninguna estrella, en una palabra, que perteneciese a este universo—. Debía estar lindando con los límites del espacio, a mil millones de años de luz de su mundo.

Entonces, inesperadamente, empezó a girar hacia el norte. Wagnall se rió silenciosamente.

—Hay mucha gente que se debe estar arrancando el cabello, ahora —dijo—. Hemos interrumpido el programa para volver los grandes cañones hacia *Nova Draconis*. Vamos a ver si podemos dar con ella.

Buscó durante algún tiempo consultando un diseño que llevaba en la mano. Sadler, mirando también hacia el norte, no consiguió ver nada que le pareciese inusitado. Para él

todas las estrellas parecían iguales. Pero finalmente, siguiendo las instrucciones de Wagnall y usando la Osa Mayor y la Polar como puntos de referencia, encontró la tenue estrella, baja en el cielo del norte. No era en modo alguno impresionante, aunque uno pensase que dos días antes sólo los más potentes telescopios hubieran podido encontrarla y que había aumentado en brillantez cien mil veces en pocas horas.

Quizá Wagnall sintió su decepción.

—Ahora puede no parecer muy espectacular —dijo defendiéndose—, pero está todavía en su ascensión. Con un poco de suerte podremos ver algo dentro de un día o dos.

¿Días lunares o días terrestres? Sadler se lo preguntó. Era muy confuso, como tantas otras cosas allá. Todos los relojes funcionaban bajo el sistema de veinticuatro horas y conservaban la hora media de Greenwich. Una de las ventajas de este sistema era que bastaba mirar hacia Tierra para tener una comprobación razonable de la hora. Pero implicaba que el progreso de la luz y la obscuridad sobre la superficie lunar no tenían relación alguna con lo que los relojes pudiesen marcar. El sol podía lo mismo estar encima como debajo del horizonte cuando las agujas decían que era mediodía.

Sadler apartó la vista del norte para volver a mirar al Observatorio. Siempre había supuesto —sin tomarse la molestia de reflexionar sobre ello— que todos los observatorios eran un grupo de gigantescas bóvedas, y había olvidado que aquí, en la Luna, donde se carecía de *tiempo*, en el sentido atmosférico, no hubiera tenido utilidad ninguna encerrar los instrumentos. El reflector de mil centímetros y su compañero de menores dimensiones yacían desnudos y sin protección en el vacío espacial. Sólo sus frágiles dueños permanecían bajo tierra en el calor y aire de aquella ciudad sepultada.

El horizonte se extendía casi llano en todas direcciones. Aunque el Observatorio estaba en el centro de la gran llanura amurallada de Platón, el anillo montañoso quedaba oculto por la curvatura de la Luna. Era una perspectiva desnuda y desolada, sin la menor colina para darle interés. Era una llanura polvorienta, agujereada aquí y allá por insignificantes cráteres..., y las enigmáticas construcciones de los hombres, mirando a las estrellas y tratando de ocultar sus secretos.

En el momento de marcharse, Sadler miró una vez más hacia el Dragón, pero había olvidado ya cuál de las tenues estrellas circumpolares había venido a ver.

—¿Por qué motivo exactamente —le preguntó a Wagnall con todo el tacto del que era capaz, porque no hubiera querido ofender los sentimientos del Secretario— es tan importante esta estrella?

Wagnall pareció sentir incredulidad, después pena, finalmente comprensión.

—Pues... —comenzó—, yo creo que las estrellas son como la gente. Las que se portan bien no atraen nunca la atención. Algunas veces nos enseñan algo, desde luego, pero podemos aprender mucho más con las que se salen de la norma.

—¿Y hacen las estrellas estas cosas con relativa frecuencia?

—Cada año, sólo en nuestra galaxia, hacen explosión un centenar; pero estas son sólo «novas» ordinarias. En su apogeo, pueden llegar a ser unas cien mil veces más brillantes que el sol. Una supernova es mucho más rara, e infinitamente más interesante. No sabemos todavía las causas que pueden producirla, pero cuando una estrella llega a ser *super* puede alcanzar varios *miles de millones* de veces el resplandor del sol. En una palabra, puede sobrepasar ella sola el brillo de todas las demás estrellas de la Galaxia.

Sadler quedó un momento pensativo. Era indudablemente una idea susceptible de inspirar algunos instantes de silenciosa meditación.

—Lo más importante —prosiguió Wagnall con interés— es que no ha ocurrido nunca nada semejante desde que se inventaron los telescopios. La última supernova de nuestro universo tuvo efecto hace seiscientos años. Se han producido muchas en otras galaxias, pero están demasiado alejadas para ser estudiadas debidamente. Ésta, precisamente, está en nuestro mismo dintel. El hecho se verá claramente dentro de un par de días. Dentro de pocas horas ganará en brillo a todo lo que haya en el cielo, a excepción del Sol y la Tierra.

—¿Y qué espera usted aprender con ello?

—La explosión de una supernova es el acontecimiento titánico más sensacional que puede ocurrir en la Naturaleza. Podremos estudiar la manera de comportarse de la materia, en condiciones que harán parecer el centro de una explosión nuclear como una calma chicha. Pero si es usted una de estas personas que siempre quieren una aplicación práctica para todo, ¿no cree usted que puede ser de un considerable interés averiguar qué hace estallar una estrella? Después de todo, un día nuestro sol puede decidir hacer lo mismo...

—En *este* caso —respondió Sadler—, prefiero sinceramente no saberlo por adelantado. Me pregunto si esta nova se ha llevado algunos planetas con ella...

—No hay manera posible de saberlo. Pero debe ocurrir con relativa frecuencia, porque por lo menos una estrella de cada diez tiene planetas.

Era una idea que helaba el corazón. En cualquier momento, por verosímil que pareciese o no, en alguna parte del universo un sistema solar completo, con mundos y civilizaciones extrañamente poblados, era arrojado indiferentemente al horno cósmico. La

vida era un fenómeno frágil y delicado, suspendido en el filo de la navaja entre el frío y el calor.

Pero el hombre no se contentaba con los azares que la Naturaleza podía procurarle. Quería ocuparse de elevar él mismo su propia pira funeraria.

La misma idea se le había ocurrido al doctor Molton, pero contrariamente a Sadler, éste podía oponerle otra más alegre. *Nova Draconis* estaba a más de dos mil años-luz; el destello de su detonación viajaba por el espacio desde antes del nacimiento de Cristo. En aquellos momentos tenía que haber cruzado millones de sistemas solares; alertando a los habitantes de millones de mundos. En aquel mismo momento, esparcidos por la superficie de una esfera de un diámetro de cuatro mil años de luz, debía seguramente haber otros astrónomos, armados de instrumentos no muy diferentes de los suyos, que estaban captando las radiaciones de este agonizante sol mientras se dirigían hacia las fronteras del universo. Y era más extraño todavía pensar que observadores infinitamente más distantes, tan distantes que para ellos toda la Galaxia no era más que una tenue franja de luz, observarían dentro de algunos millones de años que nuestro universo insular había doblado momentáneamente su brillo.

El doctor Molton estaba junto a la mesa de control de la habitación, suavemente iluminada, que le servía de laboratorio y de taller. En otros tiempos había habido muy poca diferencia entre las distintas celdas que formaban el Observatorio, pero sus ocupantes habían impuesto su personalidad sobre ellas. En un rincón había un jarro con flores artificiales, objeto tan incongruente como agradables en un lugar como aquel. Era la única excentricidad de Molton y nadie la censuraba. En vista del hecho que la vegetación lunar ofrecía tan pocos recursos en materia de adornos, tenía que recurrir a los productos de cera y alambre, artísticamente fabricados para él en Ciudad Central. Su arreglo variaba con tales recursos e ingenuidad que no tenía nunca la sensación de tener las mismas flores dos días consecutivos.

Algunas veces Wheeler solía gastarle bromas sobre su manía, pretendiendo que aquello delataba su añoranza y quería regresar a la Tierra. Habían transcurrido en efecto más de tres años desde que Molton había regresado de su nativa Austria, pero no parecía tener prisa en volver a ella. Como hizo observar, tenía allí trabajo para cien vidas y prefería dejar que sus licencias se acumulasen hasta que se sintiese en disposición de instalarse definitivamente.

Las flores estaban rodeadas de cajones metálicos conteniendo los miles de espectrogramas que Molton había reunido durante sus investigaciones. Él no era, como

tenía siempre gran interés en hacer observar, un astrónomo teórico. Se limitaba a buscar y registrar; otros tenían la tarea de explicar lo que él descubría. Algunas veces indignados matemáticos llegaban pretendiendo que no había estrella posible que pudiese tener aquel espectro. Entonces Molton se dirigía a sus archivos, comprobaba que no hubiese habido error y contestaba. «No me censure a mí, entiéndaselas con la Madre Naturaleza.»

El resto de la habitación era una atestada masa de instrumentos que hubiera carecido totalmente de significado para un profano y hubiera también intrigado a más de un astrónomo. La mayor parte de ellos habían sido construidos personalmente por Molton, o por lo menos los había dibujado y entregado a sus ayudantes para su construcción. Durante los dos últimos siglos, todo astrónomo práctico había tenido que ser un poco electricista, ingeniero, físico y..., a medida que el costo de su equipo iba aumentando progresivamente, un hombre de relaciones sociales.

Los mandos electrónicos se lanzaron silenciosamente a través de los cables al accionar Molton los dispositivos de Ascensión y Declinación. Muy por encima de su cabeza, el gran telescopio, como monstruoso cañón, giraba silenciosamente alrededor del norte. El vasto espejo de la base del tubo iba captando más de un millón de veces la luz que el ojo humano podría soportar enfocándolo con una exquisita precisión en un solo haz. Este haz, reflejado nuevamente de espejo a espejo como si fuese un periscopio, alcanzaba ahora al doctor Molton para que hiciese con él lo que deseara.

Si hubiese mirado directamente al haz, sólo el resplandor de *Nova Draconis* lo hubiera cegado y, comparado con este instrumento, sus ojos no podían decirle prácticamente nada. Colocó el espectroscopio electrónico en su sitio y comenzó a escudriñar. Exploraría el espectro de *Nova Draconis* con una paciente minuciosidad, pasando a través del amarillo, verde, azul, hasta el violeta y el lejano ultravioleta, totalmente fuera del alcance del ojo humano. A medida que iba analizando, trazaba en una cinta móvil la intensidad de cada línea espectral, dejando un indiscutible registro que los astrónomos podrían consultar todavía dentro de mil años.

Se oyó un golpe en la puerta y entró Jamieson trayendo algunas placas fotográficas todavía húmedas.

—¡Estas últimas exposiciones han salido bien! —dijo entusiasmado—. Muestran el envoltorio gaseoso extendiéndose alrededor de la Nova. Y la velocidad concuerda con sus modificaciones Doppler.

—Así lo esperaba —gruñó Molton—. Vamos a verlos.

Estudió las placas mientras en el fondo de la habitación el zumbido de los motores electrónicos del espectroscopio continuaba manteniendo su investigación automática.

Eran negativos, desde luego, pero como todos los astrónomos sabían interpretarlos tan fácilmente como si hubiesen sido pruebas positivas.

Allá, en el centro, estaba *Nova Draconis*, velada a través de la emulsión por un exceso de exposición. Y a su alrededor, apenas visible a simple vista, un tenue anillo. Molton sabía que a medida que los días fuesen transcurriendo este anillo se iría extendiendo más y más por el espacio hasta que por fin se desvaneciese. Parecía tan pequeño e insignificante que a la mente le era imposible comprender que realmente existiese.

Estaban contemplando el pasado, una catástrofe que había tenido lugar hacía dos mil años. Estaban viendo el núcleo de llamas, tan ardiente que no se había enfriado todavía hasta el rojo blanco, que la estrella había enviado al espacio a una velocidad de millones de kilómetros por hora. La expansiva muralla de fuego hubiera absorbido el más poderoso planeta sin disminuir su velocidad; sin embargo, desde Tierra no era más que un tenue anillo en los límites de la visibilidad.

—Me pregunto —dijo Jamieson pausadamente— si sabremos alguna vez *por qué* una estrella hace esta clase de cosas.

—Algunas veces —respondió Molton—, mientras estoy escuchando la radio, pienso que sería una buena idea que nos ocurriese. El fuego es un buen esterilizador.

Jamieson estaba visiblemente escandalizado; aquello no era digno de Molton, cuyo brusco exterior ocultaba tan inadecuadamente su profundo calor interno.

—¡No lo dirá usted en serio! —protestó.

—Bien, quizá no. Durante el último millón de años hemos hecho bastantes progresos y supongo que un astrónomo tiene que ser paciente. Pero fíjese en el lío en que nos estamos metiendo ahora, ¿no se ha preguntado usted nunca adónde vamos a parar?

Detrás de estas palabras había un apasionamiento, una profundidad de sentimientos que asombró a Jamieson y lo dejó profundamente impresionado. Molton no había abandonado, hasta entonces, jamás su cautela; jamás había delatado tener profundas sensaciones en un campo que no fuese el suyo. Jamieson sabía que acababa de ver una momentánea debilidad de un control férreo. Aquello despertó algo en su propia mente y, como un caballo asustado, reaccionó contra la impresión de un reconocimiento mental.

Durante largo rato los dos hombres permanecieron mirándose, pesándose, especulando, tratando de salvar el abismo que separa a todo hombre de su semejante. Entonces, con un agudo silbido, el espectrómetro automático anunció que había terminado su cometido. La tensión había cesado; el mundo cotidiano se cernía de nuevo alrededor de ellos. Y así un momento que hubiera podido extenderse hasta crear

incalculables consecuencias, tembló en el borde de la existencia y volvió de nuevo al limbo.

IV

Sadler no había contado nunca con poseer un despacho particular suyo; lo máximo a que había aspirado era a una mesa modesta en algún rincón de la Sección de Contabilidad, y esto fue exactamente lo que obtuvo. Esto no le contrarió; su deseo era no causar ninguna molestia ni llamar sobre él una innecesaria atención, y de todos modos pasaba relativamente poco tiempo en su mesa. Todas las anotaciones finales de sus datos tenían lugar en la intimidad de su habitación —el diminuto cubículo, sólo suficientemente grande para liberarlo de la claustrofobia—, que era una de las cien celdas idénticas de la planta Residencial.

Necesitó varios días para adaptarse a aquella forma de vida completamente artificial. Allí, en el corazón de la Luna, el tiempo no existía. Los espantosos cambios de temperatura entre el día y la noche lunares no penetraban más allá de un metro o dos en la roca; las olas diurnas de frío y calor, volvían a alejarse antes de haber alcanzado su profundidad. Sólo los relojes de los hombres daban los segundos y los minutos; cada veinticuatro horas la luz del corredor disminuía y aparecía una apariencia de noche. Pero ni aun entonces el Observatorio dormía. Cualquiera que fuese la hora, había alguien de guardia. Los astrónomos, desde luego, estaban acostumbrados a trabajar a horas peculiares, con gran contrariedad de sus esposas, salvo en aquellos casos, muy frecuentes, en que las esposas eran astrónomos también. El ritmo de la vida lunar no era para ellas una nueva molestia; los que refunfuñaban eran los ingenieros que tenían que mantener el aire, la energía, las comunicaciones y los otros múltiples servicios del Observatorio establecidos sobre la base de veinticuatro horas.

En conjunto, pensaba Sadler, el personal administrativo se llevaba la mejor parte. No tenía ninguna importancia que Contabilidad, Diversiones y Almacenes cerrasen durante ocho horas, como lo hacían cada veinticuatro, con tal que alguien siguiese ocupándose de Sanidad y Cocina.

Sadler había tenido sumo cuidado en no pisar el terreno de nadie y hasta entonces creía haberlo conseguido plenamente. Conocía ya a todo el personal superior menos al Director, que se hallaba ausente, en Tierra, y de vista a la mitad del Observatorio. Su plan había sido familiarizarse concienzudamente con una sección tras otra hasta haber visto

todo lo que aquel lugar podía ofrecer. Una vez hubiese terminado, se concentraría y reflexionaría durante un par de días. Había trabajos que era sencillamente imposible acelerar, por urgentes que fuesen.

Urgencia, sí, éste era el problema capital. Más de una vez le habían dicho que había llegado al Observatorio en tiempos muy inoportunos. La creciente tensión política había llevado los nervios a su límite extremo y reinaba un profundo malestar. Era cierto que *Nova Draconis* había mejorado en cierto modo la situación, ya que nadie podía pre-ocuparse por cosas tan triviales como la política cuando otros fenómenos relucían en el cielo; pero no podían ser molestados tampoco en las cuestiones económicas, y Sadler juzgaba difícil censurarlos.

Pasaba todo el tiempo del que podía disponer fuera de sus investigaciones en la Sala Común, donde el personal descansaba cuando no estaba de guardia. Allí estaba el centro de la vida social del Observatorio y le daba una oportunidad ideal de estudiar a los hombres y las mujeres que se habían desterrado voluntariamente en interés de la ciencia o, alternativamente, atraídos por los elevados sueldos necesarios para atraer a la Luna individuos menos abnegados.

A pesar que Sadler no era un hombre inclinado al chismorreo, y se interesaba más por los hechos y las cifras que por la gente, sabía que tenía que sacar el mejor partido de aquella oportunidad. Sus instrucciones habían sido, en efecto, muy específicas sobre este punto, de una forma que él consideraba innecesariamente cínica. Pero no podía negarse que la naturaleza humana es siempre muy parecida, entre todas las clases, y en todos los planetas. Sadler había recogido la mayor parte de sus útiles informaciones permaneciendo simplemente al alcance de la voz en el bar.

La Sala Común había sido planeada con gran arte y gusto y la constantemente cambiante decoración mural hacia difícil creer que aquella espaciosa estancia estuviese en realidad profundamente incrustada en la corteza de la Luna. Como una fantasía del arquitecto, había una chimenea en la cual el más realista montón de troncos de leña ardía constantemente sin consumirse jamás. Aquello fascinaba profundamente a Sadler que no había visto jamás nada parecido en Tierra.

Sadler se había revelado ya suficientemente hábil en los juegos y ameno en la conversación para ser recibido como miembro del personal y admitido dentro de muchas de las murmuraciones locales. Aparte del hecho que todos sus miembros eran de un grado de inteligencia distintamente superior, el Observatorio era en sí mismo un micro-cosmos de la Tierra. A excepción del asesinato (y probablemente *esto* era también cuestión de tiempo), casi todo lo que ocurría entre la sociedad terrenal ocurría de una u

otra forma allí. Sadler difícilmente se sorprendía de nada, y ciertamente no de aquello. Era de esperar que las seis muchachas que formaban parte de la sección de Contabilidad, ni al cabo de unas cuantas semanas de trabajar en una comunidad principalmente masculina, tuviesen una reputación que sólo podía ser calificada de frágil. Como no era nada asombroso que el Ingeniero Jefe no se hablase con el ayudante del Jefe Ejecutivo, o que el Profesor X considerarse que el Doctor Y era un loco de atar o que el señor Z tuviese fama de hacer trampas en la supercanasta. Todos estos detalles no eran en absoluto de la incumbencia de Sadler si bien los escuchaba con el más profundo interés. No tendían sino a probar que el Observatorio no era más que una gran familia unida y feliz.

Sadler se estaba preguntando qué humorista había impreso la frase PROHIBIDO SACARLO DEL SALÓN DE LECTURA sobre la bien formada muchacha de la cubierta del *Triplanet News* del mes anterior cuando Wheeler entró echando chispas en la habitación.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó Sadler—. ¿Es que ha descubierto otra nova o busca solamente un hombro sobre el cual sollozar?

Realmente se inclinaba a creer que éste era el caso y que su hombro sería el indicado a falta de otro mejor; por aquellos tiempos había aprendido ya a conocer a Wheeler bastante bien. El joven astrónomo podía ser uno de los miembros más jóvenes de su ramo, pero era también uno de los más notables. Su sarcástico ingenio, su falta de respeto a la alta autoridad, la plena confianza en sus propias opiniones, y su tendencia a la irrefutable discusión le impedían ocultar sus luces bajo un tonel. Pero a Sadler le habían dicho, incluso aquellos a quienes no gustaba Wheeler, que era brillante e iría lejos. En aquel momento no había agotado todavía la reserva de consideración creada por su descubrimiento de *Nova Draconis*, que por sí solo podía asegurar su reputación durante todo el resto de su carrera.

—Estoy buscando a Wagtail; no está en la oficina y tengo que hacer una reclamación.

—El Secretario Wagnall —respondió Sadler poniendo en la corrección toda la dosis de reproche que pudo— se fue a los hidropónicos hace media hora. Y si me permite hacer un comentario, ¿no considera usted más bien inusitado ser el autor y no la causa de una reclamación?

Wheeler esbozó una ancha sonrisa que le dio un aspecto inusitadamente juvenil.

—Temo que tenga usted razón. Sé que hubiera debido seguir todos los canales reglamentarios, pero el asunto es urgente. Acabo de perder un par de horas por culpa de algún loco que acaba de hacer un aterrizaje sin autorización.

Sadler tuvo que pensar rápidamente antes de darse cuenta de lo que Sadler quería decir. Entonces recordó que esta región de la Luna era zona reservada; ninguna nave

estaba autorizada a volar sobre el hemisferio norte sin antes notificarlo al Observatorio. El brillo cegador de los cohetes de ion, captado por uno de los grandes telescopios, podía estropear exposiciones fotográficas y averiar seriamente delicados instrumentos.

—¿Supone usted que se trata de algún caso de urgencia? —preguntó Sadler, bajo la impresión de una súbita idea—. Su trabajo es muy importante, pero la nave podía estar en peligro.

Wheeler no había pensado visiblemente en esto y su cólera decayó instantáneamente. Miró desconcertado a Sadler como preguntándose qué tenía que hacer. Sadler dejó su revista y se puso de pie.

—¿Vamos a Comunicaciones? —preguntó—. Deben saber lo que ocurre. ¿Le importa que vaya con usted?

Era muy meticuloso en cuestiones de etiqueta y no olvidaba nunca que estaba allí en calidad de excedente. Además, siempre era una buena política dejar creer a la gente que hacía favores.

Wheeler aceptó en el acto la proposición y se encaminó hacia Comunicaciones como si la idea hubiese sido suya propia. La oficina de Señales era una vasta habitación aseada y sin rincones, situada en la planta más alta del Observatorio sólo a pocos metros bajo la corteza de la Luna. En ella había una central telefónica automática que era el sistema nervioso del Observatorio y en ella estaban los vigilantes y transmisores que mantenían este remoto puesto avanzado en contacto con Tierra. Todos ellos presididos por el oficial de Señales de guardia que desalentaba a los intrusos visitantes con un gran cartel que decía: TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA A LAS PERSONAS NO AUTORIZADAS.

—Esto no se refiere a nosotros —dijo Wheeler, abriendo la puerta. Inmediatamente se vio contradicho por otro cartel más grande todavía que decía: ESTO SE REFIERE A USTED. Sin inmutarse, se volvió hacia Sadler que sonreía y añadió—: Todos los sitios donde realmente no se debe entrar están cerrados—. Sin embargo, no abrió la segunda puerta sino que llamó a ella y esperó a que una voz malhumorada respondiese: «¡Adelante!»

El oficial de Señales, que estaba haciendo la disección del mecanismo de un traje espacial, pareció muy complacido de la interrupción. En el acto llamó a Tierra y preguntó qué nave se dirigía hacia *Mare Imbrium* sin haberlo notificado al Observatorio. Mientras estaban esperando la respuesta, Sadler se dedicó a inspeccionar los equipos que llenaban la habitación.

Era realmente asombroso que se necesitasen tantos aparatos sólo para hablar con la gente o enviar fotografías de Luna a Tierra. Sadler, que sabía cuanto les gusta a los técnicos explicar su trabajo a quienes realmente se interesan por él, hizo varias preguntas y trató de asimilar cuanto pudo de las respuestas. Estaba agradecido del hecho que hasta entonces nadie se hubiese preocupado de averiguar si tenía algún ulterior motivo o estaba tratando de averiguar si no podrían hacer aquel trabajo por la mitad de su sueldo. Lo habían aceptado como un público interesado e inquisitivo compuesto de una persona, porque era obvio que la mayoría de las preguntas que hacía no podían tener significado financiero alguno.

La respuesta de Tierra llegó por el impresor automático en el momento en que el Oficial acababa de hacerle dar la vuelta informativa. Era un mensaje ligeramente desconcertante:

«VUELO NO REGISTRADO. ASUNTO GOBIERNO. NINGUNA NOTIFICACIÓN PUBLICADA. NUEVOS ATERRIZAJES PREVISTOS. MOLESTIA LAMENTADA.»

Wheeler miraba las palabras como si no pudiese dar crédito a sus ojos. Hasta aquel momento los cielos del Observatorio habían sido sacrosantos. Un padre abad viendo la violación de su monasterio no hubiera sentido mayor indignación.

—¡Y van a mantenerlo! —estalló—. ¿Qué va a ser de nuestro programa?

—Serénese, señor —dijo el oficial de Señales con indulgencia—. ¿No ha oído usted las noticias? ¿O ha estado usted demasiado ocupado para ver nuestra pequeña nova? Este mensaje no quiere decir más que una cosa. Que ocurre algo secreto por el *Mare*. Le apostaría algo.

—Lo sé —dijo Wheeler—. Esta es otra de estas malditas expediciones en busca de metales pesados esperando que la Federación los encontrará. Todo esto es ridículamente infantil.

—¿Qué le hace a usted creer que ésta es la explicación? —preguntó Wheeler secamente.

—Pues..., que hace ya años que esto se produce. En cualquier bar de la ciudad podrá usted saber los últimos chismes.

Sadler no había estado todavía en «la ciudad» —como era llamado el viaje a Ciudad Central—, pero le fue fácil dar crédito a aquellas palabras. La explicación de Wheeler era perfectamente factible, particularmente en vista de la actual situación.

—Me parece que vamos a tener que tomar la cosa lo mejor posible —dijo el oficial atacando de nuevo el traje espacial—. De todos modos, hay un consuelo. Todo esto

ocurre al sur de nosotros, del otro lado del cielo del Dragón. De manera que no causará ninguna interferencia en su trabajo, ¿verdad?

—Supongo que no —confesó Wheeler con un gruñido—. De momento parecía completamente desconcertado. No era, lejos de ahí, que desease ninguna interferencia en su trabajo, pero había estado esperando una buena lucha y vérsela arrancada de aquella manera de sus manos era para él una amarga decepción.

No era necesario tener conocimiento alguno sobre las estrellas para distinguir ahora a *Nova Draconis*. Después de la blanquecina Tierra era por mucho el astro más brillante del cielo. Incluso Venus, siguiendo al Sol hacia el este, era pálida comparada con este arrogante recién llegado. Había empezado ya a proyectar una distinta sombra y seguía aumentando su brillo.

Abajo en Tierra, según las noticias que iban llegando por la radio, era claramente visible incluso de día. Durante algún tiempo había arrojado la política de las primeras páginas, pero la presión de los acontecimientos iba dejándose sentir de nuevo. El hombre no podía soportar pensar en la eternidad por largo tiempo; y la Federación estaba sólo a algunos minutos de luz de allí, no a siglos.

V

Había aún quien opinaba que el hombre hubiera sido más feliz no moviéndose de su planeta, pero era ya demasiado tarde ahora para hacer algo en este sentido. En todo caso, si se hubiese quedado en Tierra, no hubiera sido el Hombre. La inquietud que le había inducido a recorrer la superficie de su mundo, que le había hecho trepar por los cielos y profundizar los mares, no se hubiera saciado mientras la Luna y los planetas lo saludasen a distancia, a través de las profundidades del espacio.

La colonización de la Luna había sido una lenta, algunas veces trágica y siempre fabulosamente costosa, empresa. Dos siglos después del primer aterrizaje, la mayor parte del gigantesco satélite de Tierra era todavía inexplorado. Cada detalle había sido situado en un mapa desde el espacio, pero más de la mitad de aquel accidentado globo no había sido nunca examinado de cerca.

Ciudad Central y otras bases que habían sido establecidas con tanta fatiga eran islas de vida en aquella inmensa desolación; oasis de un silencio desierto de cegadora luz y obscuridad absoluta. Muchos fueron los que preguntaron si el esfuerzo necesario para la supervivencia valía la pena de ser hecho, puesto que Marte y Venus ofrecían mucho

mayores oportunidades. Pero a pesar de todos los problemas que le oponía, el Hombre no podía seguir adelante sin la Luna. Había sido el primer puente lanzado sobre el espacio y era la clave de los planetas. Las naves de línea que se lanzaban de mundo a mundo captaban toda su masa de propulsión allí, llenando sus grandes tanques en el polvo finamente desmenuzado que los cohetes iónicos escupían en chorros electrificados. Al obtener este polvo en la Luna y no tenerlo que elevar a través de la enorme gravedad de Tierra había permitido reducir el costo del viaje espacial a menos de una décima parte. En realidad, sin la Luna como base de abastecimiento de combustible el vuelo a través del espacio no se hubiera conseguido jamás.

Había demostrado también, como astrónomos y físicos habían predicho, su inmenso valor científico. Liberada por fin de la aprisionadora atmósfera de Tierra, la astronomía había dado pasos gigantescos; y no había en realidad ninguna rama de la ciencia que no se hubiese beneficiado de los laboratorios lunares. Cualesquiera que fuesen las limitaciones de los hombres de estado de Tierra, habían aprendido bien una lección. La investigación científica era la sangre vital de la civilización; era una inversión que podía garantizar el pago de dividendos por toda la eternidad.

Lentamente, con incontables tropiezos desalentadores, el Hombre había descubierto cómo subsistir, después cómo vivir y por fin cómo florecer en la Luna. Había inventado técnicas completamente nuevas de ingeniería del vacío, de arquitectura a baja gravedad, de control de aire y de temperatura. Había batido al demonio gemelo del día y la noche lunares, si bien tenía que estar constantemente al acecho de sus nocivos efectos. El ardiente calor podía dilatar sus bóvedas y agrietar los edificios; su aterrador frío podía separar cualquier estructura de metal no preparada especialmente para precaverse contra contracciones jamás experimentadas en Tierra. Pero todos los problemas habían sido, finalmente, solventados.

Vistas desde lejos, todas las nuevas y ambiciosas empresas parecen más difíciles y aleatorias. Así se había demostrado en Luna. Problemas que habían parecido insuperables antes que la Luna hubiera sido alcanzada habían pasado ya a la categoría de costumbres lunares. Obstáculos que desalentaron a los primeros exploradores habían sido casi olvidados. Sobre las tierras por donde el hombre había luchado a pie, hoy los vehículos monoplaza transportaban turistas de Tierra con toda clase de comodidades.

Bajo algunos conceptos, las condiciones de la Luna habían ayudado más que obstaculizado a los invasores. Estaba, por ejemplo, la cuestión de la atmósfera lunar. En Tierra hubiera sido considerada como un buen vacío, y no tenía efecto apreciable sobre las observaciones astronómicas. Era suficiente, sin embargo, para actuar como pantalla

muy eficiente contra los meteoros. La mayoría de los meteoros son bloqueados por la atmósfera de Tierra antes que éstos lleguen a menos de cien kilómetros de la superficie; han sido detenidos, en otros mundos, mientras atravesaban capas de aire no más densas que las de la Luna. En realidad, la invisible pantalla protectora de los meteoros de la Luna es más efectiva que la de Tierra, puesto que, gracias a la más baja gravedad lunar, se extiende mucho más lejos en el espacio.

Quizá el más asombroso descubrimiento de los primeros exploradores fue la existencia de la vida vegetal. Desde largo tiempo se sospechaba, por los peculiares cambios de sombra y luz en cráteres como los de Aristarchus y de Eratosthenes, que en la Luna había una cierta forma de vegetación, pero era difícil ver cómo podía subsistir en tan rigurosas condiciones. Quizá, se conjeturaba, subsistía una cierta forma de líquenes y musgos, y sería interesante saber cómo lo conseguían.

La suposición era completamente errónea. Una ligera reflexión hubiera hecho ver que toda la planta lunar no podía ser primitiva, sino que tenía que ser altamente especializada, sumamente sofisticada, de hecho, a fin de poder hacer frente a sus hostiles alrededores. Las plantas primitivas no tenían mayores probabilidades de existir en la Luna que las que tendría el hombre primitivo.

Las plantas lunares más comunes eran grasas, con frecuencia de formación globular, no muy alejadas de los cactus. Sus pieles rugosas impedían la pérdida de la preciosa agua y estaban manchadas en algunos sitios de «ventanas» transparentes circulares para dejar entrar la luz. Esta sorprendente improvisación, por asombrosa que pareciese a muchos, no era única. Se había desarrollado independientemente en ciertas plantas del desierto en África, enfrentadas con el mismo problema de captar la luz del sol sin desperdiciar agua.

La única característica de las plantas lunares era, sin embargo, su ingenioso mecanismo para captar el aire. Un complicado sistema de membranas y válvulas, no muy alejado del empleado por ciertos animales marinos para aspirar agua a través de sus cuerpos, actuaba como una especie de compresor. Las plantas eran pacientes; esperaban durante años enteros en las grandes grietas que ocasionalmente expelían débiles nubes de óxido de carbono o azufre del interior de Luna. Entonces las membranas entraban frenéticamente en acción y la extraña planta aspiraba por sus poros todas las moléculas que se producían antes que la fugaz neblina lunar se dispersase por el codicioso vacío que constituía toda la atmósfera restante de la Luna.

Éste era el extraño mundo que constituía hoy el hogar de algunos miles de seres humanos. Con toda su dureza, lo amaban, y no hubieran querido volver a Tierra donde la

vida era fácil y por lo tanto ofrecía poco campo a empresas e iniciativas. En realidad, pese a los lazos económicos que la sujetaban a Tierra, la colonia lunar tenía más relaciones con los demás planetas de la Federación. En Marte, Venus, Mercurio y los satélites de Júpiter y Saturno, los hombres mantenían una guerra de fronteras contra la Naturaleza, que muy probablemente ganaría la Luna. Marte estaba completamente conquistado; era el único mundo fuera de Tierra donde el hombre podía caminar al exterior sin la ayuda de medios artificiales. En Venus la victoria estaba a la vista y el premio sería una superficie tan grande como tres veces la Tierra. En los demás sitios sólo existían puestos avanzados; el ardiente Mercurio y los helados mundos exteriores eran un reto a los siglos futuros.

Así lo consideraba Tierra. Pero la Federación no podía esperar y el Profesor Phillips, en su absoluta inocencia, había llevado la inquietud hasta su punto de ruptura. No era la primera vez que una publicación científica había cambiado el curso de la historia, y no sería la última.

Sadler no había visto nunca las páginas de cálculos matemáticos que habían sido causa de todas las perturbaciones, pero sabía las conclusiones a las cuales llevaban. Había aprendido muchas cosas durante los seis meses que llevaba viviendo al margen de su vida. Algunas de ellas las había aprendido en una aula con seis otros semejantes cuyos nombres nadie se los había dicho, pero muchos de sus conocimientos los había adquirido durante el sueño o en estado de trance hipnótico. Un día, quizá, todos aquellos conocimientos le serían retirados tal vez por la misma técnica.

A Sadler le habían dicho que la faz de la Luna consiste en dos distintas clases de terreno; las áreas obscuras de los llamados Mares y las brillantes regiones generalmente más altas en elevación y mucho más montañosas. Son las brillantes zonas las que están sembradas de incontables cráteres lunares, y al parecer fueron devastadas y destrozadas por eones de volcánica furia. Los Mares, por contraste, son llanos y relativamente suaves. Contienen ocasionalmente cráteres y muchos pozos y simas, pero son incomparablemente más regulares que las accidentadas alturas.

Éstas fueron formadas, al parecer, mucho más tarde que las cadenas de montañas y cráteres de la feroz juventud de la Luna. Al parecer, mucho tiempo después que las viejas formaciones se hubiesen congelado, la corteza volvió a fundirse en algunas áreas para formar las sombrías y suaves llanuras que se llaman Mares. Éstas contienen los restos de muchos viejos cráteres y montañas que se habían fundido como cera y sus costas están rodeadas de acantilados medio destruidos y llanuras que apenas escaparon a su total destrucción.

El problema que durante mucho tiempo había preocupado a los científicos y que el Profesor Phillips había solucionado era éste. ¿Por qué estalló el calor interno de la Luna sólo en las áreas seleccionadas de los Mares, dejando las antiguas tierras altas intactas?

El calor interno de un planeta está producido por radiactividad. El Profesor Phillips creía, por lo tanto, que bajo los grandes Mares tenía que haber ricos depósitos de uranio y sus elementos asociados. El flujo y reflujo del fundido interior de la Luna había producido de alguna forma estas concentraciones y el calor que habían generado a través de milenios de radiactividad habían fundido las características superficiales que los cubría para formar los Mares.

Durante dos siglos los hombres habían recorrido la superficie de la Luna con todos los instrumentos de medición imaginables. Habían hecho temblar su interior produciendo terremotos artificiales; habían hecho pruebas con campos eléctricos y magnéticos. Gracias a estas observaciones el Profesor Phillips había podido establecer su teoría sobre una base matemática aceptable.

Vastos yacimientos de uranio existían a grandes profundidades bajo los Mares. El uranio en sí no tenía ya la importancia vital de los siglos veinte y veintiuno, porque las antiguas pilas de escisión habían dado desde hacía ya mucho tiempo paso al reactor de hidrógeno. Pero donde había uranio, podían encontrarse los demás metales pesados también.

El Profesor Phillips estaba completamente seguro del hecho que su teoría no tenía aplicación práctica alguna. Todos estos grandes depósitos, había cuidadosamente hecho ver, estaban a tales profundidades que toda forma de minería estaría forzosamente fuera del caso. Estaban por lo menos a centenares de kilómetros de profundidad y la presión de la roca a estas profundidades era tan grande que el metal más duro se fundiría como un líquido, de manera que ni galería ni pozo permanecerían abiertos un solo instante.

Parecía lamentable. Aquellos tentadores tesoros, había concluido el Profesor Phillips, tenían que permanecer eternamente fuera del alcance del hombre que tanta necesidad tenía de ellos.

Un científico, pensaba Sadler, tenía que saber algo más que esto. Un día el Profesor Phillips tenía que encontrarse ante una gran sorpresa.

VI

Sadler permanecía echado en su lecho tratando de ordenar sus recuerdos de la última semana. Le era difícil creer que hacía sólo ocho días que había llegado de Tierra, pero el calendario de la pared y los relojes concordaban con las notas que había tomado en su diario. Y si dudaba de estos dos testigos, le bastaba subir a la superficie y entrar en una de las dos bóvedas de observación. Allí podría mirar hacia la inconmovible Tierra, que de llena empezaba a desvanecerse. A su llegada a la Luna estaba en su primer cuarto.

Sobre el *Mare Imbrium* era medianoche. El alba y el crepúsculo estaban igualmente remotos, pero el paisaje lunar aparecía inundado de luz. Retando a la misma Tierra estaba *Nova Draconis*, tan brillante ya como cualquier estrella de la historia. Incluso Sadler, que consideraba la mayoría de los acontecimientos astronómicos demasiado remotos e impersonales para producirle ninguna emoción, hacía algunas veces el viaje «arriba» para contemplar el nuevo invasor de los cielos nórdicos. ¿No estaría acaso contemplando la pira funeraria de unos mundos más antiguos y cuerdos que Tierra? Parecía extraño que un acontecimiento susceptible de crear el terror tuviese que ocurrir en un momento de crisis humana. Podía ser una mera coincidencia, desde luego, *Nova Draconis* era una estrella cercana, y sin embargo la señal de su muerte había realizado un viaje de doce siglos. Sería necesario ser no solamente muy supersticioso, sino también muy egocéntrico, para imaginar que aquel acontecimiento se había producido como una advertencia a Tierra. Porque, ¿qué ocurriría en todos los demás planetas, los otros soles, en cuyos cielos la nova brillaba con igual o mayor resplandor?

Sadler refrenó sus errantes pensamientos y se concentró en sus propios asuntos. ¿Qué le quedaba por hacer? Había visitado todas las secciones del Observatorio, había conocido a todos los personajes de importancia con la sola excepción del Director. El Profesor Maclaurin era esperado de regreso de Tierra dentro de un día o dos, y su ausencia, si algún efecto había producido, era la de simplificar la tarea de Sadler. Cuando regresase su jefe, le advertía todo el mundo, la vida no sería tan suave y pacífica y todo tendría que ser llevado a cabo siguiendo los estrictos reglamentos. Sadler estaba ya acostumbrado a ello, mas no por esto veía con buenos ojos la perspectiva.

El altavoz que tenía en la pared sobre su cama inició un discreto zumbido. Sadler tendió un pie y conectó la corriente con la punta de su sandalia. Consiguió hacerlo la primera vez, pero los rasguños que llenaban la pared eran todavía un visible testimonio de su aprendizaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Aquí Sección de Transportes. Voy a cerrar la lista de mañana. Quedan todavía un par de sitios libres, ¿quiere usted venir?

—Si hay sitio —respondió Sadler— no quiero sufrimiento más merecido que éste.

—De acuerdo, está apuntado —dijo la voz con viveza, al tiempo que cerraba.

Sadler sentía sólo un muy tenue remordimiento de conciencia. Después de una semana de intenso trabajo podía permitirse algunas horas en Ciudad Central. No tenía aún la obligación de establecer el primer contacto, y hasta entonces todas sus comunicaciones habían seguido el camino normal del correo, de una forma que no hubiera tenido significado alguno para cualquiera que lo hubiese leído. Pero era ya hora que supiese desenvolverse por la ciudad y desde luego parecería extraño que no tomase ningún día de vacaciones.

La principal razón de su primer viaje, sin embargo, era puramente personal. Tenía una carta que quería echar al correo y sabía que la correspondencia del Observatorio era censurada por sus colegas de Información Central. En aquellos momentos debían ser indiferentes a estas cuestiones, pero prefería guardar los detalles de su vida privada para sí mismo.

Ciudad Central estaba situada a veinte kilómetros del puerto espacial y a su llegada Sadler no había visto nada de la metrópolis lunar. Cuando el vehículo —mucho más lleno esta vez de lo que había estado en su viaje de llegada— arrancó avanzando hacia el *Sinus Medii*, Sadler no se sentía ya totalmente un extraño. Conocía, por lo menos de vista, a todos los ocupantes del vehículo. Casi la mitad del personal del Observatorio estaba allí; la otra mitad tendría su día de libertad la semana siguiente. Ni aun la aparición de *Nova Draconis* conseguía alterar esta rutina, que estaba basada en el sentido común y la sana psicología.

El grupo de grandes cúpulas comenzó a elevarse por encima del horizonte. Una luz flotante brillaba en lo alto de cada una de ellas, pero por lo demás permanecían en la obscuridad y no daban señales de vida. Sadler sabía que algunas de ellas podían hacerse transparentes a voluntad. Ahora todas eran opacas conservando su calor contra la noche lunar.

No querían correr riesgos, pensó Sadler, aprobando tal precaución. Después se oyó el inconfundible ruido del aire elevándose a su alrededor, una puerta se abrió y el vehículo se detuvo al lado de un andén que hubiera podido formar parte de cualquier estación de Tierra. Sadler sintió una fuerte impresión al ver a través de las ventanillas a la gente caminar tranquilamente sin llevar trajes espaciales.

—¿Va usted a algún sitio determinado? —preguntó Wagnall, mientras esperaba que la presión sobre la puerta cesase.

Sadler movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—, quiero sólo dar una vuelta y ver un poco todo esto. Quiero ver dónde consiguen ustedes gastar todo su dinero.

Wagnall quedó perplejo sin saber si Sadler bromeaba o no, pero con gran alivio del segundo no ofreció sus servicios como guía. Aquélla era una de las ocasiones en que se sentiría muy feliz al encontrarse solo.

Salió de la estación y se encontró en lo alto de una larga rampa que bajaba hacia el pavimento de la pequeña ciudad. El nivel principal estaba a veinte metros bajo él; no se había dado cuenta del hecho que toda la cúpula estaba incrustada en la llanura lunar, reduciendo considerablemente la cantidad de estructura de techo necesaria. Al lado de la rampa, una ancha franja transbordadora llevaba equipajes y mercancías a la estación a una velocidad moderada. Los edificios más cercanos eran visiblemente industriales y, aun cuando bien cuidados, tenían la apariencia ligeramente grasienta que inevitablemente domina cuanto se encuentra en las proximidades de las estaciones y los puertos.

Sólo cuando estuvo a media rampa Sadler se dio cuenta que sobre su cabeza tenía un cielo azul, que el sol brillaba encima de él y que, muy altos, flotaban un grupo de cirros.

La ilusión era tan perfecta que lo había considerado cosa natural, olvidando que en aquellos momentos era medianoche en la Luna. Permaneció largo rato contemplando las deslumbrantes profundidades de aquel cielo sintético y no consiguió ver el menor defecto en su perfección. Ahora comprendía porqué las ciudades lunares insistían en sus costosas cúpulas cuando hubieran podido perfectamente limitarse a una existencia subterránea como la del Observatorio.

En Ciudad Central no había peligro de extraviarse. Con una sola excepción, cada una de las siete cúpulas interconectadas estaba situada en la misma forma de avenidas radiadas y calles circulares concéntricas. La excepción era Cúpula Cinco, el principal centro industrial de producción, que era virtualmente una vasta factoría de la que Sadler decidió prescindir.

Anduvo al azar por algún tiempo, yendo hacia donde sus errantes pasos lo dirigían. Quería conseguir el «sentido» del lugar, porque comprendía que era imposible adquirir un conocimiento completo de la ciudad en el poco tiempo del que disponía. Había una cosa en Ciudad Central que le llamó la atención desde el primer momento; tenía una personalidad, un carácter propio. Nadie es capaz de decir porqué esto ocurre en algunas ciudades y no en otras, y a Sadler le sorprendía que pudiese ser así en un ambiente tan artificial como aquél. Entonces recordó que *todas* las ciudades, estuviesen en Tierra o en la Luna, eran igualmente artificiales...

Las calles eran estrechas, los únicos vehículos, pequeños, coches abiertos de tres ruedas, que se cruzaban a menos de treinta kilómetros por hora, parecían destinados a transportar mercancías más que pasajeros. Sadler tardó algún tiempo en descubrir el ferrocarril subterráneo que conectaba las seis cúpulas exteriores formando un anillo que pasaba por el centro de cada una de ellas. Era en realidad un cinturón de transporte que avanzaba en dirección única, contraria a la de las agujas del reloj. Si se estaba de mala suerte podía tenerse que dar toda la vuelta para llegar a la cúpula anterior, pero como el recorrido circular tardaba sólo cinco minutos el daño no era grande.

El centro comercial y lugar de concentración del *jet-set* lunar era Cúpula Uno. Allí vivían también los principales ejecutivos y técnicos; los más eminentes de ellos, en casas propias. La mayoría de las casas residenciales tenían jardines superiores en los cuales plantas importadas de Tierra alcanzaban alturas insospechadas debido a su escasa gravedad. Sadler abría los ojos en busca de síntomas de vegetación lunar, pero no pudo ver el menor indicio de ella. No sabía que estaba terminantemente prohibida la introducción de plantas indígenas en el interior de las cúpulas. Una atmósfera rica en oxígeno las estimulaba en exceso, produciendo un crecimiento avasallador y una muerte pronta, exhalando un hedor que era necesario haber olido para creer en él, cuando sus organismos sobrecargados de azufre se pudrían.

Allí podía encontrarse a la mayoría de los visitantes de Tierra. Sadler, selenita de ocho días de estancia, se dio cuenta que estaba contemplando a los visibles recién llegados con una especie de desprecio. La mayoría de ellos habían alquilado cinturones pesados al entrar en la ciudad, convencidos que aquélla era la medida más prudente a tomar. Sadler había sido advertido a tiempo contra esta falaz medida, evitando así contribuir a lo que era una modesta explotación. Cierto era que si uno se cargaba con plomo había menos peligro de elevarse sobre el suelo con incautos pasos terminando quizá la trayectoria sobre la cabeza, pero, cosa sorprendente, pocos eran los que distinguían entre peso e inercia, distinción que daba a estos cinturones un tan discutible valor. Cuando uno trataba de echar a caminar o de detenerse súbitamente, se daba inmediatamente cuenta que a pesar del hecho que cien kilos de plomo podían *pesar* sólo sesenta aquí, producían exactamente el mismo efecto que en Tierra.

De cuando en cuando, mientras avanzaba por entre la escasa población y deambulaba entre tienda y tienda, Sadler se encontraba con algún conocido del Observatorio. Algunos de ellos iban cargados de paquetes, fruto del forzado ahorro de una semana. La mayoría de los más jóvenes, hombres y mujeres, habían encontrado compañeros. Sadler supuso

que si bien el Observatorio, bajo muchos conceptos, se bastaba a sí mismo, debía haber otros que requerían cierta variedad.

La sonora nota de una campana tres veces repetida lo pilló desprevenido. Miró a su alrededor, pero no pudo localizar su origen. Al principio le pareció que, cualquiera que fuese su significado, nadie prestaba atención a la señal. Después observó que las calles iban quedando desiertas y el cielo empezaba a obscurecer.

Las nubes se habían cerrado delante del sol. Eran negras y desgarradas, la luz que las atravesaba incendiaba sus bordes. Una vez más Sadler se maravilló del arte con que aquellas imágenes —ya que no podían ser otra cosa— eran proyectadas sobre la cúpula. No había tempestad real que pudiese parecer más realista y cuando el primer trueno retumbó en el cielo no vaciló un instante en buscar refugio. Aun cuando las calles no habían acabado de vaciarse enteramente, había supuesto ya que los organizadores de aquella tempestad no omitirían detalles...

El pequeño café donde se refugió estaba lleno de visitantes cuando empezaron a caer las primeras gotas y los zigzags de los relámpagos cruzaron el cielo. Sadler no podía ver nunca un relámpago sin contar los segundos que transcurrían hasta el retumbar del trueno. Esto se produjo cuando hubo contado hasta las seis, lo cual equivalía a dos kilómetros de distancia. Desde luego, lo hubiera situado mucho más allá de la bóveda, en el vacío sin sonido del espacio. En fin, era necesario tolerar cierta licencia artística, no hubiera sido noble mostrarse demasiado quisquilloso en detalles como éste.

La lluvia iba arreciando y los relámpagos haciéndose más frecuentes. Las calles iban llenándose de agua y por primera vez Sadler se dio cuenta de las anchas bocas de las alcantarillas que, de haberse fijado en ellas antes, hubiera despreciado por inútiles. Aquí no era prudente hacer caso omiso de *nada*; es necesario detenerse y preguntarse: «¿Para qué debe servir esto? ¿Qué hace esto aquí, en la Luna? ¿Es incluso lo que yo imagino que es?» Realmente, una vez que uno reflexiona sobre el caso, una alcantarilla en la Luna era una cosa tan inesperada de ver como un limpianieves. Pero quizá incluso esto...

Sadler se volvió hacia su vecino que estaba contemplando la tormenta con visible admiración.

—Perdóneme —le dijo—, ¿con qué frecuencia se produce esto?

—Un par de veces al día..., al día lunar, entendámonos —le respondió el desconocido—. Es siempre anunciada con algunas horas de anticipación a fin que no sea un estorbo para los asuntos.

—No quisiera ser demasiado inquisitivo —continuó Sadler, dándose cuenta que era esto lo que en realidad estaba siendo—, pero me sorprende la molestia que se toman ustedes. ¿Cree usted que este realismo es verdaderamente necesario?

—Quizá no, pero nos gusta. Necesitamos un poco de lluvia, recuérdelo usted, para mantener la ciudad limpia y evitar el polvo. De manera que tratamos de hacerlo adecuadamente.

Si Sadler hubiese tenido alguna duda a este respecto, se hubiera desvanecido ante el doble arco iris que apareció entre las nubes. Las últimas gotas cayeron sobre las aceras; el trueno se desvaneció alejándose en el remoto silencio. El espectáculo había terminado, y las relucientes calles de Ciudad Central comenzaron a llenarse nuevamente de vida.

Sadler se quedó en el café para comer y después de un laborioso regateo logró desembarazarse de una cierta cantidad de moneda terrestre a un cambio sólo ligeramente inferior al oficial. La comida, con cierta sorpresa por su parte, fue excelente. Cada bocado debía hacer crecido o sido sintetizado en tanques de levadura o algún producto semejante, pero había sido hecho y clasificado con gran pericia. El inconveniente que ocurría en Tierra, reflexionaba Sadler, era que la comida estaba considerada como una cosa normal y por lo tanto no se le prestaba la atención que merecía. Aquí, en cambio, la comida no era algo que la generosa naturaleza, con un poco de ayuda, se viese obligada a producir. Tenía que ser procurada y producida partiendo de cero, y puesto que la misión tenía que ser cumplida, alguien se había preocupado para que lo fuese debidamente. Como el tiempo, en realidad...

Era hora de actuar. El último correo para Tierra saldría dentro de dos horas y si lo perdía, Jeanette no recibiría su carta por lo menos antes de una semana de tiempo terrestre. Bastante tiempo llevaba esperándolo ya...

Sacó de su bolsillo una carta sin cerrar y volvió a leerla atentamente en vista de posibles modificaciones.

«Jeanette, mi muy querida:

»Quisiera poderte decir dónde estoy, pero no me está permitido. No era tal mi intención, pero fui elegido para desempeñar una misión importante y no tuve más remedio que someterme. Estoy en perfecta salud y si bien no puedo ponerme en contacto directo contigo, cualquier carta que mandes dirigida a Apartado Número 1, como te dije, llegará a mis manos tarde o temprano.

»Lamenté muchísimo estar ausente para nuestro aniversario, pero debes creer que me fue absolutamente imposible hacer nada para evitarlo. Supongo que recibiste mi regalo y

espero que te haya gustado. Me costó mucho tiempo encontrar aquel collar, y no quiero decirte lo que me costó...

»¿Me echas mucho de menos? ¡Dios mío, cuánto desearía estar de nuevo en casa! Sé que te molestaste y ofendiste cuando me marché, pero quiero que tengas confianza en mí y comprendas que me era imposible decirte lo que ocurría. Seguramente te darás cuenta que quiero a Jonathan Peter tanto como tú. Por favor, ten fe en mí y no creas que fue un acto de egoísmo, ni que no te quiera, el actuar como actué. Tenía mis buenas razones que un día estaré en condiciones de explicarte.

»Por encima de todo no te preocupes ni estés impaciente. Ya sabes que regresaré en cuanto pueda. Y te prometo una cosa..., *una vez esté de nuevo en casa, seguiremos adelante...* ¡Ojalá pudiese saber cuándo será!

»Te quiero, amor mío, no dudes nunca de ello. Este trabajo es duro y tu fe en mí será una cosa que me ayudará a aguantar...»

Volvió a leer cuidadosamente la carta tratando de momento de olvidar todo lo que significaba para él, y de mirarla como un mensaje que cualquier extraño hubiera podido escribir. ¿Se delataba demasiado? No lo creía así. Podía ser indiscreto, pero no había en ella nada que revelase ni su paradero ni la naturaleza de su trabajo.

Cerró el sobre pero no puso nombre ni dirección. Entonces hizo algo que era, estrictamente hablando, una franca violación de su juramento. Metió la carta en otro sobre que dirigió con una nota incluida a su abogado de Washington.

«Estimado George —escribió—. Quedarás sorprendido al ver donde estoy, Jeanette no lo sabe y no quiero que se preocupe. De manera que dirígele la que te incluyo y échala en el correo más próximo. Considera mi actual paradero como estrictamente confidencial. Algún día te lo explicaré todo.»

George adivinaría la verdad pero era capaz de guardar un secreto como cualquiera que perteneciese a Información Central. A Sadler no se le ocurría ningún otro camino seguro de hacer llegar la carta a manos de Jeanette y estaba dispuesto a correr el menor riesgo posible para tranquilidad de su conciencia..., y de la de ella.

Preguntó la situación de la columna de correo más cercana (no eran fáciles de encontrar en Ciudad Central) y echó la carta. Dentro de un par de horas estaría en camino hacia Tierra: mañana a esta hora podía estar ya en manos de Jeanette. Su única

esperanza era que comprendiese o que, si no lo comprendía, suspendiese su juicio hasta que se viesen de nuevo.

Al lado de la columna de correos había un puesto de periódicos y Sadler compró el *Central News*. Faltaba todavía algún tiempo antes de la salida del monorriel hacia el Observatorio y si algo interesante ocurría en la ciudad el periódico seguramente diría algo de ello.

Las noticias políticas ocupaban tan poco espacio que Sadler se preguntó si la censura apretaba fuerte. A juzgar por los titulares, nadie se hubiera dado cuenta que hubiese una crisis; era necesario buscar por todo el periódico para encontrar algo que tuviese verdadero significado. Al final de la página dos, por ejemplo, estaba la noticia de una nave de línea de Tierra que sufría cuarentena fuera de Marte, y no se le permitía aterrizar, mientras que a otra, en Venus, no se le permitía despegar. Sadler estaba completamente seguro que los motivos eran más políticos que médicos; la Federación se estaba sencillamente poniendo dura.

En la página cuatro había otra noticia más digna de crear preocupaciones. Un grupo de exploradores acababa de ser detenido en un remoto asteroide de las proximidades de Júpiter. El delito, al parecer, era la violación de los reglamentos de la seguridad del espacio. Sadler sospechó que el delito era tan falso como el grupo de exploradores. La Información Central había perdido probablemente algunos de sus agentes.

En la página central del periódico había un editorial completamente ingenuo, arrojando luz sobre la situación y expresando la esperanza a que el sentido común prevalecería. Sadler, que no se hizo ilusiones acerca de lo común de ese sentido, permaneció escéptico y volvió la página hacia las noticias locales.

Todas las comunidades humanas, en cualquier sitio que se hallen del espacio, siguen el mismo modelo. La gente seguía naciendo, seguía siendo incinerada (con la debida preservación del fósforo y los nitratos), se lanzaba y salía precipitadamente del matrimonio, circulaba por la ciudad, atacaba en justicia a su vecino, celebraba mítines de protesta, se encontraba mezclada en sorprendentes accidentes, escribía Cartas al Director, cambiaba de profesión... Sí, era exactamente como en Tierra. Aquello era una idea un poco deprimente, sin embargo. ¿Por qué se habría preocupado tanto el hombre de salir de su verdadero mundo cuando a pesar de tantos viajes y emociones había tan poca diferencia en su naturaleza fundamental? Lo mismo hubiera podido quedarse en casa, en lugar de expatriarse con sus debilidades, a gran costo, a otro mundo.

Tu misión te está haciéndote volver cínico, se dijo Sadler. Vamos a ver qué tiene Ciudad Central en materia de diversiones.

Había precisamente perdido un campeonato de tenis en Cúpula Cuatro que debía valer la pena de ser visto. Se jugaba, según le habían dicho, con una pelota de tamaño normal. Pero la pelota estaba llena de agujeros, lo cual aumentaba su resistencia al aire hasta tal punto que su alcance no era mayor que en Tierra. Sin un subterfugio similar, un buen golpe hubiera podido fácilmente alcanzar una de las cúpulas. Sin embargo, la trayectoria seguida por una de estas pelotas especiales era sumamente peculiar y suficiente para producirle un ataque de nervios a cualquiera que hubiese aprendido a jugar bajo una gravedad normal.

En Cúpula Tres había un Cyclorama que prometía un viaje a la cuenca del Amazonas (picadas de mosquito discrecionales), que empezaba cada hora alterna. Recién llegado de Tierra, Sadler no sentía deseos de regresar a ella tan pronto. Por otra parte, juzgaba que había visto ya un excelente cyclorama en la tempestad que ahora se había ya perdido de vista y que probablemente habría sido proyectada de la misma forma, por baterías de proyectores de gran angular.

La atracción que finalmente atrajo su fantasía fue la piscina de la Cúpula Dos. Era la exhibición principal del Gymasium de Ciudad Central, muy frecuentado por el personal del Observatorio. Uno de los peligros de la residencia en la Luna era la falta de ejercicio y la consiguiente atrofia muscular. Todo el que permanecía alejado de Tierra durante más de algunas semanas sentía muy duramente el cambio de peso al regresar a ella. Lo que atraía a Sadler al Gymnasium, sin embargo, era la esperanza de poder practicar algunas sensacionales zambullidas que no osaría jamás intentar en Tierra, donde uno cae cinco metros durante el primer segundo y adquiere un exceso de aceleración antes de alcanzar el agua.

Cúpula Dos estaba en el otro lado de la ciudad y como Sadler creyó tener que conservar sus energías para su proyecto, tomó el tren subterráneo. Pero falló la sección de pequeña velocidad que llevaba fuera del cinturón de avance continuo y fue llevado muy lentamente a Cúpula Tres antes de poderse escapar. En lugar de dar nuevamente toda la vuelta a la ciudad, retrocedió por el camino de la superficie, pasando por el corto túnel que reunía todas las cúpulas por el punto donde se tocaban. Allí había puertas automáticas que se abrían al simple contacto y volvían a cerrarse instantáneamente si bajaba la presión del aire por ambos lados.

La mitad del personal del Observatorio parecía estar practicando en el Gymnasium. El doctor Molton estaba accionando una máquina de remar, con la mirada fija en el indicador que iba sumando los golpes. El Ingeniero Jefe, con los ojos herméticamente cerrados, tal como lo prescribían las instrucciones preventivas, estaba en el centro de un círculo de

tubos ultravioleta que le daban un mágico resplandor mientras iban manteniendo su curtido de la piel. Uno de los ayudantes del servicio de Sanidad estaba atacando un saco de arena con tal encarnizamiento que Sadler acarició la esperanza de no tenerse que enfrentar jamás con él profesionalmente. Un personaje de aspecto fuerte que Sadler creía perteneciente a Mantenimiento, estaba tratando de ver si podía levantar una tonelada; incluso teniendo en cuenta que se trataba de una tonelada a baja gravedad, era un espectáculo cuya contemplación inspiraba cierto temor.

Todos los demás estaban en la piscina y Sadler no tardó en unirse a ellos. No estaba seguro del hecho que ocurriese lo que había esperado, pero de todos modos imaginaba que nadar en la Luna tenía que ser completamente diferente de hacerlo en Tierra. Pero era exactamente lo mismo, y el único efecto de la gravedad estribaba en la anormal altura de las olas y la lentitud con la cual avanzaban a través de la piscina.

Las zambullidas fueron bien mientras Sadler no intentó nada ambicioso. Era maravilloso saber lo que ocurría y tener tiempo de admirar los alrededores durante el lento descenso. Entonces, llevado de la osadía, Sadler intentó un salto mortal desde cinco metros. Al fin y al cabo era equivalente a menos de un metro en Tierra...

Desgraciadamente calculó mal el tiempo de la caída y dio media vuelta de más —o de menos—, entró en el agua por los hombros y se dio cuenta demasiado tarde del porrazo que uno podía pegarse, incluso desde escasa altura, si el salto estaba mal calculado. Cojeando ligeramente y con la sensación de haber sido desollado vivo salió de la piscina, y viendo las aguas irse tranquilizando lentamente decidió dejar estos exhibicionismos para gente más joven.

Después de todos estos esfuerzos era inevitable que se encontrase con Molton y algunas otras amistades cuando salió del Gymnasium. Cansado, pero satisfecho, convencido de haber aprendido mucho ya acerca de la vida lunar, Sadler se reclinó satisfecho en su asiento en el momento en que el monorriel arrancaba y las puertas de la estación se cerraban herméticamente tras ellos. El cielo azul moteado de nubes daba lugar a la sombría realidad del negro cielo de la noche lunar. Allí estaba la inmutable Tierra tal como la había visto algunas horas antes.

Buscó la cegadora estrella *Nova Draconis*, pero en el acto recordó que en aquellas latitudes estaba oculta bajo el borde norte de la Luna.

Las negras cúpulas que tan pocos indicios daban de la luz y la vida que ocultaban, iban hundiéndose detrás del horizonte. Mientras iba viéndolas desaparecer, Sadler tuvo un pensamiento súbito y sombrío. Habían sido construidas para resistir las fuerzas de la

Naturaleza, pero..., ¡cuán lamentablemente frágiles serían si alguna vez tenían que enfrentarse con la furia del Hombre!

VII

—Sigo creyendo —dijo Jamieson mientras el tractor se dirigía hacia la muralla sur de Platón— que cuando el Viejo se entere se va a armar la del diablo.

—¿Por qué? —preguntó Wheeler—. Cuando regrese estará demasiado ocupado para ocuparse de nosotros. En todo caso, pagamos el combustible que consumimos. De manera que no te preocupes y diviértete. Hoy es nuestro día libre, lo digo por si lo habías olvidado...

Jamieson no respondió. Estaba demasiado ocupado concentrándose en la carretera que tenía delante, si es que podía llamársele carretera. El único indicio de qué vehículos habían seguido aquel camino, eran alguna que otra rodada en el polvo. Teniendo éstas que durar toda la eternidad debido a la ausencia de viento en la Luna, no había necesidad de otros postes indicadores, si bien de vez en cuando se tropezaba con alguna inquietante advertencia que decía: «¡PELIGRO! ¡GRIETAS!», o bien, «OXÍGENO DE URGENCIA — 10 KILÓMETROS».

En la Luna hay sólo dos métodos de transporte a larga distancia. Los monorrieles de altas velocidades conectan los principales núcleos de población por medio de un rápido y cómodo servicio que circula con un horario regular. Pero el sistema del riel es muy limitado y probablemente destinado a seguir siéndolo debido a su costo. Para un tráfico sin límite de alcance sobre la superficie lunar había que acudir a los poderosos tractores movidos a turbina conocidos por «Caterpillars» o, más concisamente, «Cats». Eran, virtualmente, pequeñas naves espaciales montadas sobre gruesos neumáticos que les permitían ir a cualquier parte razonable, incluso por el asombrosamente accidentado suelo de la Luna. En terreno llano podía hacer fácilmente cien kilómetros por hora, pero normalmente estaban de suerte cuando podían conservar la mitad de esta velocidad. La escasa gravedad y las garras de oruga que podía bajar en caso necesario les permitían subir fantásticas pendientes. En casos de necesidad habían conseguido trepar acantilados verticales gracias a sus engranajes internos. En los grandes modelos se podía vivir durante semanas enteras sin excesivas molestias y toda la exploración detallada de la Luna se había llevado a cabo por exploradores utilizando estos resistentes vehículos.

Jamieson era más que un hábil conductor y conocía perfectamente el camino. Sin embargo, durante la primera hora, Wheeler tuvo la creencia que su cabello no volvería a alisarse nunca más. Generalmente los recién llegados a la Luna necesitaban bastante tiempo para darse cuenta que las pendientes casi verticales no ofrecían peligro alguno si eran tomadas convenientemente y con respeto. Quizá era una ventaja que Wheeler fuese un novicio, porque la técnica de Jamieson era tan heterogénea que hubiera inspirado serio terror a un pasajero más experimentado que él.

El motivo por el cual Jamieson era tan arriesgado y brillante conductor era una paradoja que había dado lugar a muchas discusiones entre sus colegas. Normalmente, era un hombre cauteloso y experimentado, inclinado a no actuar nunca sin antes pensar en las consecuencias. Nadie lo había visto nunca contrariado o excitado; muchos lo creían perezoso, pero esto era una calumnia. Era capaz de pasar semanas enteras sumido en determinadas observaciones hasta que los resultados eran absolutamente incontrovertibles, y entonces los dejaba aparte para volverles a dar una nueva mirada al cabo de dos o tres meses.

Y, sin embargo, una vez en los mandos de un «Cat», aquel astrónomo apacible y amante de la tranquilidad se convertía en el más osado conductor titular de todos los récords, en todos los recorridos de tractores del hemisferio norte. La razón estribaba —enterrada demasiado profundamente para que ni el mismo Jamieson se diese cuenta de ella— en el juvenil deseo de llegar a ser piloto espacial, sueño que había sido frustrado por un espíritu errante.

Desde el espacio —o a través de un telescopio, en la Tierra— las murallas de Platón parecían una formidable barrera cuando los rayos del sol, ya bajos, les daban su mejor aspecto. Pero, en realidad, tenían menos de un kilómetro de altura y tomando el camino indicado a través de los numerosos pasos, el viaje del cráter al interior del *Mare Imbrium* no presentaba grandes dificultades. Jamieson franqueó las montañas en menos de una hora, si bien Wheeler hubiera deseado que hubiese empleado un poco más de tiempo.

Se detuvieron en un alto escarpado que dominaba la llanura. Frente a ellos, cortando el horizonte, emergía la piramidal cumbre de Pico. Hacia la derecha, hundiéndose hacia el nordeste, se veían los más escarpadas cumbres de los Montes de Tenerife. Pocas de aquellas cumbres eran las que no habían sido jamás holladas, en gran parte debido a que nadie había tenido gran interés en intentarlo. La brillante luz de la Tierra los hacía aparecer de un mágico gris azulado, produciendo un extraño contraste con su aspecto diurno, en apariencia de un blanco crudo y un negro absoluto bajo la luz implacable del sol.

Mientras Wheeler descansaba para gozar de la vista, comenzó una minuciosa exploración del paisaje con un par de poderosos binoculares. Diez minutos después, la abandonó, al no haber descubierto nada que se saliese de lo usual. El hecho no le sorprendió, porque la zona donde los cohetes no previstos en el horario habían aterrizado estaba muy por debajo del horizonte.

—Vamos a seguir —dijo—. Podemos llegar a Pico en un par de horas y comeremos allí.

—¿Y después, qué? —preguntó Jamieson en tono resignado.

—Si no conseguimos ver nada regresaremos como dos niños buenos.

—De acuerdo. Pero vas a encontrar un poco difícil el camino, a partir de ahora. No creo que más allá de una docena de tractores hayan hecho jamás este recorrido. Para darte una alegría, te diré que el nuestro es uno de ellos.

Hizo avanzar su vehículo evitando hábilmente una vasta pendiente donde los siglos habían acumulado enormes cantidades de rocas descuartizadas. Estas pendientes eran sumamente peligrosas porque la menor perturbación podía ser origen de un desequilibrio produciendo un alud irresistible que lo arrastraría todo. Pese a su aparente osadía, Jamieson no corría nunca peligros y tomaba contra esta especie de trampas toda clase de debidas precauciones. Un conductor menos experimentado hubiera emprendido el camino siguiendo el pie de la pendiente sin la menor vacilación y noventa y nueve por ciento de las veces no le hubiera ocurrido nada, pero Jamieson había visto ya lo que ocurría en la centésima vez. Una vez que la oleada de polvoriento pedregal había envuelto un tractor, no había salvación posible, ya que todo intento de auxilio hubiera desencadenado nuevo aludes.

Wheeler empezó a sentirse verdaderamente inquieto al empezar a bajar las rampas exteriores de Platón. Era extraño, porque eran mucho menos abruptas que las paredes interiores y había esperado un recorrido fácil. No había contado con el hecho que Jamieson aprovechara las buenas condiciones para aumentar la velocidad y el tractor se agitaba de una forma peculiar. Wheeler desapareció en la parte posterior del bien equilibrado tractor y permaneció oculto a la vista del piloto durante algún tiempo. Cuando volvió a aparecer, observó considerablemente enojado:

—Nadie me había dicho nunca que era posible marearse en la Luna.

La vista no era en realidad decepcionante, como suele serlo cuando se baja a las tierras bajas de la Luna. El horizonte está tan cerca —sólo a dos o tres kilómetros de distancia— que da una sensación de confinamiento y reclusión. Parece que lo único que existe en el mundo es el pequeño círculo de roca que lo circunda a uno. La ilusión puede

llegar a ser tan fuerte que se han conocido hombres que conducían más despacio de lo necesario como temiendo inconscientemente caer por el borde de aquel tan inusitado y cercano horizonte.

Durante dos horas Jamieson fue avanzando paulatinamente hasta que por fin la triple torre de Pico dominó el cielo que tenían delante. En otros tiempos aquella magnífica montaña había formado parte de la muralla del vasto cráter que debió ser el hermano gemelo de Platón. Pero hacía ya siglos que la avasalladora lava del *Mare Imbrium* había arrastrado todo el resto de aquel anillo de ciento cincuenta kilómetros de diámetro, dejando Pico en su solitario y abandonado estado.

Los viajeros se detuvieron para abrir algunos paquetes de comida y hacer un poco de café en la cafetera a presión. Una de las molestias menores de la vida en la Luna es que las bebidas verdaderamente calientes son una imposibilidad; el agua hierve a unos setenta grados centígrados, debido a la atmósfera rica en oxígeno pero baja de presión que se empleaba. Al cabo de un cierto tiempo, sin embargo, uno se acostumbra a las bebidas templadas.

Una vez que hubieron limpiado los restos de la comida, Jamieson hizo observar a su colega:

—¿Sigues queriendo ir adelante?

—Mientras creas que no hay peligro, sí. Estos muros parecen espantosamente abruptos desde aquí.

—No hay peligro, mientras hagas lo que te digo. Me estaba precisamente preguntando cómo te sientes. No hay nada por qué sentirse enfermo en un traje espacial.

—Estoy bien —dijo Wheeler con dignidad. Entonces se le ocurrió otra idea—: ¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—¡Oh, un par de días! Digamos cuatro, como máximo. Será mejor que hagas todo lo que tengas que hacer, ahora, de todos modos.

—¡Oh, no me preocupa *esto*! —contestó Wheeler, retirándose de nuevo al fondo de la cabina.

Durante los seis meses que llevaba en la Luna, Wheeler no había usado el traje espacial más allá de una docena de veces y la mayor parte de éstas en ocasión de alguna señal de alarma. Eran muy raras las ocasiones en que el personal de observación tenía que salir al vacío; la mayor parte de su equipo era controlado a distancia. Pero si no era un novicio completo, estaba todavía en el período de precaución que es mucho más seguro que la total y exagerada confianza.

Llamaron a Base, *vía* Tierra, a fin de comunicar sus posiciones e intenciones y se ajustaron el equipo. Primero Jamieson, después Wheeler, recitaron la letanía mnemotécnica: «A, aire; B, baterías, etc.» que parece tan infantil las primeras veces que uno lo oye pero que tan rápidamente se convierte en parte de la rutina de la vida lunar; y es algo con lo cual jamás nadie bromea. Una vez que estuvieron seguros de las perfectas condiciones en que estaba su equipo, abrieron las compuertas de aire y salieron a la polvorienta llanura.

Como la mayoría de las montañas lunares, Pico no parecía tan formidable visto de cerca como cuando era percibido a alguna distancia. Había algunos acantilados verticales, pero siempre era posible evitarlos, y raras veces era necesario trepar por pendientes de más de cuarenta y cinco grados. Bajo un sexto de gravedad, la cosa no era difícil, incluso cuando se lleva un traje espacial.

No obstante, el poco acostumbrado esfuerzo hacía sudar copiosamente a Wheeler y jadeaba una vez hubieron subido durante media hora; la placa visual de su rostro estaba muy empañada de humedad y tenía que mirar por los bordes para ver. Aunque era demasiado puntilloso para pedir un paso más lento, estuvo muy satisfecho cuando Jamieson dio orden de detenerse.

Estaba ahora a cerca de un kilómetro sobre el nivel de la llanura, y podían ver por lo menos unos cincuenta kilómetros hacia el norte. Protegieron sus ojos del resplandor de Tierra y comenzaron a buscar.

Sólo tardaron un momento en encontrar su objetivo. A mitad de camino hasta el horizonte, dos grandes naves-cohetes de carga se mantenían como torpes arañas sobre sus extendidos chasis. Pese a su considerable tamaño quedaban empequeñecidas por la curiosa estructura en forma de cúpula que se elevaba del nivel del suelo. Aquello no era una cúpula de presión ordinaria; sus proporciones eran completamente diferentes. Parecía como si se hubiese hundido una esfera completa, de forma que las tres cuartas partes emergiesen del suelo. A través de los gemelos, cuyos cristales especiales permitían ser usados a pesar del cristal del traje, Wheeler vio hombres y maquinaria moviéndose alrededor de la base de la cúpula. De vez en cuando nubes de polvo se elevaban hacia el cielo para volver a caer, como si estuviesen haciendo disparos. Había otra cosa curiosa en la Luna, pensó. Para cualquiera acostumbrado a las condiciones de Tierra, la mayor parte de las cosas caían aquí demasiado despacio a causa de su baja gravedad. Pero aquel polvo caía *demasiado* aprisa —o sea, a la misma velocidad que todo lo demás— porque no había aire para frenar su caída.

—Bien —dijo Jamieson después de haber llevado también a cabo un largo escrutinio de lo que ocurría, a través de sus binoculares—, aquí hay alguien que está gastando una cantidad de dinero fabuloso.

—¿Qué crees que es? ¿Una mina?

—Podría serlo —dijo el otro, cauteloso como siempre—. Quizá han decidido tratar el material sobre el lugar y todos sus talleres de extracción están debajo de esta cúpula. Pero esto no es más que una suposición; en todo caso no había visto nunca nada semejante.

—Sea lo que sea, podemos llegar allí en cosa de una hora. ¿Vamos a ver de qué se trata más de cerca?

—Ya temía que lo propusieses. No sé si será muy prudente. Pueden insistir en que nos quedemos.

—Has leído demasiados artículos alarmistas. ¡Cualquiera diría que estamos en guerra y somos dos espías! No pueden detenernos..., el Observatorio sabe donde estamos y el Director levantaría el infierno si no regresábamos.

—Sospecho que es lo que hará cuando regresemos, de manera que creo que podemos correr el riesgo. Vamos..., es más fácil, bajando.

—No he dicho nunca que fuese difícil al subir —protestó Wheeler con muy poco convencimiento. Pocos minutos después, mientras seguía a Jamieson pendiente abajo, se le ocurrió una idea alarmante.

—¿Crees que nos habrán oído? Supón que alguien tuviese un aparato de esta frecuencia..., habrá oído todo lo que hemos dicho. Después de todo estamos en línea recta visual.

—¿Quién es el que se siente dramático ahora? No puede estar escuchando en esta frecuencia más que el Observatorio, nuestra gente no puede oírnos porque hay demasiadas montañas de por medio. Parece que no tengas la conciencia tranquila y hayas usado palabras feas otra vez.

Aquello era una alusión a un lamentable incidente ocurrido poco después de la llegada de Wheeler. Desde entonces había podido darse cuenta que el lenguaje privado que suele ser comúnmente usado en Tierra no siempre debe serlo por los que usan trajes espaciales, cuyos más tenues susurros pueden ser oídos por todos los que se encuentren dentro del círculo de acción de la radio.

El horizonte iba cerrándose a su alrededor a medida que iban bajando, pero habían tomado cuidadosamente la orientación y sabían qué dirección tomar cuando estuvieron de regreso en el tractor. Jamieson conducía ahora con extremada cautela, porque estaba

sobre un terreno que no había recorrido nunca. Transcurrieron dos horas antes que la enigmática cúpula empezase a emerger por encima de la línea del cielo, seguida al poco rato por los achaparrados cilindros de las naves.

Una vez más Wheeler enfocó su antena a Tierra y llamando al Observatorio explicó lo que habían descubierto y lo que pensaban hacer. Cortó antes que alguien pudiese darles contraorden, pensando la locura que era expedir un mensaje a 800.000 kilómetros a fin de hablar con alguien que estaba a cien kilómetros de allí. Pero no había otra manera de alcanzar la comunicación a larga distancia desde el nivel del suelo; todo lo de debajo del horizonte estaba bloqueado por la acción protectora de la Luna. Era verdad que utilizando ondas largas algunas veces era posible enviar a grandes distancias señales por reflexión con la muy tenue ionosfera de la Luna, pero este sistema era de poca confianza para ser seriamente usado. Para todos los propósitos prácticos, el contacto lunar de radio tenía que ser establecido sobre la base de «línea visual».

Era muy divertido observar la conmoción que su llegada había causado. Wheeler pensó que sólo podía compararse a un hormiguero hurgado con un palo. En un instante se encontraron rodeados de tractores, bulldozers, máquinas elevadoras y hombres excitados vestidos con trajes espaciales. Se vieron obligados, por simple compresión, a detenerse.

—De un momento a otro —dijo Wheeler—van a llamar a los guardias.

A Jamieson no consiguió hacerle gracia.

—No deberías gastar bromas de esta clase —le reprochó—. Podrían estar demasiado cerca de la verdad.

—Bien, aquí viene el comité de recepción. ¿Puedes leer las letras de su casco? SE. 2... ¿verdad? Supongo que significa «Sección 2».

—Quizá. Pero SE. podría aplicarse también a «Seguridad». En fin..., todo ha sido idea tuya. Yo no soy más que el chofer.

En aquel momento se oyó una serie de imperativos golpes en la puerta de la compuerta exterior de aire. Jamieson apretó el botón que cerraba la válvula y un momento después el «comité de recepción» se estaba quitando el casco en la cabina. Era un hombre de cabello gris y duras facciones con una expresión preocupada que parecía ser constante en él. No daba la impresión de estar muy contento de verlos.

Contempló a Wheeler y Jamieson pensativamente mientras los dos astrónomos hacían alarde de su más amistosa sonrisa.

—No solemos tener visitantes por esta parte —dijo—. ¿A qué se debe que se hallen ustedes aquí?

La primera frase, pensó Wheeler, era una advertencia tan clara como cualquiera que hubiese oído desde hacía tiempo.

—Somos del Observatorio..., hoy es nuestro día de permiso. Hemos sabido que estaban ustedes aquí y hemos decidido a venir a verlos.

—¿Cómo lo han sabido ustedes? —preguntó el otro secamente. No se había siquiera presentado, lo cual ya hubieran sido malos modales en Tierra y era intolerable allí.

—Como deben ustedes saber ya —prosiguió Wheeler suavemente—, poseemos uno o dos telescopios de considerable alcance en el Observatorio. Y nos están ustedes causando una serie de perturbaciones. Yo personalmente, he visto dos de mis espectrogramas velados por el resplandor del cohete. ¿Pueden ustedes censurarnos que seamos un poco curiosos?

Una leve sonrisa apareció en los labios del interrogador, que fue instantáneamente borrada. Sin embargo, la atmósfera parecía ceder un poco.

—Bien, me parece que será mejor que vengan ustedes a la oficina mientras hacemos algunas comprobaciones. No será cosa de mucho tiempo.

—Perdone..., pero, ¿desde cuándo ha sido una región de la Luna propiedad particular?

—Lo siento, pero así es como es. Síganme, por favor.

Los dos astrónomos se metieron en sus trajes y siguieron por la compuerta de aire. Pese a su agresiva inocencia, Wheeler empezaba a sentirse un poco preocupado. Veía ya toda clase de desagradables posibilidades y el recuerdo de todo lo que había leído acerca de los espías, encarcelamientos solitarios y muros de ladrillo al alba, se levantaban ahora para intranquilizarlo.

Fueron llevados a una puerta que se adaptaba perfectamente a la superficie y se encontraron en el interior de un espacio formado por el muro exterior y un hemisferio interior concéntrico. Las dos cubiertas, por lo que pudo juzgar, estaban separadas por una intrincada red de una especie de plástico transparente. Incluso el suelo que pisaba estaba hecho de la misma materia. Todo aquello, pensó Wheeler, era bastante extraño, pero no tenía tiempo para examinarlo detenidamente.

Su poco comunicativo guía los llevó a paso ligero como si no quisiera que viesen más de lo necesario. Entraron en la segunda bóveda por otra compuerta de aire, y por fin se pudieron quitar los trajes. Wheeler se preguntó, no sin cierta inquietud, si tendrían ocasión de volvérselos a poner.

La anchura de la compuerta indicaba que la cúpula interior debía tener un espesor considerable y, cuando la puerta que tenían delante se abrió, los dos astrónomos notaron inmediatamente un olor familiar. Era ozono. En algún lugar no muy apartado de ellos

había instalaciones eléctricas de gran voltaje. No había en ello nada de extraordinario, pero era otro detalle que había que tener en cuenta para futuras referencias.

La compuerta de aire les había dado paso a un pequeño corredor con puertas a ambos lados que ostentaban letreros y números como PARTICULAR, PERSONAL TÉCNICO, INFORMACIONES, PERSONAL DE AIRE, ENERGÍA DE URGENCIA y CONTROL CENTRAL. Ni Wheeler ni Jamieson pudieron sacar gran cosa en claro de estas denominaciones, pero se miraron pensativamente cuando por fin se detuvieron delante de una puerta marcada SEGURIDAD. La expresión de Jamieson le dijo a Wheeler tan claramente como si hubiese sido con palabras: «¡Ya te lo había dicho!»

Después de una breve pausa, un «¡Adelante!» luminoso apareció en la puerta y ésta se abrió. En el interior se encontraron en un despacho perfectamente normal en el cual había un hombre de aspecto decidido sentado detrás de una gran mesa. El tamaño sólo de la mesa proclamaba claramente que la cuestión dinero no tenía la menor importancia allí y los astrónomos formaban un extraño contraste con la instalación del despacho al cual estaban acostumbrados. Sobre una mesa del rincón había un teleimpresor de un modelo sumamente complicado y el resto de las paredes estaba enteramente cubierto de cajones clasificadores.

—¿Quién es esta gente? —preguntó el Oficial de Seguridad.

—Dos astrónomos del Observatorio de Platón. Acaban de llegar en un tractor y he creído que debía usted verlos.

—Ciertamente. ¿Sus nombres, por favor?

Siguió un enojoso cuarto de hora durante el cual se anotaron toda clase de detalles y se llamó al Observatorio. Esto quería decir, pensó Wheeler melancólicamente, que la grasa estaría ya en el asador. Sus amigos de Señales que habían estado siguiendo su avance para un caso de peligro, debían haber notificado ya oficialmente su ausencia.

Finalmente sus identidades quedaron establecidas y el hombre de la mesa impresionante los miró con aire de perplejidad. Finalmente arqueó las cejas y se dirigió a ellos.

—Se darán ustedes cuenta, desde luego, que ustedes son para nosotros una molestia. Éste es el último sitio donde esperamos recibir visitas, de lo contrario hubiéramos puesto avisos advirtiéndoles mantenerse alejados. Inútil es decir que tenemos medios de descubrir la presencia de cualquiera que se acerque, aunque tengan el buen juicio de no presentarse abiertamente como lo han hecho ustedes.

»En todo caso, están ustedes aquí, y no creo que se haya producido ningún mal. Supongo que habrán probablemente adivinado ustedes que éste es un proyecto del

Gobierno sobre el cual no queremos ser interrogados. Voy a tenerlos que despedir a ustedes, pero quiero que hagan antes dos cosas.

—¿Cuáles son? —preguntó Jamieson con suspicacia.

—Quiero que prometan ustedes no hablar de esta visita más de lo necesario. Sus amigos sabrán dónde han estado ustedes, de manera que no pueden guardarlo en un secreto absoluto. Pero no deberán ustedes discutirlo con ellos; eso es todo.

—Muy bien —dijo Jamieson—. ¿Y el segundo punto?

—Si alguien persiste en interrogarlos y muestra un interés particular en esta pequeña aventura que han tenido..., comuníquenlo en el acto. Eso es todo. Espero que tengan un buen viaje de regreso.

Cinco minutos después, de nuevo en el tractor, Wheeler estaba todavía echando chispas.

—¡Valiente banda de granujas! ¡No nos han ofrecido ni un cigarrillo!

—Yo creo más bien que hemos estado de suerte de salirnos tan fácilmente —dijo Jamieson tranquilamente—. Van a lo suyo.

—Me gustaría saber qué es *lo suyo*. ¿Te ha parecido una mina? ¿Y por qué tiene que estar funcionando algo en un lugar desierto y árido como el *Mare*?

—Yo creo que debe ser una mina. Cuando llegamos observé algo que parecía mucho ser maquinaria perforadora en el otro lado de la cúpula. Pero es difícil saber a ciencia cierta qué significa este enredo.

—A menos que hayan descubierto algo que no quieren que la Federación sepa.

—En este caso no es probable que nosotros lo descubramos tampoco y por lo tanto podríamos dejar de estrujarnos el cerebro. Pero yendo a cosas más prácticas, ¿hacia dónde vamos desde aquí?

—Atengámonos a nuestro plan original. Puede transcurrir mucho tiempo antes que podamos volver a usar el tractor y por lo tanto tenemos que sacar el máximo partido de él. Además, siempre ha sido una de mis ambiciones ver el *Sinus Iridum* desde el nivel del suelo como ahora.

—Hay sus buenos trescientos kilómetros hacia el este..., desde aquí.

—Sí, pero tú mismo has dicho que si nos apartamos de las montañas el camino es bastante llano. Podemos conseguirlo en cinco horas. Soy ya un conductor suficientemente bueno para relevarte si estás cansado.

—No por camino desconocido; sería demasiado arriesgado. Pero haremos una cosa. Yo te llevaré hasta el Promontorio Laplace a fin que puedas tener una buena vista de la

Bahía. Y desde allí puedes conducir al regreso, siguiendo las huellas que yo habré dejado. Y cuidado con apartarte de ellas.

Wheeler aceptó encantado. Había temido que Jamieson quisiera abandonar la excursión y regresar al Observatorio, pero pensó que había cometido una injusticia con su amigo.

Durante las tres horas que siguieron fueron avanzando por los flancos de las Montañas de Tenerife y después se dirigieron a través de la Cordillera Straight, aquella solitaria y aislada línea de montañas como tenue eco de los imponentes Alpes. Jamieson conducía ahora con una profunda concentración; avanzaba por un territorio desconocido y no podía correr riesgos. De vez en cuando le señalaba famosos jalones y Wheeler los comprobaba en el mapa fotográfico.

Se detuvieron para comer a diez kilómetros al este de la Cordillera Straight e investigaron el contenido de las cajas que la cocina del Observatorio les había dado. Un rincón del tractor estaba instalado en forma de cocina, pero no tenían intención de utilizarla a no ser en un caso de urgencia. Ni Wheeler ni Jamieson eran suficientemente buenos cocineros para gozar con la preparación de un plato y, al fin y al cabo..., habían salido para divertirse...

—¿Qué piensas acerca de la Federación? —preguntó abruptamente Wheeler entre dos bocados de su sandwich—. Conoces más gente de ella que yo.

—Sí, y me gustan. Es lástima que no estuvieses aquí antes que el último grupo se marchase; teníamos una docena de ellos en el Observatorio estudiando el montaje del telescopio. Están pensando en montar un instrumento de mil quinientos centímetros en una de las lunas de Saturno..., ¿sabes?

—Esto sería un buen proyecto; siempre he dicho que estamos demasiado cerca del sol, aquí. Con toda seguridad se libraría de la Luz Zodiacal y de toda esta porquería de los planetas interiores. Pero volviendo al asunto, ¿te dan ellos la impresión que van a crear un conflicto con Tierra?

—Es difícil de decir. Han sido muy cordiales y amistosos con nosotros, pero los dos éramos científicos, y esto ayuda mucho. Hubiera sido quizá diferente si hubiésemos sido políticos, o funcionarios civiles.

—¡Maldita sea..., somos funcionarios civiles! Sadler me lo recordaba precisamente el otro día...

—Sí, pero por lo menos somos funcionarios civiles *científicos*, lo cual es muy diferente. Tengo la seguridad que a ellos les importa un comino la Tierra, si bien son demasiado educados para decirlo. No queda duda del hecho que están preocupados por las alea-

ciones metálicas; con frecuencia los he oído quejarse de ello. El punto esencial es que tienen muchas mayores dificultades que nosotros en abrir a la explotación los planetas exteriores y que la Tierra desperdicia la mitad del material que emplea.

—¿Qué facción consideras la justa?

—No lo sé; es tan difícil conocer todos los hechos... Pero hay mucha gente en Tierra que teme a la Federación y no quiere cederle ningún otro poder. Los federales lo saben; un día pueden pegar primero y discutir después.

Jamieson miró el cronómetro y dando media vuelta se volvió hacia el asiento del conductor.

—Es hora de emprender el regreso —dijo—. Estamos retrasándonos.

Desde la Cordillera Straight emprendieron la dirección del sudeste y al poco rato la gran meseta del Promontorio Laplace apareció en la línea del cielo. Mientras iban circundándola se encontraron ante una visión desconcertante: los destrozados restos de un tractor y, a su lado, un tosco montículo coronado por una cruz de metal. El tractor parecía haber sido destrozado por la explosión del depósito de combustible y era un modelo anticuado que Wheeler no había visto nunca. No quedó sorprendido cuando Jamieson le dijo que estaba allí hacía casi un siglo; aparecería exactamente igual dentro de otro millón de años y más.

Mientras iban avanzando por la meseta, el imponente muro norte del *Sinus Iridum* —la Bahía de los Arcoiris—, apareció a la vista. Hacía muchos años, el *Sinus Iridum* había formado un anillo completo de montañas, una de las llanuras amuralladas más vastas de la Luna. Pero el cataclismo que había formado el Mar de las Lluvias había destruido la totalidad del muro sur, de manera que ahora sólo quedaba una bahía semicircular. A través de la bahía el Promontorio Laplace y el Promontorio Heraclides se miraban uno a otro, soñando en los días en que estaban unidos por montañas de cuatro kilómetros de altura. De aquellas desaparecidas montañas sólo subsistían algunos montículos y restos de cordillera.

Wheeler permanecía completamente tranquilo mientras el tractor pasaba por los altos acantilados que se erguían como una hilera de titanes mirando de cara a la Tierra. La luz verde que resbalaba por sus flancos revelaba los detalles de sus muros en terraza. Jamás nadie había trepado por aquellas pendientes, pero un día, pensaba Wheeler, alguien escalaría aquellas cumbres y se asomaría desde lo alto, victorioso, hacia la bahía. Era una sensación extraña pensar que después de doscientos años, subsistía aún tanta parte de la Luna jamás hollada por el pie humano y tantos lugares que el hombre tenía que alcanzar sin otra ayuda que su esfuerzo y su habilidad.

Recordaba su primera mirada hacia *Sinus Iridum* a través del telescopio casero que se había fabricado siendo chiquillo. No eran más que dos lentes fijadas en un tubo de cartón, pero le había producido mayor placer que los gigantescos instrumentos de los cuales era, ahora, el dueño.

Jamieson hizo describir al tractor una gran curva y lo detuvo de cara al oeste. La línea que habían marcado a través del polvo era netamente visible, era una carretera que subsistiría eternamente a menos que un tránsito posterior viniese a borrarla.

—El final de la línea —dijo—. Puedes partir de allí. Es toda tuya hasta que llegues a Platón. Allí despiértame y tomaré el volante hasta las montañas. Buenas noches.

Wheeler no hubiera sido capaz de imaginar cómo lo consiguió, pero al cabo de diez minutos Jamieson estaba dormido. Quizá el suave movimiento del tractor actuó de cuna y se preguntaba con qué habilidad sortearía tumbos y sacudidas el día que regresase a su casa. Bien, no había más que una manera de averiguarlo... Avanzó cuidadosamente hacia la pista polvorienta y comenzó a recorrerla de regreso hacia Platón.

VIII

Tarde o temprano tenía que ocurrir, se dijo Sadler filosóficamente mientras llamaba a la puerta del Director. Había hecho cuanto había podido, pero en empleos como aquel era imposible evitar herir los sentimientos de todo el mundo. Sería interesante, muy interesante, averiguar quién se había quejado...

El profesor Maclaurin era uno de los hombres más pequeños que había visto en su vida. Era tan pequeño que mucha gente había cometido el fatal error de no hablarle seriamente. Sadler no era de éstos. Los hombres muy pequeños suelen tener mucho cuidado en compensar sus deficiencias físicas (¿cuántos dictadores han sido de una altura normal?) y bajo todos los conceptos Maclaurin era uno de los hombres más duros de la Luna.

Miró a Sadler a través de la virginal superficie de la mesa. No había siquiera una carpeta de escribir que rompiese su uniformidad; sólo había sobre ella la pequeña superficie del comunicador con su micrófono incrustado. Sadler había oído hablar del método único de administración de Maclaurin y de su odio a notas y memorándums. El Observatorio era regido, en sus asuntos cotidianos, casi exclusivamente de palabra. Desde luego, había otros que tenían que redactar noticias y estadísticas; Maclaurin se limitaba a establecer el contacto de su aparato y dar las órdenes. El sistema funcionaba

impecablemente por la sencilla razón que el Director lo anotaba todo y podía presentarlo ante los ojos en cualquier momento a cualquiera que le dijese: «¡Pero, señor, jamás me había usted dicho *esto*!». Se rumoreaba —si bien Sadler esperaba que fuese una calumnia— que Maclaurin había en algunas ocasiones cometido una falsedad verbal alterando retrospectivamente la anotación. Esta acusación, inútil decirlo, era virtualmente imposible de demostrar.

El Director le señaló el único otro asiento existente y comenzó a hablar antes que hubiese tenido tiempo de sentarse.

—Ignoro de quién fue la brillante idea —comenzó—, pero no me ha sido notificado que tuviese usted que venir aquí. Si lo hubiese sabido, hubiera pedido un aplazamiento. Aunque nadie aprecia la importancia de la eficiencia más que yo, vivimos unos tiempos muy turbios. Considero que mis hombres pueden hacer trabajos más útiles que explicarle sus ocupaciones a usted, particularmente en momentos en que estamos luchando con las observaciones de *Nova Draconis*.

—Siento muchísimo que omitiesen notificárselo a usted, profesor Maclaurin —respondió Sadler—. Sólo me queda imaginar que las disposiciones debieron tomarse mientras estaba usted en camino hacia Tierra. —Se preguntaba qué diría el Director si supiese con cuánta minuciosidad se habían tomado las disposiciones en este preciso sentido—. Comprendo que debo ser un estorbo para su personal, pero me han prestado todo su apoyo y no tengo queja alguna contra ellos. Por el contrario, creía entenderme perfectamente bien con ellos.

Maclaurin se rascó la barbilla pensativamente. Sadler miró como fascinado sus diminutas y perfectas manos no mayores que las de un chiquillo.

—¿Cuánto tiempo piensa usted estar aquí? —preguntó el Director.

«Con toda certeza no se preocupa de tus sentimientos», se dijo Sadler un poco desalentado.

—Es muy difícil decirlo; el área de mi investigación es muy indefinida. Y creo mi deber advertir a usted que apenas he empezado por el lado científico de su trabajo, que es probable ofrezca las más grandes dificultades. Me he limitado hasta ahora a los Servicios Técnicos y de Administración.

La noticia no pareció ser del agrado de Maclaurin. Parecía un diminuto volcán preparándose para una erupción. No había más que una cosa por hacer y Sadler la hizo rápidamente.

Se dirigió a la puerta, la abrió rápidamente, se asomó fuera y la volvió a cerrar. El gesto de premeditado melodrama dejó al Director sin palabra mientras Sadler se acercaba a la mesa y cerraba el contacto del comunicador.

—Ahora podemos hablar —comenzó—. Quería evitar esto, pero veo que es inevitable. Probablemente no había usted visto nunca una de estas tarjetas.

El siempre asombrado Director, que no había sido probablemente nunca tratado de aquella manera, miró la tarjeta en blanco de plástico. Mientras la miraba apareció en ella una fotografía de Sadler con algo escrito y volvió a borrarse súbitamente.

—¿Y qué es la Información Central? —preguntó una vez hubo recobrado el aliento—. No había oído hablar nunca de ella.

—Era de suponer —respondió Sadler—. Es algo relativamente nuevo y sumamente secreto. Temo que el trabajo que estoy haciendo aquí no es exactamente lo que parece. Para ser brutalmente franco, me sería difícil sentir una mayor indiferencia por la eficiencia de su establecimiento, y estoy completamente de acuerdo con todos los que me dicen que es un absurdo poner una investigación científica como excusa de su costo. Pero es una excusa factible, ¿no lo cree usted?

—Siga —dijo Maclaurin con una peligrosa calma.

Sadler empezaba a gozar más allá de lo que había imaginado. No hubiera sido conveniente, sin embargo, embriagarse de poderío...

—Estoy buscando a un espía —dijo con sencilla y directa franqueza.

—¿Lo dice usted en serio? ¡Estamos en el siglo veintidós!

—Lo digo completamente en serio, y creo innecesario hacerle ver que no debe usted revelar nada de esta conversación absolutamente a nadie, ni aun a Wagnall.

—Me niego a creer que nadie de mi personal esté complicado en espionaje —gruñó Maclaurin—. La idea me parece fantástica.

—Siempre lo es —respondió pacientemente Sadler—. Lo cual no altera la posición.

—Admitiendo que pudiese haber la más leve base en esta acusación, ¿tiene usted alguna idea de quién podría ser?

—Si la tuviese, temo que tampoco se la diría a usted en estos momentos. Pero le seré perfectamente franco. No estamos absolutamente seguros de si hay alguien aquí..., actuamos solamente bajo la nebulosa indicación que uno de nuestros agentes descubrió... Pero..., en *alguna parte* de la Luna hay una filtración y estoy averiguando esta posibilidad. Ahora comprenderá usted por qué he sido tan inquisitivo. He tratado de no apartarme de mi personaje y creo que ahora todo el mundo me toma por lo que pretendo ser. Sólo me queda esperar que nuestro evasivo señor X, si es que existe, me haya

aceptado tal como represento. Por esto, a propósito, me interesaría saber quién se ha quejado a usted de mí. Supongo que debe haber alguien...

Maclaurin quedó un momento perplejo y pensativo y por fin capituló.

—Jenkins, de Almacenes, se lamentó francamente porque usted le había hecho perder mucho tiempo.

—Esto es muy interesante —dijo Sadler sinceramente intrigado. Jenkins, el jefe de almacenes, no figuraba ni remotamente en su línea de sospechosos—. En realidad, pasé relativamente poco tiempo allí. Sólo el necesario para dar verosimilitud a mi acto. Voy a tener que observar un poco a este señor Jenkins.

—Todo esto es completamente nuevo para mí —dijo Maclaurin pensativo—. Pero incluso si tenemos aquí a alguien que transmite informaciones a la Federación, no acabo de ver cómo puede hacerlo. A menos que sea uno de los oficiales de Señales, desde luego.

—Éste es el problema clave —reconoció Sadler. Estaba dispuesto a discutir el aspecto general del caso, porque el Director podía arrojar alguna luz sobre él. Sadler se daba excesiva cuenta de las dificultades ante las que se encontraba y la magnitud de la tarea que le habían asignado. Como contraespía, su situación era estrictamente *amateur*. El único consuelo que tenía era que su hipotético rival se encontraría en la misma situación. Los espías profesionales no habían sido nunca muy numerosos en ningún tiempo y el último debía haber muerto hacía más de un siglo.

—A propósito —dijo Maclaurin con una risa forzada y poco convincente—, ¿cómo sabe usted que no soy yo el espía?

—No lo sé —respondió Sadler alegremente—. En el contraespionaje la certidumbre es rara. Pero hacemos todo lo que podemos. Espero que no haya sido seriamente molestado durante su viaje a Tierra.

Maclaurin permaneció un momento mirándolo sin comprender. Después abrió la boca.

—¿De modo que estaban ustedes observándome a mí? —estalló indignado.

Sadler se encogió de hombros.

—Era una medida necesaria. Si puede ser un consuelo para usted, imagine por todo lo que habré pasado yo antes que me confiasen la misión. Y jamás la solicité, en primer lugar...

—¿Entonces, qué quiere usted que haga? —gruñó Maclaurin. Para un hombre de su talla, su voz era sorprendentemente grave, si bien a Sadler le habían dicho que cuando estaba realmente enojado alcanzaba un tono sumamente agudo.

—Naturalmente, desearía que me informase usted de todo lo sospechoso de lo que pudiese usted enterarse. De cuando en cuando le consultaré a usted ciertos puntos, y estaré muy satisfecho de su consejo. Por lo demás, fíjese en mí lo menos posible, y continúe considerándome como una molestia.

—*Esto* —respondió Maclaurin con una sonrisa de sinceridad—, no ofrecerá la menor dificultad. Sin embargo, puede usted contar conmigo para ayudarle en la forma que pueda..., aunque no fuese más que para ayudarle a probar que sus sospechas eran infundadas.

—Lo espero sinceramente así —respondió Sadler—. Y gracias por su cooperación. La aprecio en lo que vale.

Una vez que hubo cerrado la puerta se detuvo silbando levemente. Estaba muy satisfecho de la forma como se había desarrollado la conferencia, pero en el acto recordó que jamás nadie silbaba después de haber celebrado una conferencia con el Director. Adaptando su expresión a la de una grave compostura, cruzó el despacho de Wagnall saliendo al corredor principal, donde en el acto tropezó con Wheeler y Jamieson.

—¿Ha visto usted al Viejo? —preguntó Wheeler con ansia—. ¿Qué tal está de humor?

—Como esta es la primera vez que hablo con él me faltan puntos de referencia. Nos hemos entendido bien. ¿Qué ocurre? Parecen ustedes dos estudiantes traviesos...

—Acaba de llamarnos —dijo Jamieson—. No sabemos por qué, pero probablemente se ha enterado de lo ocurrido durante su ausencia. Ha felicitado ya a Conrad por el descubrimiento de *Nova Draconis*, de manera que puede ser esto. Temo que haya descubierto que hemos tomado un «Cat» para nuestra excursión.

—¿Qué hay de mal en ello?

—Pues..., que en principio sólo deben usarse para fines oficiales. Pero todo el mundo los toma, a condición de reponer el combustible que se usa, y no pasa nada. ¡Eh, me parece que no hubiera debido decirle esto a usted..., especialmente!

Sadler tuvo un momentáneo sobresalto, pero en el acto comprendió con alivio que Jamieson se refería simplemente a sus bien conocidas actividades como sabueso financiero.

—No se preocupe —dijo riéndose—. Lo peor que haré con esta información es hacerle un chantaje para que me lleve a dar una vuelta. Espero que el viejo Ma..., el profesor Maclaurin no sea demasiado severo en su repulsa.

Los tres hubieran quedado muy sorprendidos si hubiesen sabido con qué perplejidad esperaba esta entrevista el propio Director. Ordinariamente, estas infracciones menores, como el uso desautorizado de un coche oruga, eran tratadas por el mismo Wagnall, pero

en este caso había algo más importante relacionado con él. Hasta hacía cinco minutos no tenía la menor idea de lo que podía ser y había llamado a Jamieson y Wheeler para saber qué ocurría. El profesor Maclaurin se vanagloriaba de estar siempre en contacto con todo, y una cierta parte de la ingenuidad y tiempo de su personal tenía que ser empleado en tratar que no siempre tuviese éxito.

Wheeler, echando buena mano de la provisión de importancia que *Nova Draconis* le había procurado, hizo el relato de su misión oficiosa. Trató de darle verosimilitud como si fuesen un par de caballeros revestidos de armaduras avanzando por lo desconocido en busca del dragón que amenazaba el Observatorio. No ocultó nada de importancia, lo cual fue una ventaja para él, pues el Director ya sabía donde había estado.

Mientras escuchaba el relato de Wheeler, Maclaurin iba juntando las piezas del intríngulis. El misterioso mensaje de Tierra ordenándole mantener a su gente fuera del *Mare Imbrium* en el futuro debía tener su origen en el lugar que aquellos dos hombres habían visitado. La filtración que Sadler estaba investigando también. A Maclaurin seguía siéndole difícil creer que ninguno de sus hombres pudiese ser un espía, pero se daba cuenta del hecho que un espía era lo último que un espía competente solía parecer.

Despidió a Wheeler y Jamieson con una actitud ausente y distraída que los dejó sinceramente preocupados. Permaneció un momento absorto en sus meditaciones. Podía ser coincidencia, desde luego..., el relato se amoldaba perfectamente. Pero si uno de estos hombres iba a la caza de alguna información había seguido el buen camino. ¿Pero..., era así? ¿Hubiera un verdadero espía actuado tan abiertamente, sabiendo que se exponía a atraer las sospechas sobre él? ¿Podía incluso ser un osado doble *bluff*, basado en el principio en que nadie sospecharía seriamente de un ataque tan de frente?

Gracias a Dios no era problema suyo. Lo soltaría de sus manos tan pronto como pudiese.

El profesor Maclaurin conectó el transmisor y habló con el despacho exterior.

—Vayan a buscar al señor Sadler, por favor. Tengo que hablar nuevamente con él.

IX

Desde el regreso del Director se había producido un cambio en el «estátus» de Sadler. Era algo que él ya sabía que tenía que producirse, si bien había hecho cuanto podía por precaverse contra ello. A su llegada había sido tratado con un cortés recelo por todo el mundo, y había necesitado varios días de arduo trabajo social para derribar las barreras.

Después la gente se volvió amistosa y expansiva y pudo efectuar cierto avance. Pero ahora parecían arrepentirse de su pasada franqueza y se encontraba cuesta arriba nuevamente.

Sabía la razón. Ciertamente nadie sospechaba su verdadero propósito allí, pero todo el mundo se había dado cuenta del hecho que el retorno del Director, lejos de limitar sus actividades había en cierto modo solidificado su posición. En la caja sonora del Observatorio, donde los rumores y los chismes no viajan a una velocidad inferior a la de la luz, era difícil guardar secretos. Debía haber circulado la voz asegurando que Sadler era más importante de lo que parecía. Su única esperanza era que transcurriese mucho tiempo antes que alguien adivinase hasta donde llegaba esta importancia.

Hasta entonces había limitado su atención a la sección Administrativa. Esto era en parte cuestión de política, porque era la manera natural para que actuase. Pero el Observatorio realmente existía para los científicos, no para los cocineros, mecanógrafos, contadores y secretarios, por esenciales que fuesen.

Si había un espía en el Observatorio, Sadler tenía que enfrentarse con dos problemas esenciales. Una información es inútil para un espía si no puede transmitirla a sus superiores. El señor X no solamente necesitaba tener contactos que le transmitiesen material informativo, necesitaba también un canal de comunicación exterior.

Físicamente sólo había tres medios de salir del Observatorio. Se podía salir por monorriel, por tractor y a pie. Este último caso no era probable que tuviese gran importancia. Teóricamente un hombre puede caminar un cierto número de kilómetros y dejar un mensaje para ser recogido en un lugar preestablecido. Pero este conocido medio no tardaría en ser conocido y hubiera sido muy fácil controlar el escaso número de hombres de Mantenimiento, que eran los únicos que usaban regularmente trajes espaciales. Cada entrada y salida de las compuertas tenía que ser registrada, si bien Sadler dudaba del hecho que esta regla fuese estrictamente cumplida.

Los tractores eran más prometedores pues ofrecían un alcance mucho mayor. Pero su empleo comportaba obligatoriamente complicidad pues llevaban siempre una tripulación, o por lo menos dos hombres; y ésta era una orden que *nunca* era infringida por razones de seguridad. Había ya el extraño caso de Wheeler y Jamieson, desde luego. Su comportamiento estaba siendo minuciosamente estudiado ahora, y tendría la informe listo dentro de pocos días. Pero su conducta, aun cuando irregular, había sido demasiado abierta para suscitar sospechas.

Quedaba el monorriel a Ciudad Central. Todo el mundo lo tomaba, por término medio, una vez a la semana. Allí había incontables posibilidades de intercambio de mensajes y

en aquel mismo momento un cierto número de «turistas» estaba estableciendo abiertamente contactos y haciendo toda clase de interesantes descubrimientos sobre la vida privada del personal del Observatorio. Poco era el papel que Sadler podía desempeñar en este trabajo, salvo el procurar listas de los más frecuentes visitantes a la Ciudad.

Hasta aquí en cuanto a líneas de comunicación, Sadler las daba todas por descontadas. Había otros medios más sutiles y mucho más probables de ser usados por un científico. Todo miembro del Observatorio era capaz de construir un aparato de radio, y había infinitos sitios donde podía ser ocultado. Cierto era que los pacientes radioescuchas espaciales no habían descubierto nada, pero tarde o temprano el señor X tenía que pegar un resbalón.

Entre tanto, Sadler tenía que averiguar qué estaban haciendo los científicos. El curso a alta presión de Astronomía y Física que había seguido antes de venir aquí era insuficiente para permitirle comprender bien el trabajo del Observatorio, pero por lo menos le daba las líneas generales. Y con un poco de suerte, podía eliminar algunos sospechosos de la deprimente y larga lista.

La sección de Cálculo no lo detuvo mucho tiempo. Detrás de sus paneles de cristal las impecables máquinas permanecían en silenciosa meditación mientras las muchachas introducían las cintas de los programas en sus insaciables fauces. En una habitación adyacente, a prueba de sonidos, las máquinas de escribir eléctricas funcionaban tumultuosamente imprimiendo interminables columnas de cifras. El Dr. Mays, jefe de la sección, hizo cuanto estuvo en su mano por explicarle el funcionamiento, pero era una tarea sin esperanzas. Aquellas máquinas habían dejado muy atrás operaciones tan elementales como la integración, o funciones de colegios de párvulos como cosenos y logaritmos. Trabajaban con entidades matemáticas de las cuales Sadler nunca había oído hablar y resolvían problemas cuyo simple planteamiento no tenía el menor significado para él.

Todo aquello no le preocupaba en exceso; había visto lo que había querido ver. Todo el equipo principal estaba cerrado y sellado; sólo los ingenieros de control que venían una vez al mes tenían acceso a ello. No había ciertamente nadie que lo afectase a él allí; Sadler salió de puntillas como de un santuario.

El departamento de óptica, donde pacientes artesanos daban al cristal una fracción de una millonésima de pulgada siguiendo una técnica no cambiada desde hacía siglos, no avanzó en nada su investigación. Se asomó a los bordes de interferencia producidos haciendo chocar ondas de luz y los observó moverse alocadamente adelante y atrás a

medida que el calor de su cuerpo producía microscópicas expansiones en bloques de impecable cristal. Allí el arte y la ciencia se juntaban para alcanzar perfecciones inigualadas en parte alguna de todo el dominio de la humana tecnología. ¿Podía haber algún indicio en aquella sepultada factoría de lentes, prismas y espejos? Parecía lo más improbable...

A Sadler se le ocurrió pensar que estaba en la situación del hombre que busca en un sótano a obscuras un gato negro que no está. Peor aún, para hacer la analogía más exacta todavía, tenía que compararse a un hombre que además no sabía cómo era un gato, aunque lo tuviese delante de los ojos.

Su conversación privada con Maclaurin le fue de gran utilidad. El Director seguía mostrándose escéptico, dispuesto a cooperar hasta el máximo aunque no fuese más que para quitarse de delante a aquel inoportuno intruso. Sadler podía interrogarle acerca de cualquier aspecto técnico del trabajo del Observatorio, si bien andaba muy cauteloso en no dar el menor indicio acerca de la orientación que sus investigaciones iban tomando.

Ahora había ya compilado un pequeño expediente sobre cada uno de los miembros del personal, trabajo ímprobo a pesar que los datos básicos le habían sido dados antes de su llegada al Observatorio. Para algunos de los interesados una sola hoja de papel bastaba, pero para otros se acumulaban páginas enteras de misteriosas notas. Los hechos de los que estaba seguro los anotaba en tinta; sus suposiciones estaban anotadas en lápiz, a fin de poderlas modificar si lo consideraba necesario. Algunas de estas suposiciones eran un poco duras y con frecuencia calumniosas y a veces Sadler se sentía avergonzado. Era un poco fuerte, por ejemplo, aceptar un copa de alguien a quien se había anotado como posible culpable de soborno, debido al importe del mantenimiento de una costosa amante en Ciudad Central...

Este aspecto determinado había sido el de uno de los ingenieros de Construcción. Sadler lo había borrado con frecuencia de la lista de probables culpables de soborno en vista que, lejos de ocultar su situación, con frecuencia se lamentaba amargamente de las extravagancias de su enamorada. Había incluso advertido a Sadler que no cayese nunca en similares debilidades...

El sistema de fichas estaba dividido en tres partes. La sección A contenía los nombres de diez de los hombres a quienes Sadler consideraba como más probables sospechosos, si bien no había ninguno contra el cual tuviese la más mínima prueba positiva. Algunos de ellos estaban anotados simplemente porque eran los que más facilidades tenían de hacer pasar una noticia, si tal era su deseo. Wagnall era uno de ellos; Sadler estaba prácticamente seguro que el Secretario era inocente, pero lo mantenía en la lista como medida de precaución.

Algunos otros figuraban en la lista porque tenían parientes cercanos en la Federación o porque la censuraban demasiado abiertamente en Tierra. Sadler, en realidad, no imaginaba que un espía que supiese su oficio corriese el riesgo de despertar sospechas conduciéndose de esta forma, pero tenía que estar al acecho del entusiasta aficionado que podía ser igualmente peligroso. Los informes referentes al espionaje atómico durante la Segunda Guerra Mundial eran muy instructivos bajo este concepto y Sadler los había estudiado minuciosamente.

Otro nombre de la lista era el de Jenkins, el jefe de existencias. Ésta era la más tenue de las suspicacias y todos los intentos de seguir una pista habían sido infructuosos. Jenkins parecía ser un hombre de carácter malhumorado, a quien ofendía la menor interferencia y gozaba de muy poca popularidad entre los suyos. Sacarle alguna información referente a los abastecimientos era considerado una de las cosas más difíciles en la Luna. Pero esto, desde luego, podía simplemente significar que era un perfecto representante de su proverbialmente tenaz tribu.

Quedaba la interesante pareja Wheeler-Jamieson que entre los dos contribuían en gran modo a dar animación a la vida del Observatorio. Su incursión al *Mare Imbrium* había sido una de sus hazañas características y siguió, según le habían asegurado a Sadler, las características de sus anteriores aventuras.

Wheeler era siempre el genio director. Su mal —si es que mal había— era que tenía demasiadas energías y demasiados intereses. No tenía aún treinta años; un día, quizá, la edad y la responsabilidad lo apaciguarían, pero hasta entonces no había tenido grandes oportunidades. Era demasiado fácil descartarlo como un caso de desarrollo inmaduro, como un colegial que ha dejado de crecer. Tenía una mentalidad de primera clase y jamás cometía una acción que fuese realmente una insensatez. Pese a que había mucha gente a quien no gustaba, especialmente después de haber sido víctima de alguna de sus bromas pesadas, no había nadie que le deseara mal. Circulaba inadvertido por entre la jungla de la política del Observatorio y poseía las laudables virtudes de la absoluta honradez y rectitud. Se sabía siempre lo que pensaba y no había necesidad de preguntarle su opinión. La daba antes que se la preguntasen.

Jamieson era un carácter completamente distinto y probablemente era el contraste de sus dos personalidades lo que los había reunido. Tenía un par de años más que Wheeler y era considerado como la influencia moderadora de su joven compañero. Sadler lo dudaba; por lo que podía juzgar su presencia no ejercía jamás la menor diferencia en la conducta de su amigo. Así se lo había dicho a Wagnall, quien se había quedado un

momento pensativo antes de responder: «Sí, pero juzgue cuán peor sería uno si el otro no estuviese allí para vigilarlo.»

Ciertamente, Jamieson era mucho más estable y considerablemente más difícil de conocer. No era tan brillante como Wheeler ni probablemente haría jamás un descubrimiento sensacional, pero era uno de aquellos hombres en quienes se podía confiar para imponer la calma después que los genios hubiesen hecho irrupción en el nuevo territorio.

Científicamente de confianza: sí. Políticamente de confianza: esto era otro asunto. Sadler había tratado de sondearlo sin hacerlo de una manera obvia, pero hasta entonces con poco éxito. Jamieson parecía más interesado por su trabajo y su afición —pintar paisajes lunares— que por la política. Durante su estancia en el Observatorio se había construido un pequeño taller de artista y en cuanto tenía la oportunidad salía con su traje espacial llevando el caballete y las pinturas fabricadas especialmente para aceites de baja presión. Había necesitado hacer muchos experimentos antes de encontrar pigmentos que pudiesen ser usados en el vacío y Sadler dudaba francamente que el resultado compensase la molestia. Era suficientemente entendido en arte para juzgar que Jamieson tenía más entusiasmo que talento y Wheeler compartía su punto de vista. «Dicen que la pintura de Jamieson se apodera de uno al cabo de cierto tiempo —había confiado a Sadler—. Por mi parte, no concibo suerte peor.»

La Lista B de Sadler contenía los nombres de todos los demás individuos del Observatorio suficientemente inteligentes para ser espías. Era un trabajo deprimente y de cuando en cuando repasaba la lista tratando de transferir a alguien a la Lista A, o, mejor aún, a la tercera y última lista de los que estaban exentos de sospecha. Mientras estaba sentado en su cubículo revolviendo las hojas y tratando de ponerse en el lugar de los hombres a quienes vigilaba, Sadler algunas veces tenía la sensación de estar jugando un intrincado juego en el cual la mayoría de las reglas eran flexibles y todos los jugadores desconocidos. Era un juego mortal, las jugadas se sucedían a una velocidad acelerada; y de su final podía depender el futuro de la raza humana.

X

La voz que brotó del altavoz era fuerte, cultivada y sincera. Había cruzado el espacio durante varios minutos lanzando sus rayos a través de las nubes de Venus siguiendo los doscientos millones de kilómetros que la unían a Tierra y de allí conectaba nuevamente

hacia la Luna. Después de este inmenso viaje, la voz era todavía clara y limpia, casi inalterada por la interferencia y la distorsión.

«La situación aquí ha empeorado desde mi último comentario. En los círculos oficiales nadie expresa su opinión, pero la Prensa y la Radio no andan con reticencias. He llegado de Hesperus esta mañana y las tres horas que llevo aquí me han bastado para poder juzgar la opinión pública.

»Tengo que hablar claramente, aunque esto sea decepcionar los habitantes del mundo a que acabo de regresar. Tierra no goza aquí de gran popularidad. La frase «el perro del hortelano» circula aquí profusamente. Las dificultades de su suministro son reconocidas, pero la impresión es que los planetas fronterizos no pueden satisfacer sus necesidades mientras Tierra derrocha muchos de sus recursos en lujos triviales. Daré un ejemplo. Ayer nos llegó la noticia informando que el puesto avanzado de Mercurio acababa de perder cinco hombres por falta de un dispositivo de cambio de calor en una de las bóvedas. El control de temperatura falló y la lava acabó con ellos; lo cual no es una bonita muerte. Si el fabricante no hubiese andado corto de titanio, esto no hubiera ocurrido.

»Desde luego, no es leal censurar a Tierra por esto. Pero es sensible ver que hace sólo una semana se cortó de nuevo el suministro de titanio aquí, y las partes interesadas están haciendo lo necesario para que el público no lo olvide. No quiero ser más explícito sobre este punto porque no quiero ser interrumpido, pero ya comprenderán ustedes lo que quiero decir.

»No creo que la situación empeore a menos que intervenga un nuevo factor. Pero supongamos (y aquí quiero poner bien en claro que sólo estoy analizando un caso hipotético), supongamos que Tierra tuviese que localizar nuevos yacimientos de metales pesados. En las todavía inexploradas profundidades del Océano, por ejemplo. O incluso en la Luna, a pesar de la decepción que procuró en el pasado.

»Si esto ocurre, y Tierra trata de guardar su descubrimiento para sí misma, las consecuencias pueden ser graves. Bien está decir que Tierra estaría en su derecho. Los argumentos legales no son de gran peso cuando uno está luchando a una presión de mil atmósferas en Júpiter o tratando de fundir los hielos de las heladas lunas de Saturno. No olviden, mientras disfrutan de vuestros suaves días de primavera o las apacibles noches de verano, cuán afortunados son ustedes de vivir en las temperadas regiones del Sistema Solar, donde el aire nunca se hiela ni las rocas se funden...

»¿Qué es probable que haga la Federación si una situación tal se presenta? Si lo supiese no podría decírselos. Sólo puedo hacer algunas suposiciones. Hablar de guerra, en el concepto antiguo de la misma, me parece absurdo. Cada adversario puede infligir

considerables daños al otro, pero ninguna demostración de fuerza puede ser concluyente. Tierra tiene demasiados recursos, aun cuando estén peligrosamente concentrados. Y posee la mayoría de las naves del Sistema Solar.

»La Federación tiene la ventaja de estar dispersada. ¿Cómo podría Tierra sostener una lucha simultánea contra media docena de planetas y lunas por pobremente equipados que estuviesen? El problema del abastecimiento sería completamente desesperado.

»Sí, y el Cielo no lo permita, se llegase a la violencia, podríamos ver súbitas incursiones sobre puntos estratégicos realizados por naves especialmente equipadas que realizarían el ataque y se retirarían inmediatamente al espacio. Toda habladuría de invasión interplanetaria es pura fantasía. Tierra no tiene en modo alguno el deseo de apoderarse de los planetas. Y la Federación, aunque quisiera imponer su voluntad a Tierra, no tiene ni hombres, ni naves, para un ataque en gran escala. Tal como yo lo veo, el peligro inmediato es que pueda producirse algo semejante a un duelo (dónde y cómo pertenece a cada cual suponerlo) en el que una parte trata de impresionar a la otra con su fuerza. Pero creo mi deber advertir a quien pensase en una guerra limitada y caballerosa, que las guerras raras veces son limitadas y nunca caballerosas. Adiós, Tierra, aquí Roderick Beynon, hablando desde Venus.»

Alguien tendió la mano y cerró el receptor, pero al principio nadie pareció inclinado a iniciar la inevitable discusión. Entonces Jansen, de Energía, dijo con admiración:

—Beynon tiene valor, hay que admitirlo. No masca las palabras. Me sorprende que le dejen hablar así por radio.

—Me parece que ha hablado muy razonadamente —observó Mays. El Sumo Sacerdote de Cálculo tenía una forma lenta y mesurada de expresarse que contrastaba con la velocidad de relámpago de sus máquinas.

—¿De qué lado está usted? —preguntó alguien con suspicacia.

—¡Oh, totalmente neutral!

—Pero Tierra le paga el sueldo; ¿de qué lado se colocaría si se arma el conflicto?

—Pues..., esto dependería de las circunstancias. Yo me pondría al lado de Tierra. Pero me reservo el derecho de tomar mis decisiones. El que dijo: «Mi planeta con razón o sin ella», era un idiota. Yo estaría de lado de Tierra si creía que tenía razón, y le concedería probablemente el beneficio de la duda en un caso oscuro. Pero no la apoyaría si fuera de la opinión que la razón no estaba de su parte.

Hubo un largo silencio mientras cada cual reflexionaba sobre estas palabras. Sadler había estado observando intensamente a Mays mientras hablaba. Sabía que todo el mundo respetaba la lógica y la honradez de Mays. Un hombre que hubiese estado

trabajando contra Tierra no se hubiera expresado jamás tan justamente como lo había hecho él. Sadler se preguntaba si Mays hubiera hablado de aquella forma si hubiese sabido que un agente del contraespionaje estaba sentado a pocos metros de él. No creía que hubiese alterado una palabra.

—Pero, ¡maldita sea!... —exclamó el Ingeniero Jefe que como de costumbre acumulaba todo el fuego del auditorio—. ¡Aquí no se trata de tener razón o no tenerla! Todo lo que se encuentre en Tierra o en la Luna nos pertenece y podemos disponer de ello a nuestro antojo.

—Ciertamente, pero no olvide que hemos fallado a nuestros compromisos de suministro, como ha dicho Beynon. La Federación contaba con ellos para su programa. Si faltamos a nuestro compromiso porque empezamos por carecer del género nosotros mismos, es una cosa; pero si nosotros lo tenemos y no hacemos más que exigir de la Federación un precio de rescate, es otra.

—¿Y por qué tendríamos que hacer una cosa así?

Fue Jamieson, cosa inesperada, quien contestó.

—Por miedo —dijo—. Nuestros políticos tienen miedo a la Federación. Saben que ahora tiene ya más cerebros y que un día pueden tener también más fuerza. Entonces Tierra será un número secundario.

Antes que nadie pudiese discutirle este punto, Czuikov, de Laboratorio Electrónico, llamó la atención sobre un nuevo punto.

—He estado pensando —dijo— en esta emisión que acabamos de oír. Todos sabemos que Beynon es un hombre perfectamente honrado, pero al fin y al cabo estaba radiando desde Venus con su autorización. Me parece que en sus palabras debe haber más de lo que parece a primera vista.

—¿Qué quiere decir?

—Puede estar haciendo su propaganda. No conscientemente, quizá; pueden haberle inducido a decir lo que querían que supiésemos. Hablan de incursiones, por ejemplo. Quizá intentan asustarnos.

—Es una idea interesante. ¿Qué le parece, Sadler? Es usted el último que ha llegado de Tierra.

El ataque de frente tomó a Sadler completamente de sorpresa, pero devolvió diestramente la pelota.

—No creo que Tierra pueda ser asustada tan fácilmente. Pero el pasaje que más me interesó fue cuando habló de posibles nuevos suministros a la Luna. Parece como si empezasen a circular rumores.

Aquello era una indiscreción deliberada por parte de Sadler. No era, de todas formas, tan indiscreto, porque no había en el Observatorio nadie que no supiese: *a*) que Wheeler y Jamieson habían tropezado con un inesperado proyecto del gobierno en *Mare Imbrium*, y *b*) que habían recibido la orden de no hablar de ello. Sadler tenía verdadera ansia de ver cuáles serían sus reacciones.

Jamieson adoptó una actitud de intrigada inocencia, pero Wheeler no vaciló en lanzarse al cebo.

—¿Qué espera usted? —dijo—. La mitad de la Luna tiene que haber visto naves llegando al *Mare*. Y tiene que haber centenares de trabajadores allí. Y no pueden haber venido todos de Tierra..., deben ir a Ciudad Central a hablar con las muchachas amigas suyas cuando se han tomado unas copas de más.

¡Cuánta razón tenía, pensó Sadler, y cuántos dolores de cabeza este pequeño problema le estaba dando a Seguridad!

—De todos modos —continuó Wheeler—, soy muy liberal sobre este punto. Pueden hacer lo que les parezca con tal que no intervengan en mis actos. Es imposible decir nada desde el exterior del lugar, salvo que al pobre contribuyente le está costando sumas fabulosas.

Se oyó una tos nerviosa producida por un hombrecillo modesto perteneciente a Instrumentación, donde aquella misma mañana Sadler había pasado un par de aburridas horas viendo telescopios de rayos cósmicos, magnetómetros, sismógrafos, campanas de resonancia molecular y baterías de otros modelos que debían seguramente estar acumulando informaciones con una rapidez superior a la que nadie era capaz de emplear para analizarlas.

—No sé si intervienen en sus actos o no, pero sé que me han dado ya a mí un trabajo del diablo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntaron todos simultáneamente.

—Hace media hora he dado una mirada a los contadores del campo de fuerza magnético. Generalmente, el campo aquí es bastante constante, excepto cuando hay tormenta cerca y sabemos siempre cuándo esperarlas. Pero en este momento ocurre algo extraño. El campo permanece subiendo y bajando, no mucho, unos pocos microgauss, y estoy seguro que esto es artificial. He comprobado todo el equipo en el Observatorio, y todo el mundo me jura que no están manipulando ningún magneto. Me pregunté si nuestros misteriosos amigos del *Mare* no serían los responsables y por si acaso observé los demás instrumentos. No encontré nada hasta que llegué a los sismógrafos. Tenemos uno telemétrico en la muralla sur del cráter, ya lo sabe usted, y había sido destrozado en

su sitio. Algunos de los fragmentos parecían haber estallado; siempre los recojo para Hyginus y las otras minas. Pero había también más extraños indicios de la señal que estaban casi sincronizados con el pulso magnético. Teniendo en cuenta el intervalo de tiempo, la distancia concordaba bien. No quedaba duda de donde venía.

—Una investigación muy interesante —observó Jamieson—, pero, ¿adónde nos lleva esto?

—Hay probablemente varias buenas interpretaciones. Pero yo diría que en *Mare Imbrium* alguien está generando un colosal campo magnético, con pulsaciones que duran aproximadamente un segundo y medio.

—¿Y las sacudidas de la Luna?

—Un simple subproducto. Por allí hay mucha roca magnética; imagino que debe sacudir intensamente cuando el campo se pone en acción. Usted probablemente no notaría la sacudida ni aunque estuviera donde se inicia, pero nuestros sismógrafos son tan sensibles que pueden descubrir un meteoro que cayese a veinte kilómetros de distancia.

Sadler escuchó la resultante discusión técnica con gran interés. Con tantas doctas mentes interesándose por los hechos era inevitable que algunas supusiesen la verdad, e inevitable también que otras las contradijesen con sus propias teorías. La cosa no tenía importancia; lo que le interesaba era ver si alguien demostraba un especial conocimiento o curiosidad.

Pero nadie hizo tal y Sadler siguió con sus tres desalentadoras proposiciones. El señor X era demasiado inteligente para él; el señor X no estaba allí; el señor X no existía.

XI

Nova Draconis iba menguando; ya no ganaba en brillantez a todos los soles de la Galaxia. Y sin embargo, en los cielos de Tierra era todavía más brillante que Venus en su mayor esplendor y podían transcurrir mil años antes que los hombres volviesen a verla así.

Pese a que estaba muy cerca, dentro de la escala de distancias estelares, *Nova Draconis* era todavía tan remota que su aparente magnitud no variaba a través de toda la anchura del Sistema Solar. Brillaba con la misma intensidad sobre las tierras abrasadas de Mercurio que sobre los glaciares de nitrógeno de Plutón. Por transitoria que fuese,

había alejado momentáneamente las mentes de los hombres de sus asuntos haciéndolos pensar en más remotas realidades.

Pero no por mucho tiempo. La intensa luz violeta de la mayor nova de la historia brillaba ahora sobre un sistema dividido, sobre planetas que habían cesado de ser una amenaza uno para otro y se disponían ahora a pasar a los hechos.

Los preparativos estaban mucho más adelantados de lo que el público imaginaba. Ni Tierra ni la Federación habían sido francos con su gente. En secretos laboratorios los hombres habían vuelto hacia la destrucción las herramientas que se les habían dado para liberar el espacio. Incluso si los adversarios habían trabajado en completa independencia, era inevitable que hubiesen imaginado armas similares, puesto que se basaban en las mismas tecnologías.

Pero cada bando tenía sus agentes y contraagentes y cada uno de ellos sabía, por lo menos aproximadamente, las armas que el otro estaba preparando. Podía haber algunas sorpresas —y cada una de ellas podía ser decisiva—, pero en conjunto, los antagonistas estaban muy igualados.

Bajo un concepto la Federación tenía una gran ventaja. Podía ocultar sus actividades, sus investigaciones y sus pruebas por entre los desparramados mundos y asteroides sin el menor peligro de ser descubiertos. Tierra, por otra parte, no podía lanzar una nave sin que la información llegase a Marte y Venus en el lapso de algunos minutos.

La gran incertidumbre que afectaba a ambos lados era la eficacia de su servicio de espionaje. Si la cosa acababa en guerra, sería una guerra de aficionados. Un servicio secreto requiere una larga tradición, si bien quizá no muy honorable; un espía no puede ser hecho en el lapso de una noche; e incluso si se pudiese, la clase de olfato que caracteriza a un agente verdaderamente apto no es fácil de adquirir.

Nadie se daba mejor cuenta de ello que Sadler. Algunas veces se preguntaba si sus colegas diseminados por todo el Sistema Solar se sentían igualmente decepcionados. Sólo los hombres que se hallaban a la cabeza de la organización podían ver el cuadro completo, o algo que se aproximaba a ello. No se había dado nunca cuenta del aislamiento en que un espía tiene que trabajar; la horrible sensación de estar solo, de no poder confiar en nadie, de no tener a nadie con quien poder compartir la carga de la misión. Desde su llegada a la Luna no había hablado —o por lo menos que él supiese— con ningún otro miembro de la Investigación Central. Todos sus contactos con la organización habían sido impersonales e indirectos. Sus rutinarios informes de la contabilidad del Observatorio eran expedidos por monorriel a Ciudad Central y no tenía la menor idea

de lo que era de ellos después. Pocos eran los mensajes que habían llegado por el mismo camino y en caso de una verdadera urgencia podía disponer del circuito teleimpresor.

Estaba esperando su primer encuentro con otro agente que había sido preparado con meses de anticipación. Si bien dudaba que esto tuviese un verdadero valor práctico, daría a su moral el ánimo que tan imperativamente necesitaba.

Sadler se había familiarizado ya, con gran satisfacción de su parte, con los principales aspectos de los Servicios Técnicos y de Administración. Se había asomado (desde respetuosa distancia) al ardiente corazón de la micropila que era la fuente esencial de energía del Observatorio. Había visto los grandes espejos de los generadores solares esperar pacientemente la salida del Sol. No habían sido usados desde hacía años, pero era agradable tenerlos cerca para un caso de urgencia, dispuestos a aprovechar los ilimitados recursos del propio Sol.

La granja del Observatorio era lo que más le había sorprendido y fascinado. Era extraño que en una era de maravillas científicas, de esto sintético y aquello artificial, existiesen todavía cosas en las cuales la Naturaleza no podía ser superada. La granja formaba parte del sistema de aire acondicionado integral y estaba en todo su esplendor durante el largo día lunar. Cuando Sadler la vio, hileras de lámparas fluorescentes estaban produciendo un substitutivo de luz solar, y sobre los grandes ventanales que recibirían la aurora cuando el Sol se levantase sobre la muralla occidental de Platón se habían dispuesto postigos de metal.

Le parecía encontrarse en Tierra, en algún invernáculo bien aprovisionado. El aire circulaba lentamente por entre las hileras de plantas, las liberaba de óxido de carbono y emergían no sólo más ricas en oxígeno sino también con aquella indefinible frescura que los químicos no han sido jamás capaces de duplicar.

Y aquí a Sadler le fue ofrecida una pequeña pero madura manzana, generada hasta el último átomo en la Luna. Se la llevó a su residencia donde pudo gozar de ella en privado y no se extrañó ya del hecho que el acceso a la granja estuviese prohibido a todo el mundo, salvo a los hombres que cuidaban de ella. Si cualquier visitante hubiese podido pasear por sus verdeantes corredores los árboles hubieran estado siempre despojados de frutos.

La sección de «Señales» formaba el contraste más grande que jamás hubiera podido imaginar. Allí estaban los circuitos que conectaban el Observatorio con Tierra, con el resto de la Luna y, en caso necesario, directamente con los planetas. Era, de toda evidencia, el lugar más peligroso. Todo mensaje que llegase o saliese era minuciosamente estudiado, y los hombres que manipulaban los equipos habían sido probados y comprobados bajo todos los conceptos por el departamento de «Seguridad». Dos de los que formaban parte

del personal habían sido transferidos, sin conocer los motivos, a puestos de menor responsabilidad. Más aún —si bien esto ni Sadler lo sabía—, una cámara telescópica situada a treinta kilómetros de allí, tomaba cada minuto una fotografía de los grandes dispositivos de transmisión que el Observatorio empleaba para las operaciones a gran distancia. Si uno de estos reflectores de radio señalase accidentalmente durante el menor espacio de tiempo en una dirección no autorizada, el hecho sería inmediatamente conocido.

Los astrónomos, sin excepción, estaban dispuestos siempre a explicar sus equipos y discutir su trabajo. Si alguna de las preguntas de Sadler les extrañaba, no daban el menor síntoma de ello. Por su parte, andaba siempre con mucho cuidado de no apartarse del papel que se había asignado. La técnica que empleaba era la de la franqueza de hombre a hombre: «¡Claro que no es mi misión! Pero me interesa extraordinariamente la astronomía y mientras esté en la Luna quiero ver todo lo que pueda. Naturalmente, si está usted demasiado ocupado en este momento...» Salía siempre bien como un exorcismo.

Wagnall era quien generalmente hacía los preparativos y le allanaba el camino. El secretario le había sido de tal utilidad que al principio Sadler se preguntó si no trataba de salvaguardarse, pero ulteriores investigaciones le habían revelado que Wagnall era así. Era una de aquellas personas que crean forzosamente una buena impresión, simplemente porque quieren estar en buenas relaciones con todo el mundo. Debía encontrar francamente decepcionante, pensó Sadler, trabajar con un tipo tan frío como el profesor Maclaurin.

El corazón del Observatorio era, desde luego, el telescopio de mil centímetros, el mayor instrumento óptico jamás hecho por el hombre. Estaba situado en la cumbre de un cerro a alguna distancia del área residencial y era más impresionante que elegante. El enorme cañón estaba rodeado por una especie de grúa móvil que controlaba su movimiento vertical y toda la estructura giraba sobre un riel circular.

—No se parece en nada a ninguno de los telescopios de Tierra —le explicó Morton mientras se detenían en el interior de la primera bóveda de observación, mirando a través de la llanura—. El tubo, por ejemplo, es de forma que podamos trabajar incluso durante el día. Sin esto, la luz del sol se reflejaría en el espejo interior desde la estructura del soporte anulando nuestras observaciones y el calor deformaría el espejo. Se necesitarían horas para volverlo a poner a punto. Los grandes reflectores de Tierra no han tenido que preocuparse por ello. Son usados solamente de noche..., los que están todavía en acción.

—No sabía que quedase todavía algún observatorio activo en Tierra —hizo observar Sadler.

—¡Oh, queda alguno! Todos establecimientos de enseñanza, desde luego. La *verdadera* investigación astronómica es imposible en aquel puré de guisantes de la atmósfera. Mire mi trabajo, por ejemplo el espectroscopio ultravioleta. La atmósfera de Tierra es *absolutamente* opaca a las longitudes de onda que me interesan. Nadie las había observado jamás hasta que salimos al espacio. Algunas veces me pregunto cómo los astrónomos pudieron *empezar*, allá en Tierra.

—El montaje me parece extraño —observó Sadler pensativo—. Parece más el de un cañón que el de un telescopio de los que había visto.

—Exacto. No se preocuparon de un montaje ecuatorial. Hay un contador automático que le hace seguir el curso de cualquier estrella sobre la cual lo fijemos. Pero venga abajo y verá lo que ocurre con el otro extremo.

El laboratorio de Molton era una fantástica amalgama de equipos medio conectados de los cuales podía escasamente reconocer alguno. Cuando se lo hizo observar, a su guía pareció hacerle gracia.

—No se avergüence de ello. Los hemos diseñado y construido casi todos aquí. Andamos siempre en busca de mejoras. Pero, hablando en síntesis, lo que ocurre es lo siguiente. La luz del gran espejo (estamos precisamente debajo de él) es captada por este tubo que allí ve. No le puedo hacer ahora la demostración porque hay alguien tomando fotografías y no me toca el turno hasta dentro de otra hora. Pero cuando me es posible, puedo elegir la sección de cielo que quiero desde esta mesa de control a distancia y enfocar los instrumentos en ella. Entonces lo único que tengo que hacer es analizar la luz con estos espectroscopios. No podrá usted ver gran cosa, me temo, está todo cerrado. Cuando funcionan, todo el sistema óptico tiene que ser evacuado, como le he dicho, incluso un vestigio de aire bloquea los rayos ultravioletas lejanos.

A Sadler se le ocurrió súbitamente una extravagante idea.

—Dígame —preguntó mirando a su alrededor el amontonamiento de alambres, baterías de contadores electrónicos, y atlas de líneas espectrales—, ¿ha *mirado* usted alguna vez a través de este telescopio?

Molton lo miró sonriendo.

—Nunca —dijo—. No sería difícil de arreglar, pero no tendría utilidad ninguna. Todos estos grandes telescopios son en realidad supercámaras. ¿Y quién quiere mirar a través de una cámara?

Había, sin embargo, telescopios en el Observatorio por los que se podía mirar sin grandes dificultades. Algunos de los instrumentos secundarios estaban dotados de cámaras de TV que podían ser puestas en posición cuando era necesario buscar cometas

o asteroides cuya exacta localización era desconocida. Una o dos veces Sadler consiguió utilizar uno de estos instrumentos y enfocarlo en el cielo, al azar, para ver qué encontraba. Marcaba una posición en el lejano cuadro de controles y después se asomaba a la pantalla para ver qué había captado. Al cabo de poco tiempo descubrió la forma de utilizar el Almanaque Astronáutico y fue para él un gran momento aquel en que marcó las coordenadas de Marte y lo encontró balanceándose en medio del campo visual.

Miró con encontrados sentimientos el disco ocre y verde que casi llenaba la pantalla. Uno de los cabos polares estaba ligeramente teñido por el sol; estaban a principios de primavera y el hielo de las grandes tundras pronto empezaría a fundirse lentamente después del invierno glacial. Era un bello planeta para ser contemplado desde el espacio, pero mal asunto para fundar en él una civilización. No era de extrañar que sus obstinados hijos estuviesen perdiendo la paciencia con Tierra.

La imagen del planeta era increíblemente marcada y clara. No había ni el más ligero temblor o inestabilidad mientras flotaba en el campo de visión y Sadler, que una vez había visto Marte por un telescopio desde Tierra, podía darse cuenta ahora de hasta qué punto la astronomía se había liberado de sus cadenas una vez la atmósfera fue dejada atrás. Observadores sujetos a Tierra habían estudiado Marte durante decenios enteros a través de instrumentos mayores que aquél, pero desde allí podía ver más en pocas horas que desde Tierra en toda una vida. No estaban más cerca de Marte de lo que habían estado —el planeta se encontraba precisamente entonces a gran distancia de la Tierra—, pero no había el menor halo ni la más leve vacilación del aire que turbase su imagen.

Una vez se hubo saciado de contemplar Marte buscó Saturno. La sola belleza del espectáculo lo dejó sin aliento; le parecía imposible no estar contemplando alguna perfecta obra de arte en lugar de una creación de la Naturaleza. El gran globo amarillo, ligeramente achatado por los polos flotaba en el centro de su intrincado sistema de anillos. Las tenues bandas de sombras de las perturbaciones atmosféricas eran claramente visibles incluso a través de los doscientos millones de kilómetros de espacio. Y más allá del concéntrico girar de los anillos, Sadler pudo contar por lo menos siete de las lunas del planeta.

A pesar que sabía que el ojo instantáneamente operante de la cámara de televisión no podía nunca rivalizar con la paciente placa fotográfica, buscó también alguna de las lejanas nebulosas o agrupaciones de estrellas. Dejó el campo visual atraído por el atestado sendero principal de la Vía Láctea, estudiando la imagen cuando aparecía algún grupo de estrellas particularmente bello, o una nube de luminosa niebla en la pantalla. Al poco rato, Sadler tuvo la sensación de haberse intoxicado con el infinito esplendor de los

cielos; necesitaba algo que lo hiciese volver al reino de los asuntos humanos. Enfocó por lo tanto el telescopio hacia Tierra.

Era tan enorme que incluso bajo la más débil energía sólo pudo conseguir una parte de ella en la pantalla. El gran creciente iba disminuyendo rápidamente, pero incluso la porción de disco no iluminado estaba lleno de interés. Allá abajo, en la noche, estaban los incontables focos de resplandor que marcaban la posición de las ciudades; y allá abajo estaba Jeanette, durmiendo ahora, pero quizá soñando en él. Por fin sabía que había recibido su carta; su intrigada, pero reservada respuesta, lo había tranquilizado sobre este punto, si bien su inexpresado reproche por su soledad le había desgarrado el corazón. ¿Había, después de todo, cometido un error? Algunas veces lamentaba amargamente la convencional reserva que había guiado su primer año de su vida matrimonial. Como la mayoría de las parejas de este sobrepoblado planeta que ahora giraba delante de sus ojos, habían esperado a demostrar su compatibilidad antes de embarcarse en la aventura de la paternidad. En aquella era, constituía un definitivo estigma social tener hijos antes de llevar muchos años de matrimonio; era una prueba de ligereza e irresponsabilidad.

Habían deseado fundar una familia, y ahora que estas cosas podían ser decididas por delante, decidieron empezar por un hijo. Entonces Sadler había recibido su nombramiento y por primera vez se dio cuenta de la importancia de su situación interplanetaria. No llevaría a Jonathan Peter al incierto futuro que se extendía delante de él.

En épocas anteriores pocos hombres hubieran vacilado por tal razón. Al contrario, la posibilidad de su propia desesperación los había llevado con frecuencia a buscar con mayor ansia la inmortalidad única que los seres humanos pueden alcanzar. Pero el mundo había estado en paz durante doscientos años y si ahora venía la guerra, la compleja y frágil forma de la vida en la Tierra podía ser reducida a fragmentos. Una mujer con la carga de un hijo tenía pocas probabilidades de supervivencia.

Quizá se sentía melodramático y dejaba que sus temores predominasen por encima de su razonamiento. Si Jeanette hubiese conocido todos los detalles, no hubiera vacilado tampoco; hubiera corrido el riesgo. Pero precisamente porque no podía hablar con ella libremente, no sacaba tampoco ventaja alguna de su ignorancia.

Era ya tarde para arrepentirse; todo lo que amaba estaba allá, en aquel globo durmiente; separado de él por el abismo del espacio. Sus pensamientos habían dado la vuelta entera. Había hecho el viaje de la estrella al hombre, a través del inmenso desierto del cosmos hasta el solitario oasis del alma humana.

XII

—No tengo ningún motivo para suponer —dijo el hombre vestido de azul— que alguien sospeche de usted, pero sería difícil encontrarnos sin ser vistos en Ciudad Central. Hay demasiada gente y todo el mundo se conoce. Le sorprendería ver lo difícil que es conseguir algo reservado.

—¿No cree usted que puede parecer extraño que yo venga aquí? —preguntó Sadler.

—No, la mayoría de los visitantes vienen, si pueden. Es como ir a las cataratas del Niágara, es algo que nadie quiere perderse. ¿No hay razón para reprochárselo, no cree usted?

Sadler asintió. Aquel era un espectáculo que no podía producir nunca un desengaño, porque sobrepasaba la publicidad que se hiciese. Incluso ahora, la impresión de haberse asomado a aquel balcón no se había totalmente desvanecido. Comprendía fácilmente que mucha gente fuese físicamente incapaz de llegar hasta tan lejos con él.

Estaba suspendido sobre la nada, metido en un cilindro transparente que salía del borde del cañón. Una pasarela de metal bajo sus pies y un delgado pasamanos, eran las únicas garantías de seguridad de las que disponía. Sus nudillos se agarraban fuertemente al pasamanos...

La Hendedura Hyginus figuraba entre las grandes maravillas de la Luna. De extremo a extremo tiene más de trescientos kilómetros de longitud y en algunos lugares alcanza hasta cinco de anchura. No es tanto un cañón propiamente dicho como una serie de cráteres enlazados, que se dividían en dos brazos, partiendo de un vasto pozo central. Y era la puerta a través de la cual los hombres han alcanzado los sepultados tesoros de la Luna.

Sadler no podía mirar hacia el fondo sin estremecerse. Infinitamente lejos, en lo más profundo, parecía que una serie de extraños insectos anduviesen rodando delante y atrás por una serie de manchas de luz artificial. Si se enfocaba una antorcha eléctrica sobre un grupo de cucarachas debían parecer así.

Pero aquellos diminutos insectos, Sadler lo sabía, eran las grandes máquinas de minería que trabajaban en el fondo del cañón. En el fondo, a varios miles de metros de profundidad, el suelo era sorprendentemente llano, porque parecía que la lava hubiese invadido la depresión en cuanto se hubo formado, congelándose allí para formar un subterráneo río de rocas.

Tierra, casi verticalmente sobre su cabeza, iluminaba la gran muralla del frente. El cañón se extendía a derecha e izquierda hasta donde alcanzaba la vista y algunas veces

la luz verde azulada, cayendo sobre la superficie de la roca, producía la más inesperada ilusión. Sadler tenía la fácil ilusión de estar contemplando el fondo de una gigantesca catarata cayendo eternamente en las entrañas de la Luna.

Frente a esta cascada, por los invisibles cables de la maquinaria, los cubos de mineral iban subiendo y bajando. Sadler había visto aquellos cubos avanzar por las líneas aéreas desde el fondo de la depresión y sabía que eran de más altura que él. Pero ahora le parecían un rosario de granos avanzando lentamente por un alambre y transportando su carga a las distintas plantas de fundición. Era una lástima, se dijo, que sólo transportasen azufre, oxígeno, sílice y aluminio; podríamos arreglarnos con menos elementos ligeros y más metales pesados.

Pero había sido enviado allá para trabajar, no para estar contemplando aquello como un turista. Sacó las notas escritas en clave de su bolsillo y empezó a redactar su informe.

No necesitó tanto tiempo como hubiera deseado. No había manera de decir si su interlocutor estaba satisfecho o decepcionado de su inconsecuente sumario. Reflexionó sobre ello un minuto y observó: «Quisiera poderles ser a ustedes de mayor utilidad, pero no pueden imaginar cuán cortos andamos de mano de obra. Las cosas se están poniendo mal; si tiene que ocurrir algo, lo esperamos en un plazo de diez días. Ocurre algo alrededor de Marte, pero no sabemos lo que es. La Federación ha construido por lo menos dos naves de un modelo inusitado y creemos que ahora las están probando. Desgraciadamente no tenemos ni la menor idea, sólo algunos rumores sin sentido, pero hemos puesto en guardia el departamento de Defensa. Les digo a ustedes esto para darle mayor fondo a la información. Nadie aquí tiene que saber nada de todo esto y si oye a alguien hablar en este sentido, querrá decir que de una u otra forma han conseguido el acceso a una información clasificada».

—Ahora veamos su corta lista de sospechosos provisionales. Veo que ha inscrito usted a Wagnall en ella, pero para nosotros está depurado.

—De acuerdo. Lo pasaré a Lista B.

—Entonces quedan Brown, Lefèvre, Tolanski..., con toda certeza no tienen contactos aquí.

—¿Está usted seguro de ello?

—Casi. Emplean todas sus horas libres de una forma netamente apolítica.

—Lo había sospechado —dijo Sadler permitiéndose el lujo de sonreír—. Los estudiaré conjuntamente.

—Queda este hombre, Jenkins, de Existencias. ¿Por qué tiene usted tanto interés en observarlo?

—No tengo ninguna prueba concluyente contra él. Pero parece ser el único que ha puesto objeciones a mis nominales actividades.

—Bien, seguiremos observándolo bajo este punto de vista. Viene a la ciudad con mucha frecuencia, pero desde luego tiene una buena excusa; es el encargado de la mayoría de las compras. Esto le deja a usted con cinco nombres en Lista A, ¿no es esto?

—Sí..., y, francamente, me extrañaría que fuese alguno de ellos. Sobre Wheeler y Jamieson hemos hablado ya de ellos. Sé que Maclaurin sospecha de Jamieson desde su excursión al *Mare Imbrium*, pero no le doy una excesiva importancia. Fue principalmente idea de Wheeler, en primer lugar.

—Después están Benson y Carlin. Sus mujeres han venido a Marte y se pasan la vida enzarzados en discusiones. Benson es un electricista de Mantenimiento Técnico. Carlin un ayudante médico. Puede usted decir que tienen algún motivo, pero me parece muy tenue. Es más, son dos sospechosos demasiado obvios.

—Bien; aquí hay otro que nos gustaría ver puesto en la lista A. Este Molton...

—¿El doctor Molton? —exclamó Sadler ligeramente sorprendido—. ¿Algún motivo particular?...

—Nada grave, pero ha estado en Marte varias veces en misión astronómica y tiene algunos amigos allá.

—No habla nunca de política..., lo he hostigado un par de veces y me ha parecido totalmente desinteresado. No creo que vea a mucha gente en Ciudad Central; parece completamente absorbido por su trabajo y yo juzgaría que sólo va a la ciudad para mantener su forma física en el gimnasio. ¿Tiene usted algo más?

—No..., lo siento. Sigue siendo un caso mitad y mitad. Hay una filtración en alguna parte, pero puede estar en Ciudad Central. El informe acerca del Observatorio puede ser un plan deliberado. Como dice usted muy bien, es muy difícil ver como nadie puede transmitir una información. Los operadores de radio no han detectado nada salvo algunos mensajes personales no autorizados que eran completamente inocentes.

Sadler cerró su libro de notas y se lo metió en el bolsillo con un suspiro. Dirigió una nueva mirada a las vertiginosas profundidades sobre las cuales estaban tan perentoriamente flotando. Las cucarachas seguían trepando animadamente desde un punto de la base del acantilado y súbitamente una lenta mancha pareció ir extendiéndose por la muralla inundada de luz. (¿A qué distancia estaba? ¿Dos kilómetros? ¿Tres?). Una bocanada de humo emergió y se disolvió instantáneamente en el vacío. Sadler empezó a contar los segundos para calcular la distancia de la explosión y tuvo que llegar hasta doce

antes de recordar que estaba perdiendo el tiempo. Aunque hubiese sido una bomba atómica no hubiera oído nada allí.

El hombre vestido de azul ajustó la correa de su cámara, saludó a Sadler y volvió a ser el perfecto turista.

—Deme diez minutos para marcharme y recuerde que no debe reconocerme si nos volvemos a ver.

Sadler se ofendió profundamente por esta última observación. Después de todo no era un completo aficionado. Había estado operando a toda intensidad desde hacía casi medio día lunar.

Era hora de un breve almuerzo en el pequeño café de la estación de Hyginus, y Sadler tuvo todo el local para él. La incertidumbre general había descorazonado a los turistas; todos los que estaban en la Luna se apresuraban a regresar a sus casas en cuanto encontraban un sitio disponible para atravesar el espacio. Hacían probablemente lo más cuerdo; si ocurrían disturbios tendrían probablemente lugar allí. En realidad nadie creía que la Federación atacase Tierra directamente y destruyese millones de vidas inocentes. Estas barbaridades pertenecían al pasado..., por lo menos así se esperaba. Pero, ¿cómo podía alguien estar seguro? ¿Quién sabía lo que podía ocurrir si estallaba la guerra? ¡Tierra era tan espantosamente vulnerable!...

Durante algún tiempo Sadler se sumió en melancólicas reflexiones. Se preguntó si Jeanette habría adivinado dónde estaba y se dijo que quizá sería mejor que no lo supiese. Aquello sólo serviría para aumentar sus preocupaciones.

Mientras tomaba café —que había encargado automáticamente pues aún no había encontrado ninguno aceptable en la Luna— reflexionó sobre la información que su desconocido interlocutor le había dado. Había sido de muy poco valor; seguía andando a tientas en la obscuridad. El detalle acerca de Molton fue para él una franca sorpresa y no lo tomó demasiado seriamente. El astrofísico inspiraba una especie de confianza tal que hacía difícil ver en él a un espía. Sadler sabía perfectamente que podía ser fatal fiarse de estas intuiciones, y cualesquiera que fuesen sus sentimientos decidió redoblar su atención sobre él. Pero hizo una apuesta privada consigo mismo que aquello no llevaría a ninguna parte.

Reunió mentalmente todos los datos que pudo recordar acerca del jefe de la sección de Espectroscopia. Conocía ya los tres viajes de Molton a Marte. De la última visita hacía más de un año, y el Director había estado allí más recientemente. Más aún, entre la cofradía interplanetaria de astrónomos no había probablemente ningún miembro del personal antiguo que no tuviese amigos en Marte y Venus.

¿Había en Molton alguna característica inusitada? Ninguna que Sadler pudiese recordar, aparte aquel curioso alejamiento que parecía en pugna con su real efusión interna. Tenía, desde luego, aquel curioso y en realidad emocionante «lecho de flores», como había oído a alguien bautizarlo. Pero si tenía que empezar a investigar inocentes excentricidades como ésta, no llegaría nunca a ninguna parte.

Había una sola cosa que merecía quizá la pena de mirar detenidamente, sin embargo. Tomó nota de la tienda donde Molton compraba algunos artículos (era casi la única cosa que aparte del gimnasio visitaba), y uno de los contra-agentes de la ciudad podría husmear por ella. Contento de sí mismo y demostrando de esta forma que no perdía detalle, Sadler pagó su nota y tomó el corto corredor que conectaba el café con la casi desierta estación.

Recorrió la línea de regreso a Ciudad Central sobre el increíble caos del terreno más allá de Triesnecker. Durante casi todo el viaje el monorriel siguió los pilones que subían sus cargados cubos de Hyginus y devolvían los vacíos. Los largos cables con su separación de un kilómetro era el más barato y más práctico medio de transporte, cuando no había prisa en la entrega de la mercancía. Poco antes que apareciesen las cúpulas de Ciudad Central, sin embargo, los pilones cambiaron de dirección y se inclinaron hacia la derecha. Sadler pudo verlos alejarse hacia el horizonte en dirección a las grandes instalaciones industriales químicas que, directa o indirectamente, alimentaban y vestían a todos los seres humanos residentes en la Luna.

Sadler no se sentía ya un forastero en la ciudad y avanzó de bóveda en bóveda con la seguridad de un veterano. La primera necesidad fue un imperativo corte de cabello; uno de los cocineros del Observatorio se sacaba un sobresueldo como peluquero, pero habiendo visto los resultados, Sadler prefería atenerse a los profesionales. Después sólo le quedaba tiempo para pasar unos quince minutos en el centrífugo del gimnasio.

Como de costumbre el local estaba lleno de empleados del Observatorio cerciorándose de poder vivir de nuevo en Tierra cuando se les antojase. Había una lista de gente que esperaba para el centrífugo, de manera que Sadler metió sus ropas en un armario y se fue a nadar un rato hasta que la disminución del zumbido del motor le dijo que la gran máquina estaba a punto para un nuevo contingente de pasajeros. Observó, no sin cierta disimulada sonrisa, que dos de los sospechosos de la Lista A —Wheeler y Molton— y no menos de siete de la Lista B se hallaban presentes. Pero acerca de la clase B la cosa no era sorprendente. Un noventa por ciento del personal del Observatorio estaba incluido en esta compleja lista, que si hubiese tenido que llevar un título, hubiera sido: «Personas

suficientemente inteligentes y activas para ser espías, pero acerca de las cuales no hay prueba alguna en pro ni en contra».

El centrífugo contenía seis personas y poseía un ingenioso dispositivo de seguridad que impedía su salida hasta que estuviese debidamente equilibrado. El aparato se negó a ponerse en marcha hasta que un hombre gordo que estaba a la izquierda de Sadler hubo cambiado de sitio con otro delgado que estaba al frente; entonces el motor comenzó a ganar velocidad y el gran tambor con su ligeramente inquieto cargamento humano comenzó a girar sobre su eje. A medida que la velocidad aumentaba Sadler sentía su peso aumentar también. La dirección de la vertical cambiaba también, giraba en redondo en dirección al centro del tambor. Sadler respiraba profundamente y trató de ver si podía levantar los brazos, pero éstos cayeron como si fuesen de plomo.

El hombre de su derecha se levantó tambaleándose y comenzó a andar arriba y abajo manteniéndose cuidadosamente dentro de las líneas blancas que marcaban los límites de su territorio. Todos los demás iban haciendo lo mismo, era un espectáculo extraño verlos sostenerse de pie sobre lo que, desde el punto de vista de la Luna, era una superficie vertical. Pero estaban pegados a ella por una fuerza seis veces superior a la débil gravedad de la Luna, una fuerza igual al peso que hubieran tenido en Tierra.

No era una sensación agradable. Sadler consideró casi imposible creer que hasta hacía pocos días había pasado toda su existencia en un campo de gravedad de aquella fuerza. Era de suponer que se acostumbraría nuevamente a ella, pero de momento lo hacía sentirse débil como un gato recién nacido. Sintió una viva satisfacción cuando el centrifugo moderó su marcha y pudo adaptarse nuevamente a la suave gravedad de su amiga la Luna.

Cuando el monorriel salió de Ciudad Central, Sadler era un hombre cansado y ligeramente desalentado. Ni aun la rápida mirada que pudo dirigir al nuevo día y al sol todavía oculto que tocaba los altos pináculos de las montañas del oeste consiguieron animarlo. Llevaba allí más de nueve días de tiempo de Tierra, y la larga noche lunar iba terminando. Pero temía pensar en lo que el día podía traerle.

XIII

Cada hombre tiene su debilidad, la cuestión es encontrarla. La de Jamieson era tan palpable que no parecía leal explotarla y, sin embargo, Sadler no conseguía sentir ningún escrúpulo. Todo el mundo en el Observatorio consideraba las pinturas del joven

astrónomo con cierta irónica simpatía y no le daba ánimos a continuar. Sadler, sintiendo la hipocresía de su acto, empezó a hacer el papel de sincero admirador.

Necesitó algún tiempo para vencer la reserva de Jamieson y llevarle a hablar francamente. La cosa no podía precipitarse sin despertar sospechas, pero Sadler había hecho grandes progresos con la simple técnica de apoyar a Jamieson cuando sus colegas se mofaban de él. Esto ocurría, por regla general, cada vez que enseñaba un nuevo cuadro.

Llevar la conversación del arte a la política requirió menos habilidad de la que hubiera podido creerse porque la política no estaba nunca lejana aquellos días. Sin embargo, cosa sorprendente, fue el mismo Jamieson quien suscitó las cuestiones que Sadler hubiera querido plantear. No quedaba la menor duda que él había estado pensando intensamente, a su manera metódica, en el problema que había ido preocupando más y más a todos los científicos desde el día en que la energía atómica nació en la Tierra.

—¿Qué haría usted —le preguntó bruscamente a Sadler pocas horas después del regreso de éste último de Ciudad Central— si tuviese que elegir entre Tierra y la Federación?

—¿Por qué me lo pregunta? —respondió Sadler tratando de ocultar su interés.

—Se lo he preguntado a muchos —respondió Jamieson. Había en su voz como una especie de ansiedad, la intrigada actitud del que busca quien lo guíe en un mundo complejo y extraño—. ¿Recuerda usted la discusión que tuvimos en la Sala Común cuando Mays dijo que quien creyese en el axioma «Mi planeta con razón o sin ella», era un idiota?

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Sadler cauteloso.

—Yo creo que Mays tenía razón. La lealtad no es simplemente una cuestión de nacimiento sino de ideales. Puede haber ocasiones en que la moralidad y el patriotismo choquen.

—¿Qué le ha inducido a usted a filosofar de esta manera?

La respuesta de Jamieson fue lo más inesperado.

—*Nova Draconis* —respondió—. Acabamos de recibir las notas de los observatorios de la Federación situados detrás de Júpiter. Habían sido expedidas a través de Marte y alguien había adjuntado una nota a ellos; Molton me la enseñó. No estaba firmada y era muy corta. Se limitaba a decir que cualquier cosa que ocurriese, y la expresión era repetida dos veces, se ocuparían para que los informes siguiesen llegando a nuestras manos.

Emocionante ejemplo de solidaridad científica, pensó Sadler; por lo visto había causado una profunda impresión en Jamieson. La mayoría de los hombres —la mayoría de los que no fuesen científicos— hubiera considerado el hecho trivial. Pero menudencias como esta podía influir la mente de un hombre en ciertos momentos cruciales.

—No sé qué deducir exactamente de esto —dijo Sadler con la sensación de un patinador sobre una capa de hielo muy delgada—. Al fin y al cabo todo el inundo sabe que en la Federación hay muchísimos hombres tan honrados, bien intencionados, y ansiosos de cooperar, como aquí. Pero es imposible gobernar un sistema solar bajo la influencia de emociones. ¿Vacilaría usted verdaderamente si ocurriese una colisión entre Tierra y la Federación?

Hubo una larga pausa. Después Jamieson suspiró.

—No lo sé —respondió—. Realmente, no lo sé.

Era una respuesta verdaderamente franca y honrada. En cuanto a Sadler hacía referencia, eliminaba virtualmente a Jamieson de la lista de sospechosos.

El fantástico incidente del reflector del *Mare Imbrium* ocurrió cerca de veinticuatro horas después. Sadler se enteró de ello cuando encontró a Wagnall la mañana siguiente para tomar el café, como era su costumbre cuando estaba cerca de la Administración.

—Aquí tiene usted algo digno de hacerle pensar —dijo Wagnall a Sadler al verlo entrar en el despacho del Secretario—. Uno de los técnicos de Electrónicos estaba en lo alto de la cúpula hace un momento admirando la vista, cuando súbitamente un haz de luz barrió el horizonte. Duró cosa de un segundo y dice que era de un blanco azulado brillante. No queda la menor duda que viene del lugar que Jamieson y Wheeler visitaron. Sé que «Instrumental» ha tenido disgustos con ellos y acababa de comprobarlo. Sus magnetómetros han quedado inutilizados hace diez minutos y ha habido un movimiento sísmico bastante fuerte.

—No comprendo que un reflector pueda producir estos efectos —respondió Sadler sinceramente intrigado. En aquel momento todo el significado de aquellas palabras apareció ante él—. *¿Cómo..., un haz de luz?* ¡Pero eso es imposible! ¡No sería posible en el vacío!

—Exactamente —dijo Wagnall, gozando visiblemente de la perplejidad de su compañero—. Un haz de luz sólo es visible cuando atraviesa polvo o aire. Y éste era realmente brillante, casi deslumbrador. La frase que empleó Williams fue: «Parecía una barra sólida». ¿Sabe usted lo que creo que es ese sitio?

—No —respondió Sadler preguntándose hasta dónde se había acercado Wagnall a la verdad—. No tengo la menor idea.

El Secretario parecía verdaderamente confuso, como tratando de exponer una teoría de la cual estaba un poco avergonzado.

—Me parece que es una especie de fortaleza. ¡Oh, ya sé que parece fantástico, pero cuando pienso en ello, verá usted como es la única explicación que se amolda a los hechos!

Antes que Sadler pudiese contestar, o tan sólo pensar en una respuesta adecuada, sonó el timbre de la mesa y cayó una tira de papel del teleimpresor de Wagnall. Era una vulgar tira de señales, pero la fórmula que traía impresa no tenía nada de ello. Llevaba pegada la etiqueta roja de URGENTE.

Wagnall la leyó en voz alta, abriendo los ojos a medida que leía:

«URGENTE DIRECTOR OBSERVATORIO PLATÓN. DESMONTE TODOS INSTRUMENTOS DE SUPERFICIE Y TRASLADE EQUIPOS DELICADOS BAJO TIERRA EMPEZANDO GRANDES ESPEJOS, SERVICIO MONORRIEL SUSPENDIDO HASTA NUEVO AVISO. MANTENGA PERSONAL BAJO TIERRA CUANTO SEA POSIBLE. PROPAGUE NECESIDAD ESTAS PRECAUCIONES. PELIGRO INESPERADO NO PROBABLE.

—Y por lo visto... —dijo Wagnall lentamente—, me parece que aquí lo tiene. Temo mucho que un suposición fuese perfectamente correcta.

Era la primera vez que Sadler veía a todo el personal del Conservatorio reunido. El Profesor Maclaurin estaba en la tarima elevada en el fondo del salón principal; sitio tradicional para discursos, recitales de música, representaciones dramáticas y demás diversiones del Observatorio. Pero en aquellos momentos nadie se divertía.

—Comprendo perfectamente —dijo Maclaurin amargamente— lo que esto significa para su programa. Sólo nos queda esperar que este traslado sea totalmente superfluo y podamos empezar a trabajar de nuevo dentro de pocos días. Pero es obvio que no podemos correr peligro con nuestro equipo; los espejos de quinientos y de mil centímetros tienen que ser puestos inmediatamente a salvo. No tengo la menor idea de qué clase de perturbaciones nos esperan, pero por lo visto nos encontramos en una infortunada posición. Si estallan las hostilidades, llamaré inmediatamente a Marte y Venus recordándoles que ésta es una institución científica, que muchos de sus nacionales han sido honrosos huéspedes aquí y que no tenemos importancia militar alguna concebible. Y

ahora le ruego que reúna a sus jefes de grupo y ejecute sus instrucciones tan rápida y eficazmente como sea posible.

El Director se bajó de su estrado. A pesar de lo pequeño que era parecía ahora todavía más agitado. En aquel momento no había en la sala nadie que no compartiese sus emociones por muy prevenidos que hubiesen estado contra él en el pasado.

—¿Puedo yo hacer algo? —preguntó Sadler, que había sido dejado aparte de los planes de urgencia precipitadamente preparados.

—¿Ha usado usted alguna vez un traje espacial? —preguntó Wagnall.

—No, pero no tengo inconveniente en probarlo.

Con gran decepción de Sadler, el Secretario movió la cabeza enérgicamente.

—Es demasiado peligroso; podría ocurrirle algo y además no hay bastantes trajes para todos. Pero puedo encontrarle una mayor utilidad aquí; tenemos que romper todos los programas existentes e implantar el sistema de guardia doble. De manera que todas las listas y horarios tienen que ser modificados; puede ayudarnos en esto.

«Éste es el resultado de ofrecerse voluntario para algo», pensó Sadler. Pero Wagnall tenía razón; no podía hacer nada para ayudar a los equipos técnicos. Y en cuanto a su misión, podía probablemente servirla más eficazmente en el despacho del Secretario que en ninguna otra parte, porque a partir de ahora sería el cuartel general de operaciones.

No era, pensó Sadler tristemente, que tuviese ya una gran importancia en aquel momento. Si el señor X existía, podía ya descansar con la conciencia tranquila de un trabajo bien hecho.

Se había decidido que algunos instrumentos tendrían que correr su suerte. Estos eran los de pequeño tamaño que podrían ser reemplazados fácilmente. La Operación Salvaguardia, como alguien con una tendencia a la nomenclatura militar la había bautizado, era concentrar los inapreciables componentes ópticos del telescopio gigante y los celóstatos.

Jamieson y Wheeler salieron en el tractor y recogieron los espejos del interferómetro..., los grandes instrumentos cuyos ojos gemelos, separados por veinte kilómetros, permitían medir los diámetros de las estrellas. La principal actividad, por lo tanto, se centralizaba alrededor del reflector de mil centímetros.

Molton estaba al frente del grupo del espejo. El trabajo hubiera sido imposible sin su detallado conocimiento de las características de ingeniería óptica del telescopio. Hubiera sido imposible también, incluso con su ayuda, si el espejo hubiese estado engarzado en una sola pieza, como el del histórico instrumento, todavía en pie, en la cumbre de Monte

Palomar. Este espejo, sin embargo, estaba formado por más de cien secciones hexagonales, unidas para formar un gigantesco mosaico. Cada una de ellas podía ser quitada separadamente y asegurada, si bien era un trabajo lento y enojoso y se necesitaría semanas para reajustar el espejo completo, con la fantástica precisión requerida.

Los trajes espaciales no están destinados a esta clase de trabajo y uno de los ayudantes, por inexperiencia o precipitación, dejó caer su extremo de la sección de espejo en el momento de levantarlo de su engarce. Antes que nadie pudiese sostenerlo, el gran hexágono de cuarzo fundido había alcanzado suficiente velocidad para romper uno de sus ángulos. Fue el único accidente óptico que se produjo, lo cual en aquellas circunstancias era perfectamente excusable.

El último hombre entró por la compuerta de aire cansado y descorazonado doce horas después que la operación hubiese comenzado. Sólo uno de los proyectos de investigación siguió adelante; un telescopio aislado iba siguiendo la lenta inclinación de *Nova Draconis* mientras se hundía hacia su extinción final. Guerra o no guerra; este trabajo tenía que continuar.

Poco después de anunciarse que los dos grandes espejos estaban a salvo, Sadler subió a una de las cúpulas de observación. No sabía cuando volvería a tener otra oportunidad de ver las estrellas y la desfalleciente Tierra y quería conservar su recuerdo en su refugio subterráneo.

Por lo que podía juzgarse a simple vista, el Observatorio no había cambiado. El gran tubo del reflector de mil centímetros seguía apuntando al cenit; había sido inclinado hasta la vertical a fin de situar la celda del espejo al nivel del suelo. Un tiro directo un poco corto podía estropear aquella maciza estructura y tendría que correr su suerte durante las horas o los días de peligro que se aproximaban.

Había todavía algunos hombres que circulaban por el exterior y uno de ellos, observó Sadler, era el Director. Éste era quizá el único habitante de la Luna que podía ser reconocido cuando usaba el traje espacial. Había sido especialmente construido para él y llevaba su altura hasta un metro y medio.

Uno de los camiones abiertos usados para el transporte de los instrumentos del Observatorio avanzaba en dirección al telescopio, levantando leves nubes de polvo. Se detuvo junto a la gran pista circular alrededor de la cual giraba todo el mecanismo y las figuras envueltas en sus trajes espaciales se encaramaron a él. Entonces emprendió velozmente la marcha hacia la derecha y desapareció en el suelo al emprender el descenso por la rampa que llevaba a las compuertas del garaje.

La gran llanura estaba desierta, el Observatorio ciego salvo por un fiel instrumento apuntando al norte en sublime reto de la locura de los hombres. Entonces el locutor del ubicuo sistema de radiación ordenó a Sadler salir de la bóveda y éste se dirigió contrariado hacia las profundidades. Hubiera querido esperar un poco más porque dentro de pocos minutos las murallas occidentales de Platón serían alcanzadas por los primeros destellos del alba lunar. Parecía una lástima que no hubiese allí nadie para recibirlos.

La Luna iba girando lentamente hacia el Sol, como no podía girar jamás hacia la Tierra. La línea del día se arrastraba por llanuras y montañas desvaneciendo el imaginable frío de la larga noche lunar. Ya toda la muralla occidental de los Apeninos estaba incendiada y el *Mare Imbrium* iba saliendo al amanecer. Pero Platón yacía todavía en la obscuridad, iluminado solamente por la irradiación de la desvaneciente Tierra.

Un grupo de estrellas diseminadas apareció muy bajo en el cielo de occidente. Las más altas espiras de la gran muralla circular iban recogiendo el Sol, y la luz iba deslizándose por minutos a lo largo de sus flancos hasta reunirse formando un collar de fuego. Ahora el Sol se extendía de pleno a través del vasto círculo del cráter a medida que los baluartes del este iban elevándose hacia la aurora. Cualquier observatorio de Tierra hubiera visto Platón como un anillo ininterrumpido de luz circundando un pozo de obscuridad absoluta. Pero transcurrirían horas todavía antes que el Sol naciente pudiese clarear las montañas y dominar las últimas fortalezas de la noche.

No había ojos algunos que observasen cuando, por segunda vez, la franja blanquiazul apareció brevemente en el cielo del sur. Iba bien dirigida a Tierra. La Federación había aprendido mucho, pero había todavía algunas cosas que tenía que aprender demasiado tarde.

XIV

El Observatorio estaba dispuesto a sostener un asedio de indefinida duración. No era, en conjunto, una situación tan desalentadora como hubiera podido temerse. Aun cuando los programas principales habían sido interrumpidos, había una cantidad de trabajo interminable en buscar resultados, comprobar teorías y redactar documentos que hasta entonces habían sido descuidados por falta de tiempo. Muchos de los astrónomos casi bendecían la tregua, y varios avances fundamentales hechos en cosmología fueron el resultado directo de la forzada ociosidad.

El peor aspecto de todo aquello —todo el mundo estaba de acuerdo en ello— era la incertidumbre y la falta de noticias. ¿Qué ocurría en realidad? ¿Podía darse crédito a los boletines de la Tierra que parecían tranquilizar al público mientras al mismo tiempo se estaban preparando para lo peor?

Por lo que podía juzgarse, parecía que se estaba preparando un ataque y la mala suerte del Observatorio radicaba en que su proximidad pudiese hacer de él un punto peligroso. Quizá Tierra supiese qué clase de ataque se estaba preparando y seguramente estaba haciendo preparativos para hacerle frente.

Los dos grandes antagonistas están estudiándose uno a otro, ninguno de ellos quería dar el primer golpe, esperando ambos obligar al otro a la capitulación. Pero habían ido demasiado lejos, y ninguno de los dos podía iniciar la retirada sin una pérdida de prestigio demasiado grave para ser afrontada.

Sadler temía que el momento crítico de evitar el conflicto hubiese pasado ya. Tuvo la certidumbre de ello cuando por radio llegó la noticia informando que el Ministro de la Federación en La Haya había enviado virtualmente un ultimátum al gobierno de Tierra. Acusaba a Tierra por haber faltado a sus convenios acerca de los metales pesados, de retener deliberadamente materiales para fines políticos y de ocultar la existencia de nuevos recursos. A menos que Tierra estuviese de acuerdo en hablar de la localización de estos productos, se encontraría en la imposibilidad de hacer uso de ellos también.

El ultimátum fue seguido, seis horas después, de una radiación general a Tierra, lanzada desde Marte por una transmisora de asombrosa fuerza. Por él se aseguraba a la población de Tierra que ningún mal caería sobre ella, y que si algún daño caía sobre el planeta madre sería un infortunado accidente de la guerra, del cual sólo su propio gobierno sería responsable. La Federación evitaría todos los actos que pudiesen causar daños en las zonas habitadas y esperaba que este ejemplo fuese seguido.

El Observatorio escuchó este comunicado con diferentes sensaciones. No quedaba la menor duda sobre su significado, como no la había del que el *Mare Imbrium*, de acuerdo con el sentido del Convenio, era zona deshabitada. Uno de los efectos de la radiación fue aumentar la simpatía hacia la Federación, incluso entre los que probablemente serían más dañados por sus acciones. Jamieson en particular empezó a ser mucho menos cauteloso en la expresión de sus puntos de vista y no tardó en hacerse muy impopular. Antes de poco, como era de esperar, se produjo una escisión en los rangos del Observatorio. Por una parte había aquellos (en su mayoría gente joven) que compartían los puntos de vista de Jamieson y consideraban a Tierra reaccionaria e intolerante. Contra ellos, por otra parte, había los individuos apacibles y conservadores que apoyan siempre

automáticamente los que están en el poder sin preocuparse demasiado de abstracciones morales.

Sadler escuchaba aquellas discusiones con gran interés, aun dándose cuenta del hecho que el éxito o fracaso de su misión había sido ya decidido y que nada de lo que pudiese hacer entonces podía alterarlo. Sin embargo, siempre era posible que el probablemente mitológico señor X se volviese ahora descuidado e intentase incluso abandonar el Observatorio. Sadler había tomado ya algunas medidas para evitarlo, en colaboración con el Director. Nadie podía llegar a los trajes espaciales ni a los tractores sin permiso, y la base estaba por lo tanto virtualmente sellada. Vivir rodeado de vacío tiene ciertamente ciertas ventajas bajo el punto de vista de la seguridad.

El estado de sitio del Observatorio había procurado a Sadler un pequeño triunfo, del cual hubiera muy a gusto prescindido y parecía un irónico comentario a todos sus esfuerzos. Jenkins, su sospechoso de la sección de Almacenes, había sido detenido en Ciudad Central. Cuando el servicio del monorriel fue suspendido se encontraba en la ciudad por un asunto particular y fue detenido por los agentes que lo habían estado vigilando como resultado del almuerzo de Sadler.

Le había tenido miedo a Sadler, y con su buena razón. Pero no había traicionado nunca ningún secreto de estado porque jamás había poseído ninguno. Como muchos almacenistas antes que él, había estado vendiendo material del gobierno.

Era una justicia poética. La propia conciencia culpable de Jenkins lo había delatado. Pero si bien Sadler había eliminado un nombre de su lista, la victoria le procuraba muy poca satisfacción.

Las horas transcurrían lentamente y los humores iban exarcerbándose. El Sol iba ascendiendo por el cielo de la mañana y ahora se había elevado considerablemente sobre la muralla occidental de Platón. La sensación inicial de peligro había ido atenuándose, dejando sólo un sentido de decepción. Un mal inspirado esfuerzo trató de organizar un concierto, pero fue un fracaso tal que dejó a todo el mundo más deprimido todavía.

En vista que al parecer no ocurría nada, la gente comenzó a salir de nuevo a la superficie, aunque no fuese más que a dirigir una mirada al cielo y convencerse del hecho que todo iba todavía bien. Algunas de estas salidas clandestinas causaban a Sadler gran ansiedad, pero pudo convencerse que éstas eran completamente inocentes. El Director reconoció incluso la situación permitiendo a un limitado número de personas subir a las cúpulas de observación a horas fijas del día.

Uno de los ingenieros de Energía organizó una lotería en la que el ganador sería la persona que acertase qué duración tendría aquel peculiar sitio. Todo el Observatorio tomó

parte en ella y Sadler, actuando a largo alcance, leyó las listas pensativamente una vez éstas estuvieron completas. Si había alguien que sabía qué duración podía tener aquel asedio tendría buena cuenta en evitar ser el ganador. Ésta, por lo menos, era su teoría. Sadler no aprendió nada con su estudio y acabó dándose cuenta de cuán tortuosos se iban volviendo sus procesos mentales. Había veces en que se preguntaba si sería capaz de volver a pensar normalmente alguna vez.

La espera terminó cinco días después de la alerta. Arriba en la superficie se aproximaba mediodía y la Tierra se había reducido a un delgado creciente demasiado cercano al Sol para poderlo mirar sin peligro. Pero era mediodía en los relojes del Observatorio y Sadler estaba durmiendo cuando Wagnall entró ceremoniosamente en su habitación.

—¡Despierte! —dijo, mientras Sadler se frotaba los ojos soñoliento—. El Director quiere verlo. —Wagnall parecía un poco ofendido de verse usado como mensajero—. Ocurre algo —se quejó mirando a Sadler recelosamente—. ¡No me ha querido decir siquiera de qué se trata!

—No sé si lo averiguaré yo tampoco —respondió Sadler mientras se ponía la bata. Decía la verdad, y mientras se dirigía al despacho del Director iba especulando soñoliento sobre las cosas que podían posiblemente haber ocurrido.

Sadler tuvo la impresión que Maclaurin había envejecido mucho durante aquellos últimos días. No era ya el hombre enérgico y vivaz que dirigía el Observatorio con una regla de hierro. Había incluso un montón de papeles desordenados sobre aquella mesa un día impecable.

En cuanto Wagnall hubo salido de la estancia, visiblemente contrariado, Maclaurin dijo:

—¿Qué hace Carl Steffanson en la Luna?

Sadler entornó los ojos extrañado, todavía medio dormido y respondió humildemente:

—No sé siquiera quién es. ¿Es que tenía que saberlo?

Maclaurin pareció sorprendido y decepcionado.

—Creí que su gente podía habérselo dicho. Es uno de los físicos más brillantes que poseemos, en su campo especializado. Ciudad Central acaba de comunicarnos que ha llegado y tenemos que llevarlo a *Mare Imbrium* en cuanto podamos; a este sitio que llaman Proyecto Thor.

—¿Por qué no puede ir por aire hasta allí? ¿Qué tenemos nosotros que ver con esto?

—Tenía que ir en cohete, pero los transportes están fuera de servicio y no estarán en funcionamiento antes de seis horas. De manera que nos lo envían por monorriel y tenemos que hacerle recorrer la última etapa en tractor. He pedido que se designe a

Jamieson para hacerlo. Es sabido que es el mejor conductor de tractor de la Luna, y el único que ha estado en Proyecto Thor..., sea lo que sea.

—Siga —dijo Sadler medio sospechando lo que venía.

—No tengo confianza en Jamieson. No me parece muy seguro enviarlo a una misión de la importancia que ésta parece tener.

—¿Hay alguien más que pudiese hacerlo?

—Disponible en estos momentos, no. Es una misión complicada y no sabe usted lo fácil que es extraviarse por el camino.

—Entonces no habrá más remedio que enviar a Jamieson. ¿Por qué lo considera usted peligroso?

—Lo he oído hablar en la Sala Común, como seguramente lo habrá oído usted también... No oculta sus simpatías por la Federación.

Mientras el Director seguía hablando Sadler le observaba atentamente. La indignación, casi el odio, que brotaba de la voz del hombrecillo le sorprendía. Por un instante el destello de una sospecha brilló en su mente; ¿estaría Maclaurin tratando de alejar las sospechas de sí mismo?

El vago recelo sólo duró unos instantes. No había necesidad, pensó Sadler, de buscar remotos motivos. Maclaurin estaba cansado; como siempre había sospechado, a pesar de su dureza exterior, Maclaurin era un hombre tan escaso de fuerzas como de estatura. Reaccionaba de una manera infantil contra su desengaño; había visto sus planes desorganizados, todo su programa estancado, incluso todo su precioso equipo en peligro. Todo por culpa de la Federación, y quien no estuviese de acuerdo con ello era un enemigo de Tierra.

Era difícil no sentir simpatía por el Director; Sadler sospechaba que estaba al borde de un ataque de nervios y tenía que ser manejado con extraordinaria cautela.

—¿Y qué quiere que haga yo? —preguntó en el tono más indiferente que pudo adoptar.

—Quisiera saber si opina usted como yo acerca de Jamieson. Debe usted con seguridad haberlo estudiado atentamente...

—No tengo derecho a discutir mis valoraciones —respondió Sadler—. Están con demasiada frecuencia basadas en rumores e impulsos. Pero me parece que esta misma franqueza de Jamieson es un punto en su favor. Hay una gran distancia, comprende usted, entre disentimiento y traición.

Maclaurin permaneció largo rato en silencio. Después movió la cabeza como enojado.

—Es un riesgo demasiado grande. No aceptaré la responsabilidad.

La cosa, pensó Sadler, sería difícil. Aquí no tenía autoridad y en ningún caso podía dominar al Director. Nadie le había enviado instrucciones; los que habían enviado a Steffanson al Observatorio ignoraban probablemente incluso que él existiese. El enlace entre Defensa e Información Central no era enteramente lo que tendría que ser.

Pero incluso sin instrucciones su deber estaba claro. Si Defensa quería enviar a alguien a Proyecto Thor con tanta urgencia, sus buenas razones debía tener. Tenía que aportar su ayuda aunque tuviese que salirse de su papel de observador pasivo.

—La idea que le propongo es esta —dijo con vivacidad—. Hable con Jamieson y expóngale la situación. Pregúntele si se ofrece voluntario para el viaje. Yo escucharé la conversación desde la habitación de al lado y le aconsejaré si es prudente aceptar. Mi opinión es que si dice que sí, lo hará. De lo contrario se negará rotundamente. No creo que lo engañe.

—¿Seguiría usted sobre esta base?

—Sí —dijo Sadler impaciente—. Y si puedo darle un consejo, hará bien en disimular sus sospechas. Cualesquiera que sean sus sentimientos, muéstrese tan amistoso como pueda.

Maclaurin se quedó un momento pensativo y finalmente se encogió de hombros resignado. Puso el contacto del micrófono.

—Wagnall —dijo—, tráigame a Jamieson aquí.

Mientras esperaba en la habitación contigua, a Sadler le pareció que transcurrían horas antes que ocurriese algo. Finalmente el micrófono trajo los sonidos de la llegada de Jamieson e inmediatamente oyó a Maclaurin decir:

—Siento haber interrumpido su sueño, Jamieson, pero tengo un trabajo urgente que encargarle. ¿Cuánto tiempo necesitaría usted para llevar un tractor hasta Paso Prospect?

Sadler sonrió al oír el claro sonido de incredulidad que produjo Jamieson. Sabía exactamente lo que estaba pensando. Prospect era el paso que franqueaba la muralla sur de Platón, dominando *Mare Imbrium*. Generalmente era evitado por los tractores, que tomaban un camino más largo, pero más fácil, pocos kilómetros más al oeste. Los «monocabs», sin embargo, lo franqueaban sin dificultad y cuando la luz era correcta el pasajero gozaba de uno de los espectáculos más bellos de la Luna: el gran panorama del interior de *Mare* con el lejano colmillo de Pico en el horizonte.

—Apretando un poco podría ir en una hora. No hay más de cuarenta kilómetros, pero es muy mal camino.

—Bien —dijo la voz de Maclaurin—. Acabo de recibir un mensaje de Ciudad Central pidiéndome que lo envíe. Saben que es usted el mejor conductor y además ha estado allí ya otras veces.

—¿Dónde? —preguntó Jamieson.

—En Proyecto Thor. Quizá no conozca usted el nombre, pero es así como lo llaman. El sitio aquel donde estuvo usted la otra noche.

—Siga, Director, le escucho —respondió Jamieson. Sadler se dio perfecta cuenta de la tensión de su voz.

—He aquí la situación. En Ciudad Central hay un hombre que tiene que llegar a Thor inmediatamente. Tenía que haber ido en cohete, pero no ha sido posible. De manera que lo envían aquí por el monorriel y a fin de ganar tiempo lo esperará usted en el paso y lo llevará directamente a Proyecto Thor. ¿Entendido?

—No del todo. ¿Por qué no puede Thor recogerlo en uno de sus propios tractores?

¿Se estaba escabullendo Jamieson?, se preguntó Sadler. No, decidió. La pregunta era perfectamente razonable.

—Si mira usted el mapa —prosiguió Maclaurin—, verá que Prospect es el único sitio de reunión indicado entre el tractor y el monorriel. Por otra parte, parece que en Thor no hay conductores experimentados. Envían un tractor, pero probablemente habrá usted terminado su misión antes que ellos hayan llegado a Prospect.

Hubo una larga pausa; Jamieson estaba evidentemente estudiando el mapa.

—Estoy dispuesto a intentarlo —dijo Jamieson—. Pero me gustaría saber de qué se trata.

Ya vamos al asunto, pensó Sadler. Espero que Maclaurin hará lo que le dije.

—Muy bien —respondió Maclaurin—, creo que tiene usted derecho a saberlo. El hombre que va a Thor es el doctor Carl Steffanson. Y la misión que se le ha confiado es vital para le seguridad de Tierra. Esto es todo lo que sé, pero no creo que necesite decir nada más.

Sadler esperaba, inclinado sobre el micrófono, mientras el largo silencio se prolongaba. Sabía la decisión que Jamieson estaba tomando. El joven astrónomo se estaba dando cuenta que una cosa era criticar la Tierra y condenar su política cuando la cosa no tenía verdadera importancia y otra elegir una línea de conducta que podía contribuir a su derrota. Sadler había leído en alguna parte que antes de la guerra había muchos pacifistas, pero pocos ahora que ya había estallado. Jamieson se estaba dando cuenta de donde residía su lealtad, si no su lógica.

—Iré —dijo, en voz tan tenue que Sadler apenas lo oyó.

—Recuerde —insistió Maclaurin—, que su elección es enteramente libre.

—¿De veras? —dijo Jamieson. No había el menor sarcasmo en su voz. Pensaba en voz alta, hablando consigo mismo más que con el Director.

Sadler oyó que Maclaurin revolvía algunos papeles.

—¿A quién quiere usted de compañero? —preguntó.

—Me llevaré a Wheeler. Vino conmigo la última vez.

—Muy bien. Vaya a buscarlo; yo entre tanto me pondré en contacto con Transportes. Y..., buena suerte.

—Gracias, Director.

Sadler esperó hasta que oyó la puerta del despacho de Maclaurin cerrarse detrás de Jamieson; después entró a ver al Director. Maclaurin levantó los ojos desalentado y dijo:

—¿Y bien?

—Ha resultado mejor de lo que temía. Ya sabía yo que lo manejaría usted muy bien.

No era simple halago; Sadler estaba sorprendido de la forma como Maclaurin había ocultado sus sentimientos. Aunque la entrevista no había sido exactamente cordial no había habido una abierta enemistad.

—Me siento más tranquilo porque Wheeler va a ir con él —dijo Maclaurin—. Puede confiarse en él.

A pesar de su preocupación, Sadler tuvo dificultad en disimular una sonrisa. Estaba seguro que la fe del Director en Conrad Wheeler estaba en gran parte basada en el descubrimiento de *Nova Draconis* hecho por el muchacho y la rehabilitación del Integrador de Magnitud Maclaurin. Pero no necesitaba ya ninguna otra prueba del hecho que los científicos tenían la misma tendencia que todos los demás a dejar que sus emociones prevaleciesen sobre su lógica.

El micrófono de la mesa llamó su atención.

—El tractor está saliendo, Director. Se abren las puertas exteriores en este momento.

Maclaurin miró instintivamente el reloj de la pared.

—Ha ido aprisa —dijo. Y miró sombríamente a Sadler—. Bien, señor Sadler, es ya tarde para hacer algo. Esperemos que esté usted en lo cierto.

Raras veces alguien se ha dado cuenta que conducir por la Luna de día es mucho menos agradable, e incluso menos seguro, que conducir de noche. El implacable resplandor exige el uso de gruesos filtros de sol, y los huecos de negra obscuridad que se hallan siempre presentes, salvo en las raras ocasiones en que el Sol está completamente vertical, pueden ser peligrosos. Con frecuencia ocultan grietas que un tractor en marcha

es incapaz de evitar. Avanzar con luz de Tierra, en cambio, no exige tanto esfuerzo. La luz es mucho más suave, los contrastes menos violentos.

Para poner las cosas todavía peor para Jamieson, iba conduciendo hacia el sur, es decir, casi directamente cara al sol. Había veces en que las condiciones eran tan malas que se veía obligado a hacer un violento zigzag para evitar el resplandor de algunas superficies de las rocas. La dificultad no era tan grande cuando cruzaba regiones polvorientas, pero éstas iban haciéndose cada vez más raras a medida que el suelo iba elevándose hacia los baluartes interiores de la muralla de montañas.

Wheeler sabía perfectamente abstenerse de hablar con su compañero durante aquella parte del camino; el trabajo de Jamieson requería demasiada concentración. Iban trepando en dirección al paso, siguiendo las accidentadas pendientes que dominaban la llanura. Como frágiles juguetes en el lejano horizonte los tubos de los grandes telescopios marcaban la situación del Observatorio. Allí, pensaba Wheeler amargamente, estaban invertidos millones de horas de trabajo y de esfuerzo humano. Ahora no hacía nada y lo mejor que podía esperarse era que un día estos espléndidos instrumentos pudiesen empezar de nuevo sus investigaciones por los remotos lugares del universo.

Un borde cortó su vista sobre la llanura inferior y Jamieson viró por la derecha a través de un angosto valle. En todo lo alto de las pendientes la línea del monorriel era visible ahora mientras avanzaba a grandes saltos sobre la faz de la montaña. Allí no había oruga capaz de trepar hasta él, pero cuando estuviesen en el paso no habría dificultad ninguna en avanzar a pocos metros de la línea.

El suelo era sumamente accidentado y traidor, pero los conductores que habían recorrido aquel camino antes dejaron marcas para guiarse a los que pudiesen venir después de ellos, Jamieson hacía ahora gran uso de los faros pues avanzaba con frecuencia por la obscuridad. En conjunto prefería esto a la luz directa del sol, porque podía ver el suelo mucho más claramente con los reflectores movibles que llevaba en lo alto del coche. Wheeler no tardó en encargarse de manipularlos y encontró fascinador ver los óvalos de luz reflejarse en las rocas. La completa invisibilidad de los haces luminosos en medio del vacío perfecto, daba un efecto mágico a la escena. La luz parecía no venir de ninguna parte y no tener conexión alguna con el tractor.

Llegaron a Prospect cincuenta minutos después de haber salido del Observatorio y comunicaron por radio su situación. Desde allí sólo les faltaba bajar unos cuantos kilómetros de pendiente para llegar al lugar de la cita. La línea del monorriel convergía hacia su camino, después se inclinaba hacia el sur hasta más allá de Pico, como un hilo de plata brillando a través de la cara de la Luna.

—Bien —dijo Wheeler con satisfacción—, por lo menos no le hemos hecho esperar. Me gustaría saber qué significa todo esto...

—¿No lo ves claro? —respondió Jamieson—. Steffanson es el mejor técnico en Física de radiaciones que tenemos. Si tiene que haber guerra, supongo que te das cuenta de la clase de armas que serán usadas.

—No he pensado nunca mucho en ello; no me ha parecido una cosa para ser tomada en serio. ¿Proyectiles teleguiados, supongo?

—Es muy probable, pero podremos hacer algo mejor que esto. Los hombres llevan siglos hablando de armas de radiación. Si las quieren, ahora pueden hacerlas.

—¡No me digas que crees en el rayo de la muerte!

—¿Y por qué no? Si recuerdas tus libros de historia, los rayos de la muerte mataron miles de personas en Hiroshima. Y de esto hace unos doscientos años.

—Sí, pero no es difícil protegerse contra estas cosas. ¿Puedes imaginar causar un verdadero daño físico con un rayo?

—Depende de la distancia. Si fuese sólo a algunos kilómetros, yo diría que sí. Después de todo, podemos generar cantidades ilimitadas de energía. Ahora estamos ya en condiciones de enviarla toda en la misma dirección, si queremos. Hasta hoy no ha habido ningún incentivo particular. Pero ahora, ¿cómo sabemos lo que se está llevando a cabo en los laboratorios secretos esparcidos por todo el Sistema Solar?

Antes que Wheeler pudiese contestar vio el radiante punto de luz lejano a través de la llanura. Avanzaba hacia ellos a una velocidad increíble, elevándose sobre el horizonte como un meteoro. En cuestión de minutos se había convertido en la achatada punta del «monocab» agachado sobre su riel único.

—Será mejor que salgamos y le demos una mano —dijo Jamieson—. Probablemente es la primera vez que usa traje espacial. Debe tener algún equipaje, además.

Wheeler se sentó en posición de conducir y vio a su amigo avanzar franqueando las rocas hacia el monorriel. La puerta de socorro de la compuerta del vehículo se abrió y un hombre salió por ella, un poco vacilante, sobre el suelo de la Luna. Por la forma como caminaba, Wheeler comprendió que no había estado nunca en un ambiente de baja gravedad.

Steffanson llevaba una gruesa cartera y una gran caja de madera que manejaba con gran precaución. Jamieson le ofreció desembarazarlo de aquellas molestias pero él se negó a separarse de ellas. Su único otro equipaje era un maletín de viaje que permitió a Jamieson tomar.

Los dos hombres avanzaron por la rampa rocosa y Wheeler manejó la compuerta de aire para darles entrada. El «monocab» habiéndose desembarazado de su carga emprendió la marcha hacia el sur y desapareció rápidamente por donde había venido. Parecía, pensó Wheeler, que el conductor tuviese mucha prisa en estar de regreso. No había visto nunca uno de aquellos vehículos alcanzar tales velocidades y por primera vez comenzó a tener la vaga idea de la tormenta que se estaba acumulando sobre aquel soleado y pacífico paisaje. Sospechó que no eran los únicos que tenían una cita en Proyecto Thor.

Tenía razón. Muy lejos, en el espacio, muy por encima del plano por el que vuelan la Tierra y los planetas, el comandante de las fuerzas federales avanzaba al frente de su diminuta flota. Como el halcón describe círculos alrededor de su presa antes de su vertiginoso descenso, así el Comodoro Brennan, ex Profesor de Ingeniería Eléctrica de la Universidad de Herperus, apuntaba sus naves rumbo a la Luna.

Estaba alerta a la señal, que seguía esperando, pero ésta no vendría jamás.

XV

El doctor Carl Steffanson no se detuvo a preguntarse si era un hombre valiente o no. Jamás en su vida había sentido la necesidad de una virtud tan primitiva como el valor físico y estaba agradablemente sorprendido de su calma, ahora que el momento crítico había casi llegado. Dentro de pocas horas estaría probablemente muerto. La idea le causó más contrariedad que miedo; había tanto trabajo que hubiera querido hacer, tantas teorías que comprobar... Sería maravilloso poder volver a la investigación científica después de la desenfrenada carrera de aquellos dos últimos años. Pero aquello era soñar despierto; la simple supervivencia era todo lo que podía esperar ahora.

Abrió su cartera y sacó de ella las hojas de diagramas eléctricos y las listas de componentes. Se dio cuenta con cierta curiosidad que Wheeler estaba mirando con visible curiosidad los complejos circuitos y las etiquetas SECRETO pegadas sobre ellos. Bien, había ya poca necesidad de tomar precauciones ahora, y el mismo Steffanson no hubiera sacado gran cosa en claro de ellos de no haber sido él su inventor.

Miró nuevamente la caja para cerciorarse que ésta estaba bien cerrada. Allí, probablemente, yacía el futuro de más de un mundo. ¿Cuántos otros hombres habían sido enviados a una misión como aquella? Steffanson sólo podía recordar dos ejemplos, ambos allá en los días de la Segunda Guerra Mundial. Hubo un científico británico que

llevó una pequeña caja a través del Atlántico conteniendo lo que más tarde fue el más valioso encargo que tenía que alcanzar las playas de los Estados Unidos. Aquello había sido el primer magnetrón de cavidad, la invención que hizo del radar el arma clave de la guerra y destruyó el poderío de Hitler. Después, algunos años más tarde, estuvo el avión volando a través del Pacífico hasta la isla de Tinian, transportando casi todo el uranio 235 libre entonces en existencia.

Pero ninguna de estas dos misiones, con toda su importancia, tenía la urgencia de ésta.

Steffanson había cambiado sólo unas palabras de formal cortesía con Wheeler y Jamieson expresándoles su agradecimiento por su colaboración. No sabía nada de ellos, salvo que eran ingenieros del Observatorio que se habían prestado voluntariamente a realizar aquel viaje. Puesto que eran científicos debían tener seguramente la curiosidad de saber qué hacía allí, y no quedó sorprendido cuando Jamieson pasó los controles a su amigo y se echó atrás para escucharlo.

—A partir de ahora no será tan malo —dijo Jamieson—. Llegaremos a Thor en unos veinte minutos. ¿Es suficiente para usted?

Steffanson asintió.

—Es mejor de lo que esperamos cuando esta maldita nave apareció. Probablemente se habrá usted ganado una medalla con esto.

—No me interesa —dijo Jamieson bastante fieramente—. Sólo quiero hacer lo que sea justo. ¿Está usted muy seguro de estar en el mismo caso?

Steffanson lo miró sorprendido pero le bastó un instante para hacerse cargo de la situación. Había conocido ya tipos como Jamieson entre el personal más joven de su departamento. Estos idealistas siguen todos el mismo proceso mental de investigación. Y todos ellos se desarrollaban de aquella forma incluso cuando eran mayores. Algunas veces se preguntaba si era una tragedia o una bendición.

—Me pide usted —dijo suavemente— que le prediga el futuro. No hay hombre capaz de prever si, a la larga, sus actos serán para el mal o para el bien. Pero trabajo para la defensa de Tierra, y si se produce un ataque, vendrá de la Federación, no de nosotros. Creo que no debería usted olvidarlo.

—Y sin embargo, ¿lo hemos provocado nosotros?

—Hasta cierto punto, quizá; pero una vez más, hay mucho que decir por ambos lados. Usted se imagina a los federales como precursores de ojos de estrella edificando maravillosas civilizaciones nuevas en los planetas. Olvida usted que pueden ser también duros y sin escrúpulos. Recuerde usted como nos echaron de los asteroides negándose a

enviar abastecimientos salvo a precios exorbitantes. Fíjese cuán difícil nos han hecho poder enviar naves más allá de Júpiter..., ¡si han situado virtualmente tres cuartas partes del Sistema Solar fuera de límites! Cuando consiguen algo que desean se ponen intolerables. Temo que se hayan buscado una lección y espero que se la podamos dar. Es sensible haber llegado a esto, pero no le veo alternativa.

Miró su reloj, vio que estaba casi a la hora y continuó:

—¿Le importaría conectar con las noticias? Quisiera oír los últimos acontecimientos.

Jamieson se volvió hacia el aparato de radio y enfocó la antena hacia Tierra. Había muchas interferencias debidas al fondo solar, porque Tierra estaba ahora casi en la misma línea del Sol, pero la fuerza de la emisora la hacía perfectamente audible y no había ni rastro de atenuación.

Steffanson quedó sorprendido al ver que el cronógrafo del tractor avanzaba de un segundo. Entonces se dio cuenta que estaba adaptado a la extraña e híbrida denominación de Hora Lunar de Greenwich. La señal que estaba escuchando acababa de franquear el golfo de cuatrocientos mil kilómetros que los separaba de Tierra. Daba un escalofrío pensar en lo remoto de su hogar.

Entonces se produjo un silencio tan largo que Jamieson hizo girar el botón del volumen para cerciorarse de si el aparato funcionaba. Un minuto después el locutor anunció, con una voz que trataba de ser tan impersonal como siempre:

«Aquí Tierra. La Haya acaba de publicar el siguiente comunicado:

»La Federación Triplanetaria ha informado al Gobierno de Tierra que tiene intención de ocupar ciertas regiones de la Luna, y que toda tentativa de resistir a tal acción será contrarrestada por la fuerza.

»El Gobierno está tomando todas las medidas necesarias para salvaguardar la integridad de la Luna. Una próxima comunicación será radiada lo antes posible. De momento se pone de relieve que no hay peligro inmediato, así como que no hay ninguna nave enemiga a veinticuatro horas de Tierra.

»Aquí Tierra.»

Reinó un profundo silencio; sólo el silbido de la onda y algún ocasional chasquido de los estáticos solares salían del altavoz. Wheeler había parado el tractor a fin de poder oír bien la nota radiada. Desde su asiento contemplaba el pequeño cuadro de señales. Steffanson miraba los diagramas de circuito trazados sobre el mapa, pero era visible que no los veía. Jamieson seguía con su mano en el botón de volumen; no se había movido

desde el principio del comunicado. Entonces, sin una palabra, subió al sitio de conducir y tomó el mando de manos de Wheeler.

A Steffanson le pareció que transcurrían siglos antes que Wheeler le gritase: «¡Estamos cerca! ¡Mire..., aquí mismo!» Avanzó hacia el puesto delantero de observación y miró por encima de aquel suelo hendido y resquebrajado. ¡Qué suelo para luchar por él! Pero desde luego, aquel desnudo suelo de lava y polvo de meteoro no era más que un disfraz. Debajo de él la Naturaleza había escondido tesoros que los hombres han tardado doscientos años en descubrir. Quizá hubiera sido mejor que nunca los hubiesen descubierto...

Todavía a dos o tres kilómetros más adelante, la gran cúpula de metal relucía bajo el sol. Desde aquel ángulo tenía un aspecto sorprendente, porque el segmento en la sombra era tan obscuro que era casi invisible. A primera vista daba la impresión que la cúpula había sido seccionada por algún enorme cuchillo. Todo aquello parecía completamente desierto, pero en el interior, Steffanson lo sabía, vivía una colmena de furiosa actividad. Rezó porque sus ayudantes hubiesen completado el arrollado de los circuitos submoduladores y de energía.

Steffanson comenzó a ajustar su casco al traje espacial que no se había tomado la molestia de quitarse al entrar en el tractor. Estaba de pie detrás de Jamieson sosteniendo el equilibrio agarrado a una de las redes porta equipajes.

—Puesto que estamos aquí —dijo—, lo menos que puedo hacer es ponerlos al corriente de lo ocurrido. —Hizo un gesto señalando la cúpula que se iba aproximando rápidamente—. Esta instalación empezó como mina y sigue siéndolo. Hemos conseguido algo que no había sido hecho jamás; perforar un agujero de cien kilómetros de profundidad, a través de la corteza de la Luna, llegando hasta los depósitos verdaderamente ricos de metal.

—¡Cien kilómetros! —gritó Wheeler—. ¡Eso es imposible! No hay agujero que aguante abierto bajo la presión.

—Puede aguantar y aguanta —contestó Steffanson—. No tengo tiempo de discutir la técnica aunque supiese suficiente de ella. Pero recuerde que en la Luna se puede perforar un agujero seis veces más profundo que en la Tierra antes que éste se cierre. Sin embargo, esto es sólo una parte de la historia. El verdadero secreto reside en lo que han llamado la minería a presión. A medida que es horadado, el pozo se llena de un aceite pesado de silicón de la misma densidad que la roca que lo rodea. De manera que la profundidad a que se llega no tiene importancia; siendo la presión la misma dentro que fuera, el agujero no tiene tendencia a cerrarse. Como la mayoría de las ideas simples, ha

requerido una gran dosis de habilidad para ponerla en práctica. Todos los equipos operantes tienen que trabajar sumergidos, bajo una enorme presión, pero los problemas van siendo solventados y creemos poder conseguir metales en cantidades apreciables.

»La Federación se enteró del hecho que éste se estaba llevando a cabo desde hacía dos años. Creemos que han probado el mismo sistema, pero sin éxito. De manera que han decidido que si ellos no pueden beneficiarse de esta cosecha, nosotros no la tendremos tampoco. Su política parece ser la de forzarnos a una cooperación, cosa que no conseguirán.

»Éste es el fondo del asunto, pero ahora es únicamente la parte menos importante de la historia. Aquí hay armas también. Algunas han sido completadas y probadas, otras esperan su ajuste final. Yo traigo los componentes clave para lo que puede ser una decisiva. Por esto Tierra puede tener con ustedes una deuda que no podrá jamás pagarles. No me interrumpa, estamos cerca ya y esto es lo que en realidad quería decirles. La radio no ha dicho la verdad acerca de las veinticuatro horas de seguridad. Esto es lo que la Federación quiere que creamos y esperamos que sigan creyendo que nos han engañado. Hemos descubierto sus naves y se están aproximando a una velocidad diez veces superior a la jamás alcanzada en el espacio. Temo que hayan descubierto un nuevo método fundamental de propulsión; sólo espero que no tengan nuevas armas también. No tenemos más que tres horas antes que ellos estén aquí, suponiendo que no aceleren todavía su marcha. Pueden ustedes quedarse, pero por su propia seguridad les aconsejo que den la vuelta y se refugien como alma que lleva el diablo en el Observatorio. Si algo se inicia mientras estén ustedes todavía al descubierto, póngase a salvo lo antes posible. Métanse en una resquebrajadura del suelo, donde puedan encontrar abrigo, y no se muevan hasta que todo haya terminado. Y ahora adiós y buena suerte. Espero tener la oportunidad de vernos de nuevo una vez que esto haya terminado.

Siempre sujetando su misteriosa caja de madera, Steffanson desapareció por la compuerta de aire antes que ninguno de los otros dos pudiese articular una palabra. Ahora penetraban en la sombra de la gran cúpula y Jamieson iba dándole la vuelta en busca de una entrada. Finalmente reconoció el punto por donde Wheeler y él habían entrado y detuvo el tractor.

La puerta exterior de vehículo se cerró y el indicador anunció: «Compuerta lista». Vieron a Steffanson correr en dirección de la cúpula y con una sincronización perfecta una puerta circular se abrió para darle paso y volvió a cerrarse detrás de él.

El tractor estaba solo en la enorme sombra del edificio. En ninguna parte había el menor signo de vida, pero súbitamente toda la estructura metálica de la máquina comenzó a vibrar con una paulatina y creciente frecuencia. Los aparatos del cuadro de controles se agitaron alocados, las luces disminuyeron y después todo terminó. Todo volvió a la normalidad, pero un tremendo campo de energía se había desparramado desde la cúpula y seguía extendiéndose por el espacio. Dejó a los dos hombres con la aterradora impresión que las energías estaban esperando la señal de su liberación. Empezaron a comprender la importancia de la advertencia de Steffanson. Todo aquel paisaje desértico parecía estar a la expectativa.

El diminuto escarabajo que era el tractor avanzaba rápidamente por la llanura bombeada en busca de refugio en las distantes colinas. Pero, ¿podían estar ciertos de hallarse en seguridad incluso allí? Jamieson lo dudaba. Recordaba las armas que la ciencia había creado hacía más de doscientos años; hoy serían los simples fundamentos sobre los cuales el arte de la guerra edificaría. La silenciosa llanura que los rodeaba, ardiente ahora bajo el Sol de mediodía, podía en breve quedar abrasada por radiaciones muy superiores a él.

Avanzó protegido por la sombra del tractor en dirección a los baluartes de Platón que se destacaban sobre la línea del cielo como una fortaleza de gigantes. Pero la verdadera fortaleza estaba detrás de él, preparando sus desconocidas armas para la prueba que tenía que venir.

XVI

Jamás hubiera ocurrido si Jamieson hubiese pensado más en conducir y menos en política, si bien, dadas las circunstancias, hubiera sido difícil censurarlo. El suelo que se extendía delante de él parecía firme y nivelado, exactamente igual que los kilómetros que acababan de atravesar sin incidente.

Era nivelado, pero no más firme que el agua. Jamieson supo lo que pasaba en el momento en que el motor del tractor se puso en marcha y su nariz desapareció en una gran nube de polvo. Todo el vehículo avanzó hacia delante, empezó a girar alocadamente aquí y allá y perdió velocidad a pesar de todo lo que Jamieson pudiese hacer. Como una nave luchando contra un mar desmantelado, empezó a hundirse. Ante los ojos horrorizados de Wheeler parecían hundirse en las profundidades de unas nubes de espuma giratorias. En pocos segundos las luces que los rodeaban se desvanecieron.

Jamieson había parado el motor; en medio de un silencio roto sólo por el zumbido de los renovadores de aire iban hundiéndose bajo la superficie de la Luna.

Las luces del recinto se encendieron en cuanto Jamieson encontró el interruptor. Durante un momento los dos hombres estaban demasiado aturdidos para hacer otra cosa que permanecer sentados, mirándose desalentados uno a otro. Entonces Wheeler se acercó, no muy seguro de su paso, a la ventana de observación más próxima. No pudo ver absolutamente nada; una obscuridad como aquella no era concebible. A juzgar por la luz que se filtraba por el grueso cristal de cuarzo, hubiera podido estar herméticamente tapado por el otro lado por una cortina de terciopelo negro.

Súbitamente, con un suave pero distinto golpe, el tractor llegó al fondo.

—Gracias a Dios —dijo Jamieson jadeante—. No es muy profundo.

—¿De qué puede servirnos esto? —preguntó Wheeler, no atreviéndose ya a creer que pudiese quedar alguna esperanza. Había oído demasiados relatos horripilantes acerca de estos traidores agujeros de polvo y de los hombres y tractores que habían sido tragados por ellos.

Los pozos de polvo de la Luna son, afortunadamente, menos frecuentes de lo que podría creerse a juzgar por los relatos de algunos viajeros, porque pueden formarse solamente en condiciones verdaderamente especiales que ni aun ahora han sido plenamente explicadas. Para que se formase uno era necesario empezar por el agujero de un cráter en una calidad de roca determinada y entonces esperar algunos centenares de millones de años a que los cambios de temperatura entre noche y día pulverizasen lentamente las capas superficiales. Mientras este proceso de siglos tenía lugar, iba produciéndose una clase de polvo más y más fino, hasta que finalmente acababa flotando como un líquido acumulándose en el fondo del cráter. Bajo varios conceptos, por otra parte, es un líquido; es tan increíblemente tenue, que recogido en un cubo ondularía como un aceite sumamente fluido. Por la noche se podían observar corrientes circulatorias mientras las capas superiores bajaban y el polvo más caliente subía a la superficie. Este efecto hacia los pozos de polvo fácilmente localizables, puesto que los detectores de infrarrojo podían «ver» sus radiaciones de calor anormal a distancias de varios kilómetros. Sin embargo, durante el día el sistema es ineficaz debido al efecto de ocultación del sol.

—No hay que alarmarse —dijo Jamieson, pese a que no por esto parecía muy tranquilo—. Espero que podremos salir de ésta. Tiene que ser un pozo muy pequeño o habría tenido que ser localizado ya. Esta zona se considera enteramente explorada.

—Es lo suficientemente grande para habernos tragado.

—Sí, pero no olvidemos cómo es la cosa esta. Mientras podamos conservar los motores en marcha tenemos la probabilidad de salimos de ella; como un tanque submarino subiendo hacia la playa. Lo que me preocupa es que no sé si tenemos que tratar de avanzar o retroceder.

—Si avanzamos podemos hundirnos todavía más.

—No, necesariamente. Como he dicho, tiene que ser un pozo muy pequeño y nuestro impulso puede habernos hecho recorrer la mitad de su longitud. ¿Por qué lado te parece que se eleva el suelo ahora?

—Delante parece ser un poco más alto que detrás.

—Eso es lo que pensaba. Voy a avanzar..., podemos disponer de más fuerza, además.

Suavemente Jamieson puso la marcha más corta. El tractor se estremeció y protestó, avanzaron algunos centímetros y volvieron a detenerse.

—Esto es lo que temía —dijo Jamieson—. No puedo mantener una marcha seguida. Tendremos que avanzar a sacudidas. Recemos por el motor..., sin hablar de la transmisión...

Avanzaron lentamente con angustiosas sacudidas y Jamieson volvió a cortar el motor.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Wheeler inquieto—. Me parece que así no vamos a ninguna parte.

—No, pero nos calentamos demasiado. Este polvo es un aislante al calor casi perfecto. Tendremos que esperar un momento hasta que nos enfriemos.

Ninguno de los dos sentía ninguna tendencia a hablar mientras permanecían sentados en aquel recinto que podía muy bien llegar a ser su tumba. Parecía una ironía de la suerte tropezar con el accidente mientras corrían a su salvación.

—¿Oyes este ruido? —preguntó Jamieson súbitamente. Cerró la circulación de aire de manera que en el interior del vehículo reinó un silencio absoluto.

A través de las paredes llegaba a ellos el más tenue de los ruidos. Era como una especie de susurro áspero y Wheeler no llegaba a imaginar qué podía ser.

—El polvo empieza a subir. Es sumamente inestable y la menor cantidad de calor es suficiente para originar corrientes de convección. Supongo que arriba debemos estar produciendo un pequeño géiser; esto ayudará a cualquiera a encontrarnos si vienen en busca de nosotros.

Aquello era un consuelo, por lo menos. Tenían aire y comida para varios días, pues todos los tractores llevaban grandes reservas de urgencia, y el Observatorio conocía su posición aproximada. Pero antes de poco el Observatorio tendría ya sus propias preocupaciones y no podría ocuparse de ellos...

Jamieson puso el motor nuevamente en marcha y el pesado vehículo volvió a avanzar difícilmente por entre las secas arenas movedizas que los envolvían. Los transmisores de oruga chirriaban contra las rocas que tenían debajo y todo el tractor se estremecía y gruñía bajo la intolerable carga.

Transcurrió una hora antes que pudiesen estar seguros de ir hacia alguna parte. El suelo del tractor iba definitivamente inclinándose, pero no había manera de decir a qué profundidad de aquella superficie casi líquida estaban todavía sumergidos. De un momento a otro podían emerger a la bendita luz del día..., o podían tener todavía cien metros que atravesar a aquel paso de caracol.

Jamieson iba haciendo paradas más y más largas, lo cual podía contribuir a aminorar el esfuerzo del motor, pero no el de los pasajeros. Durante una de estas paradas Wheeler le preguntó directamente qué harían si no podían avanzar más adelante.

—Sólo tenemos dos posibilidades —respondió Jamieson—. Permanecer aquí y esperar a ser salvados, lo cual no es tan imposible como puede parecer, pues nuestras huellas indican claramente dónde estamos, o tomar la otra alternativa que es salir de aquí.

—¡Cómo! ¡Eso es imposible!

—Nada de esto. Conozco un caso en que se hizo. Viene a ser como salir de un submarino hundido.

—Es horrible pensar en nadar a través de esto o...

—Una vez, siendo chiquillo, fui atrapado en un remolino de nieve, de manera que sé más o menos lo que es. El gran peligro sería perder la orientación y empezar a describir círculos hasta quedar agotados. Esperemos a que no tendremos que probar la experiencia.

«Hacía mucho tiempo, pensó Wheeler, que no había oído una frase más disimuladamente pesimista que ésta.»

El vehículo emergió por encima del nivel del polvo cosa de una hora después y jamás dos hombres saludaron la luz del sol con mayor alegría. Pero no estaban todavía en seguridad: si bien el tractor podía ganar una mayor velocidad a medida que la resistencia disminuía, podían haber todavía huecos ignorados en su camino.

Wheeler miraba con una especie de fascinada repulsión aquella substancia que dejaban atrás a medida que iban avanzando en el tractor. Algunas veces era casi imposible creer que no se iban abriendo el paso a través de un líquido y sólo la lentitud con la cual avanzaban destruía la ilusión. Se preguntó si valía la pena proponer que en el futuro las orugas harían bien en adoptar una forma más aerodinámica para mejorar sus

posibilidades de salvación en un caso como éste. ¿Quién hubiera jamás soñado, allá en la Tierra, qué cosas así podían ocurrir?

Finalmente el tractor subió a la seguridad de la tierra seca, que, después de todo, no era más seca que el horrendo pozo del cual acababan de escapar. Jamieson, casi extenuado por el esfuerzo, cayó de bruces contra el cuadro de controles. La reacción había dejado a Wheeler extenuado y débil, pero estaba demasiado contento de verse fuera de peligro para preocuparse.

En su alegría de ver nuevamente la luz del sol, había olvidado que hacía ya tres horas que habían salido de Proyecto Thor y habían cubierto menos de veinte kilómetros.

Aun así, los habían recorrido. Pero acababan de emprender nuevamente la marcha y estaban subiendo un pequeño cerro cuando se oyó un chirrido metálico y el tractor se inclinó para describir un círculo. Jamieson cortó el motor instantáneamente y se detuvieron atravesados a su dirección de avance.

—Y esto —dijo Jamieson suavemente—, es más definitivo, pero no creo que tengamos derecho a quejarnos. Si la transmisión de estribor hubiese fallado mientras estábamos todavía en el hoyo de polvo... —No terminó su frase, pero se volvió hacia la ventana de observación que daba a su antigua pista. Wheeler siguió su mirada.

La cúpula de Proyecto Thor era todavía visible en el horizonte. Quizá habían agotado ya su suerte hasta el máximo, pero hubiera sido agradable poder situar la protectora curva de la Luna entre ellos y las desconocidas tormentas que allí se estaban formando.

XVII

Aún hoy, poco ha sido revelado sobre las armas usadas en la batalla de Pico. Es sabido que los proyectiles tomaron una parte pequeña en la lucha; en la guerra espacial, todo lo que no sea el golpe directo es casi inútil, puesto que no hay nada que pueda transmitir la energía de una onda de choque. Una bomba atómica estallando a unos centenares de metros de distancia, puede no causar ningún daño explosivo, e incluso su radiación puede causar poco perjuicio a las estructuras bien protegidas. Más aún, tanto Tierra como la Federación tenían los medios efectivos de evitar los proyectiles ordinarios.

Las armas puramente inmateriales desempeñaron los papeles más efectivos. Las más sencillas de éstas eran los rayos de ion producidos directamente por los dispositivos de dirección de las naves espaciales. Desde la invención de los primeros tubos de radio, hace cerca de trescientos años, el hombre había aprendido a producir y dirigir corrientes

incluso más concentradas de partículas cargadas. La cúspide había sido alcanzada en la propulsión de las naves espaciales con el llamado «cohete de ion», generando su impulso con la emisión de intensos haces de partículas eléctricamente cargadas. La eficacia mortífera de estos haces habían causado muchos accidentes en el espacio, incluso a pesar que eran deliberadamente desenfocados a fin de limitar su radio de acción.

Había, desde luego, una respuesta obvia a estas armas. Los campos eléctricos y magnéticos que los producían podían ser utilizados también para su dispersión, convirtiéndolos, de haces aniquiladores, en inofensiva y diseminada pulverización.

Más efectivas, pero más difíciles de construir, eran las armas que usaban la radiación pura. Y sin embargo, incluso en esto, Tierra y la Federación habían triunfado. Faltaba saber quién había hecho el mejor trabajo: si la ciencia superior de la Federación o la mayor capacidad productiva de la Tierra.

El Comodoro Brennan se daba perfecta cuenta de todos estos factores, mientras su pequeña flota convergía hacia la Luna. Como todos los Comandantes, entraba en acción con recursos inferiores a los que hubiera deseado. En realidad, hubiera preferido no entrar en absoluto en acción.

La nave de línea transformada «Eridanus» y la mercante de mayores dimensiones reconstruida «Lethe» —anteriormente inscritas en los registros del Lloyd como «Morning Star» y «Rigel»— serían dirigidas ahora por entre Tierra y Luna siguiendo sus minuciosamente proyectados rumbos. Ignoraba si podían contar todavía con el elemento de la sorpresa. Aunque hubiesen sido descubiertos, Tierra podía ignorar aún la existencia de la mayor nave «Acheron». Brennan se preguntaba quién había sido el romántico aficionado a la Mitología que había elegido aquellos nombres; probablemente debió ser el Comisario Churchill, que tenía la manía de emular a su famoso antepasado en todos los terrenos que podía. Pero no eran inadecuados. Los ríos de la Muerte y el Olvido..., si esto era lo que podían aportar a los hombres antes que un nuevo día hubiese transcurrido...

El teniente Curtis, uno de los pocos hombres que había pasado la mayor parte de su vida de trabajo en el espacio, levantó la vista de la mesa de comunicaciones.

—Acabo de recibir un mensaje de la Luna, señor. Dirigido a nosotros.

Brennan quedó profundamente impresionado. Si habían sido descubiertos no era posible que sus adversarios los tratasen con tanto desprecio que llegasen a demostrarlo claramente. Miró rápidamente a la señal y lanzó un suspiro de alivio.

«OBSERVATORIO A FEDERACIÓN. QUIERO RECORDARLES IRREEMPLAZABLE EXISTENCIA INSTRUMENTOS PLATÓN. PERSONAL COMPLETO OBSERVATORIO SIGUE AQUÍ. MACLAURIN, DIRECTOR.»

—No me asuste de este modo, Curtis —dijo el Comodoro—. Creí que iba dirigido directamente a mí. Me horroriza pensar que pudiesen descubrirnos a esta distancia.

—Perdone, señor. No es más que una radiación general. Siguen mandándolo por la onda larga del Observatorio.

Brennan tendió el papel al controlador de sus operaciones, el capitán Merton.

—¿Qué saca usted en limpio de esto? ¿Ha trabajado usted aquí, no?

Merton leyó el mensaje y sonrió.

—Es propio de Maclaurin. Los instrumentos primero, el personal después. No me inquieta mucho. Haría todo lo posible por fallar. Cien kilómetros no es un mal margen de seguridad, si uno lo piensa bien. Como no sea un golpe directo al azar no tienen por qué preocuparse. Están bastante bien hundidos, ¿sabe usted?

La implacable aguja del cronómetro iba desgranando implacablemente los últimos minutos. Confiando siempre en que su nave, envuelta en su capullo de noche no había sido todavía descubierta, el Comodoro Brennan observaba las tres chispas de su flota seguir los rumbos fijados en la esfera de observación. Aquel destino, el de tener en sus manos la suerte de algunos mundos, no era el que se había imaginado que pudiera ser el suyo.

Pero no estaba pensando en la energía que dormía en los bancos de reacción esperando sus órdenes. No pensaba en el lugar que ocuparía en la historia cuando los hombres mirasen hacia atrás buscando este día. Sólo conseguía preguntarse, como todos los que han afrontado una batalla por primera vez, qué habría sido de él mañana a esta misma hora.

A menos de un millón de kilómetros de allí, Carl Steffanson, sentado a su mesa de control, observaba la imagen del Sol, captada por una de las varias cámaras que eran los ojos de Proyecto Thor. El grupo de fatigados técnicos que estaban de pie a su alrededor había casi terminado los preparativos antes de su llegada: ahora los dispositivos de discriminación que tan precipitadamente había traído de la Tierra habían sido conectados al circuito.

Steffanson hizo girar un mando y el Sol desapareció. Pasó de la posición de una cámara a otra, pero todos los ojos de la fortaleza permanecieron igualmente ciegos. La ocultación era completa.

Demasiado cansado para expresar su satisfacción se echó atrás en su asiento y señaló con un gesto los controles.

—Ahora es asunto de ustedes. Instalen de manera de dejar pasar suficiente luz para la visión, pero que la rechacen totalmente a partir de los rayos ultravioleta. Estamos seguros que ninguno de sus haces lleva una energía superior efectiva a mil Angstroms. Quedarán muy sorprendidos cuando todos sus envíos reboten y regresen. Lo único que quisiera sería poder devolverlos tal como vienen.

—Me pregunto qué aspecto debemos tener desde fuera cuando la pantalla está conectada —dijo uno de los ingenieros.

—Como en un espejo de reflejo perfecto, mientras siga reflejando estamos a salvo de las radiaciones puras. Esto es todo lo que puedo prometerles.

Steffanson miró su reloj.

—Si Información está en lo justo, nos quedan todavía veinte minutos. Pero no cuento con ellos.

—Maclaurin por lo menos sabe dónde estamos —dijo Jamieson cortando la radio—. Pero no puedo censurarle que no mande a nadie a buscarnos.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—Comer algo —respondió Jamieson—. Me parece que nos lo hemos ganado y podemos tener una larga caminata que nos espera.

Wheeler miró nerviosamente hacia la llanura en la cual se percibía todavía distante pero claramente la cúpula de Proyecto Thor. Entonces se quedó con la boca abierta, y transcurrieron algunos segundos antes de poder dar crédito a sus ojos.

—¡Oye! —gritó—. ¡Ven, y mira esto!

Jamieson se apresuró a reunirse con él y ambos se quedaron mirando hacia el horizonte. El hemisferio de la cúpula parcialmente ensombrecido había cambiado totalmente de aspecto. En lugar del tenue creciente de luz mostraba ahora una sola estrella deslumbrante, como si la imagen del sol se reflejase en la superficie de un espejo perfectamente esférica.

El telescopio confirmó esta impresión. La cúpula no era ya visible; su lugar parecía haber sido ocupado por aquella fantástica aparición plateada. A Wheeler le parecía exactamente una gran bola de mercurio instalada en la línea del cielo.

—Me gustaría saber cómo han hecho esto —fue el excitado comentario de Jamieson—. Es algún efecto de interferencia, supongo. Debe formar parte de su sistema de defensa.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Wheeler intranquilo—. No me gusta el aspecto de todo esto. Aquí me siento terriblemente expuesto.

Jamieson había empezado a abrir armarios y sacar provisiones. Lanzó algunas pastillas de chocolate y paquetes de carne comprimida a Wheeler.

—Empieza mascando algo de esto —dijo—, no hay tiempo para hacer una comida decente ahora. Será mejor que tomes una copa, en su lugar, si tienes sed. Pero no bebas demasiado, vas a tener que estar metido en este traje algunas horas y no es el modelo de lujo.

Wheeler estaba haciendo algunos cálculos aritméticos mentales. Debían estar todavía a unos ochenta kilómetros de la base, con todo el baluarte de Platón y el Observatorio entre ellos. Sí, sería una largo trayecto..., y quizá después de todo estaban más seguros allí. El tractor, que de tanta utilidad les había ya sido, podría protegerlos contra muchas perturbaciones.

Jamieson reflexionó sobre la idea, pero la rechazó:

—Recuerda lo que dijo Steffanson —le recordó a Wheeler—. Nos dijo que nos ocultásemos bajo tierra lo antes posible. Y tenemos que suponer que sabía de qué estaba hablando.

A unos cincuenta metros del tractor encontraron una hendidura en una pendiente alejada de la fortaleza. Era suficientemente profunda para asomarse fuera cuando estaban de pie y bastante llana para poder echarse. Como trinchera de refugio hubiera podido ser casi hecha a medida y Jamieson se sintió muy tranquilizado una vez que la hubo descubierto.

—Lo único que me preocupa ahora es cuánto tiempo tendremos que esperar —dijo—. Todavía es posible que no ocurra nada. Por otra parte, si echamos a andar podemos ser tomados al descubierto.

Después de un rato de discusión tomaron una decisión intermedia. Conservarían sus trajes, pero irían a sentarse al tractor donde, por lo menos, estarían cómodos. Necesitarían sólo unos segundos para refugiarse en la trinchera.

No hubo advertencia de ninguna clase. Súbitamente, las polvorientas rocas grises del Mar de las Lluvias se vieron abrasadas por una luz que no habían conocido jamás en su historia. La primera impresión de Wheeler fue que alguien había enfocado un gigantesco reflector sobre el tractor; después se dio cuenta que aquella explosión capaz de eclipsar el sol se había producido a muchos kilómetros de allí. Muy alta sobre el horizonte había

una bola de llamas violeta, perfectamente esférica, que perdía rápidamente su brillantez a medida que se ensanchaba. En pocos segundos se convertía en una gran nube de gas luminoso. Iba descendiendo hacia el borde de la Luna y casi en el mismo instante se hundió detrás del horizonte como un fantástico sol.

—Estamos locos —dijo Jamieson gravemente—. Eso fue una explosión atómica. En estos momentos podríamos estar muertos.

—Absurdo —respondió Wheeler, si bien no con mucha confianza—. Ha sido a cincuenta kilómetros. Los rayos gamma serían ya muy débiles cuando nos hubieran alcanzado, y estas paredes no son mala protección.

Jamieson no contestó; se dirigía ya hacia la compuerta de aire. Wheeler se levantó para seguirlo, pero en aquel momento recordó que había un detector de radiaciones a bordo y fue a buscarlo. ¿Había algo más que pudiese serle útil, puesto que estaba allí? Con un súbito impulso arrancó la barra de la cortina que ocultaba el lavabo y el espejo de la pared, sobre la palangana.

Cuando se reunió con Jamieson, que le estaba esperando impaciente en la compuerta, le tendió el detector, pero no se tomó la molestia de explicarle el resto de su equipo. Sólo una vez que estuvieron instalados en su trinchera, a la que llegaron sin incidentes, explicó claramente su propósito.

—Si hay algo en el mundo que detesto —dijo enfáticamente—, es no ver lo que ocurre. —Y empezó a fijar el espejo a la barra de la cortina con unos alambres que sacó de una bolsa de su traje. Al cabo de un par de minutos de trabajo, estuvo en condiciones de elevar un periscopio por encima del borde de su trinchera.

—Veo perfectamente la cúpula —dijo—. No está cambiada en absoluto por lo que veo.

—Tiene que estarlo —respondió Jamieson—. Deben haber conseguido hacer estallar esa bomba mientras estaba a muchas millas de distancia.

—Quizá era sólo un disparo de advertencia.

—¡No es probable! Nadie malgasta plutonio para una exhibición de fuegos artificiales. Iban al grano. No sé qué va a pasar ahora.

Durante cinco minutos no ocurrió nada. Después, casi simultáneamente, tres nuevos soles atómicos deslumbrantes estallaron en el cielo. Todos ellos avanzaban siguiendo trayectorias que los llevaban hacia la cúpula, pero mucho antes de alcanzarla se desvanecían en tenues nubes de vapor.

—Los asaltos primero y segundo son de Tierra —murmuró Wheeler—. ¿De dónde deben venir estos proyectiles?

—Si uno de ellos estalla sobre nuestras cabezas estamos listos —dijo Jamieson—. No olvides que aquí no hay atmósfera para absorber los rayos gamma.

—¿Qué dice el computador métrico?

—No gran cosa, por ahora; pero me preocupa la primera explosión, cuando estábamos todavía en el tractor.

Wheeler estaba demasiado ocupado escrutando el cielo para responder. En algún sitio, entre las estrellas, que podía ver ahora que estaba fuera del resplandor directo del sol, tenían que estar las naves de la Federación preparándose para el nuevo ataque. No era probable que las naves fuesen visibles, pero podía ver sus armas en acción.

De algún lugar situado detrás de Pico seis círculos de llamas se lanzaron al espacio a una enorme aceleración. La cúpula lanzaba sus primeros proyectiles directos a la cara del sol. El «Lethe» y el «Eridanus» usaban un truco viejo como el arte mismo de la guerra; avanzaban partiendo de una dirección contra la cual sus enemigos quedarían cegados. Incluso el radar podía ser afectado por el fondo de la interferencia solar, y el Comodoro Brennan había previsto dos grandes reflectores como auxiliares.

En pocos segundos los cohetes estuvieron perdidos en el resplandor. Los minutos parecían transcurrir; después la luz del sol pareció multiplicarse cien veces en intensidad. Los habitantes de Tierra, pensó Wheeler mientras estaba ajustando los filtros de su visor, gozarían de un maravilloso espectáculo aquella noche. Y la atmósfera que es una cosa tan enojosa para los astrónomos, los protegería contra cualquier cosa que aquellos artefactos de guerra pudiesen radiar.

No había manera de decir si los proyectiles habían alcanzado su objetivo. Aquella enorme e insonora explosión podía haberse disipado inofensiva por el espacio. Podía no ver nunca las naves de la Federación que debían ir seguramente pintadas de negro, como la noche, a fin de hacerlas invisibles.

Entonces se dio cuenta que a la cúpula le había ocurrido algo. No era ya aquel espejo esférico y reluciente que reflejaba únicamente la imagen del sol. La luz se extendía en todas direcciones y su brillantez iba aumentando segundo por segundo. Desde algún punto lejano del espacio se iba vertiendo energía sobre la fortaleza. Aquello sólo podía significar que las naves de la Federación flotaban bajo las estrellas, radiando incontables millones de kilovatios sobre la Luna. Pero no había el menor indicio de ellas, porque nada podía delatar el curso del río de energía corriendo invisiblemente a través del espacio.

La cúpula era ya demasiado brillante para poder fijar en ella la vista directamente y Wheeler reajustó sus filtros. Se preguntaba cuándo iniciaría la respuesta del ataque, o mejor dicho, si podía hacerlo mientras estaba bajo los efectos del bombardeo. Entonces

vio que el hemisferio estaba rodeado de una vacilante corona y casi en el mismo instante la voz de Jamieson resonó en sus oídos.

—¡Mira, Conrad..., hacia arriba!

Apartó la vista del espejo y miró hacia el cielo directamente. Por primera vez vio una de las naves de la Federación. Si bien no sabía que estaba viendo la «Acheron», la única nave espacial jamás construida para la guerra, era claramente visible y parecía extraordinariamente cerca. Entre ellas y la fortaleza, como una impalpable pantalla protectora, relucía un disco de luz que a su vista pasaba del rojo cerezo al azul blanco y después, al mortífero y abrasador violeta, sólo visible en lo más ardiente de las estrellas. La pantalla oscilaba adelante y atrás dando la impresión de ser balanceada por dos opuestas y tremendas energías. Mientras Wheeler estaba mirando, desdeñoso del peligro, vio que toda la nave iba rodeada de un halo de luz, que adquiría la incandescencia sólo cuando las armas de la fortaleza se lanzaban contra ella.

Transcurrió algún tiempo antes que se diese cuenta que había otras dos naves en el cielo, cada una de ellas protegida por su propia aureola de llamas. Ahora la batalla empezaba a adquirir forma; cada bando había cautelosamente medido sus defensas y sus armas, y sólo entonces empezaba la verdadera prueba de fuerza.

Los dos astrónomos miraban asombrados las móviles bolas de fuego de las naves. Aquello era algo completamente nuevo, algo mucho más importante que cualquier simple arma. Aquellas naves poseían unos medios de propulsión que debían hacer los cohetes anticuados. Podían permanecer inmóviles a voluntad y avanzar en cualquier dirección altamente aceleradas. Aquella movilidad les era necesaria; la fortaleza, con todo su equipo fijo, las dominaba de mucho, y gran parte de su defensa estribaba en su velocidad.

En medio de un silencio profundo la batalla iba alcanzando su apogeo. Hacía millones de años que la roca fundida se había helado para formar el Mar de las Lluvias y ahora las armas de las naves estaban convirtiéndola de nuevo en lava. Fuera de la fortaleza, nubes de incandescente vapor eran arrojadas al cielo mientras los rayos de los atacantes agotaban sus energías contra las rocas sin protección. Era imposible decir cuál de los dos bandos se infligía mayores daños. De vez en cuando una de las pantallas protectoras se incendiaba cuando un destello de calor pasaba el acero al rojo blanco. Cuando esto le ocurría a una de las naves, ésta avanzaba con una increíble aceleración y transcurrían varios segundos antes que los dispositivos de enfoque del fuerte las hubiese localizado de nuevo.

Tanto Jamieson como Wheeler estaban sorprendidos del hecho que la batalla se librase a tan corta distancia. No debía haber más allá de cien kilómetros entre los

antagonistas y generalmente había mucho más. Mientras uno luchaba con armas que viajaban a la velocidad de la luz, es decir, con la luz misma, estas distancias eran insignificantes.

La explicación del fenómeno no se les ocurrió hasta el final de la lucha. Todas las armas de radiación tenían un límite; tenían que obedecer a la ley de los cuadrados inversos. Sólo los explosivos eran igualmente efectivos desde cualquier distancia que hubiesen sido proyectados; si uno es alcanzado por una bomba atómica es igual que haya recorrido diez kilómetros o mil.

Pero doblen la distancia de cualquier arma de radiación y se divide la energía debido a la extensión de su rayo. No es de extrañar, por lo tanto, que el comandante de las fuerzas federales se acercase a su objetivo cuanto osase.

El fuerte, careciendo de movilidad, tenía que aceptar cualquier castigo que las naves quisieran imponerle. Cuando la batalla llevaba ya algunos minutos de duración fue imposible mirar hacia el sur sin protección en la vista. Las nubes de vapor de roca iban elevándose hacia el cielo, volviendo a caer en forma de lluvia luminosa. Y en un momento dado, mientras miraba a través de sus lentes obscuros y manejaba el rudimentario periscopio, Wheeler vio algo que le era difícil de creer. Alrededor de la base de la fortaleza había un círculo de lava que se iba extendiendo fundiendo sus bordes, e incluso los pequeños montículos, como pedazos de cera.

Esta aterradora visión le infundió, como nada lo había conseguido hasta ahora, la idea del espantoso poderío de las armas que se estaban esgrimiendo sólo a pocos kilómetros de allí; que el menor desperdicio de radiación los alcanzase donde estaban y serían borrados de la existencia como polillas, en una llama ocihídrica.

Las tres naves parecían avanzar siguiendo un plan táctico determinado, a fin de mantener el máximo bombardeo del fuerte reduciendo al mismo tiempo sus oportunidades de contestar. Varias veces una de las naves pasó verticalmente sobre ellos y Wheeler se retiró cuanto pudo en la profundidad de la caverna para el caso que la radiación lanzada por las pantallas fuese arrojada sobre ellos. Jamieson que había renunciado ya a convencer a su colega para que corriese menos riesgos, se había arrastrado ahora por la grieta a alguna distancia buscando un lugar más profundo, preferible bajo el punto de vista de seguridad. No estaba sin embargo suficientemente alejado para entorpecer el funcionamiento de las radios de los trajes y Wheeler seguía dándole cuenta detallada de la batalla.

Era difícil creer que toda aquella lucha no había durado siquiera diez minutos. Mientras Wheeler observaba cautelosamente el infierno en que se había convertido el sur, se dio

cuenta que el hemisferio había perdido algo de su simetría. Al principio pensó que uno de los generadores podía haber fallado, haciendo por lo tanto imposible el mantenimiento del campo protector. Entonces vio que el lago de lava tenía por lo menos un kilómetro de anchura y dedujo que todo el fuerte se había fundido hasta sus fundaciones. Probablemente los defensores no se habían dado siquiera cuenta de ello. Su aislamiento debía tener en cuenta los calores solares y difícilmente podía notar el suave calor de la roca fundida.

Y entonces empezó a ocurrir una cosa muy extraña. Los rayos con los cuales se estaba librando la batalla no eran ya completamente invisibles, porque la fortaleza no estaba ya en el vacío. A su alrededor la hirviente roca desprendía enormes volúmenes de gas a través del cual los senderos de los rayos eran tan claramente visibles como los reflectores en una noche nebulosa de Tierra. Al mismo tiempo Wheeler empezó a darse cuenta de un continuo levantamiento de diminutas partículas alrededor de él. Durante algún tiempo quedó intrigado; después se dio cuenta que el vapor de roca iba condensándose una vez había sido lanzado al aire por la explosión. Le parecía demasiado ligero para ser peligroso y no le dijo nada a Jamieson; no haría más que darle una nueva preocupación. Mientras la caída de polvo no fuese demasiado gruesa, el aislamiento normal de los trajes podía hacerle frente. En todo caso, en el momento en que saliesen a la superficie, haría probablemente bastante frío.

La tenue y temporal atmósfera que rodeaba la cúpula producía otro efecto inesperado. Destellos de relámpagos se producían periódicamente entre cielo y tierra liberando las enormes cargas estáticas que debían estar acumulándose alrededor del fuerte. Algunas de estas llamaradas debían ser espectaculares en sí mismas, pero eran apenas visibles a través de las nubes incandescentes que las generaban.

Por muy acostumbrado que estuviese al eterno silencio de la Luna, Wheeler experimentaba una sensación de irrealidad ante aquellas fuerzas que luchaban sin producir el más mínimo ruido. Algunas veces llegaba a él una tenue vibración, quizá la producida por la lava cayendo sobre la roca. Pero la mayor parte del tiempo tenía la sensación de estar asistiendo a un programa de televisión cuando el sonido ha fallado.

Más tarde le fue casi imposible creer que había cometido la locura de exponerse a aquellos riesgos que estaba corriendo ahora. De momento no sintió miedo; sólo una inmensa curiosidad y excitación. Se había dejado ganar, pese a que no se daba cuenta de ello, por el mortal hechizo de la guerra. Hay en los hombres un ímpetu que, cualquier cosa que pueda decir la razón, hacer latir más aprisa sus corazones cuando ven ondear los colores u oyen la vieja música de los tambores.

Cosa curiosa, Wheeler no se sentía en lo más mínimo identificado con ninguno de los dos partidos. En su agotado estado de espíritu actual le parecía que todo aquello era un vasto espectáculo preparado para que pudiese gozar intensamente de él. Sentía algo que se aproximaba al desprecio por Jamieson que lo estaba perdiendo todo en honor a la seguridad.

Quizá el fondo de la verdad era que, habiendo escapado recientemente a un peligro, Wheeler se encontraba en aquel estado de exaltación, cercano de la embriaguez, en el cual la idea del peligro personal parece absurdo. Había conseguido salir del pozo de polvo..., nada podía causarle ningún daño ya.

Jamieson no tenía este consuelo. Veía poco de la batalla, pero sentía su grandeza y terror con mucho más fuerza que su amigo. Era ya tarde para arrepentirse de nada, pero una y otra vez luchaba con su conciencia. Sentía odio contra su destino que lo había colocado en tal situación, que sus actos podían decidir el destino de los mundos. Sentía odio, en igual medida, contra Tierra y la Federación por haber permitido que las cosas llegasen hasta allí. Y sentía también una congoja en el corazón ante la idea del futuro hacia el cual la raza humana podía ahora estar encaminándose.

Wheeler no supo nunca por qué la fortaleza esperó tanto tiempo antes de usar su principal arma. Quizá Steffanson —o quien estuviese de guardia— esperaba que el ataque aflojase a fin de poder arriesgarse a disminuir las defensas de la cúpula, el milisegundo que necesitaba para disparar su estilete.

Wheeler lo vio lanzarse hacia arriba, sólida barra de luz apuñalando las estrellas. Recordó los rumores que habían corrido por el Observatorio; de modo que *aquello* era lo que había sido visto reluciendo por encima de las montañas. No tuvo tiempo de reflexionar sobre la impresionante violación de las leyes de la óptica que el fenómeno implicaba, porque estaba contemplando la nave destrozada sobre su cabeza. El rayo había pasado a través del «Lethe» como si no existiese; la fortaleza lo había ensartado como un entomólogo atraviesa una mariposa con un alfiler.

Cualquiera que fuese la lealtad de cada cual, era algo terrible ver cómo las pantallas de aquella gran nave se desvanecían súbitamente mientras sus generadores se extinguían dejándola abandonada e indefensa en el cielo. Las armas secundarias del fuerte la atacaron instantáneamente, arrancándole grandes fragmentos de metal y fundiendo sus defensas trozo por trozo. Entonces, lentamente, comenzó a dirigirse hacia la Luna siempre sobre una quilla nivelada. Nadie sabría nunca qué la había detenido; probablemente un corto circuito en sus controles ya que nadie de la tripulación podía subsistir con vida. Súbitamente emprendió la ruta siguiendo una larga y baja trayectoria. En

aquel momento la mayor parte de su casco se había fundido ya y el esqueleto y estructura era casi completamente visible. El choque se produjo, minutos después, mientras desaparecía de la vista detrás de los Montes Tenerife. Una aurora blanco-azulada relució durante un momento detrás del horizonte y Wheeler esperó a que el estremecimiento llegase a él.

Y entonces, mientras miraba hacia el este, vio una línea de polvo elevarse en la llanura, avanzando hacia él como empujada por un fuerte viento. El choque iba corriendo sobre la roca levantando el polvo de la superficie hacia el cielo al pasar. La rápida e inexorable aproximación de aquel silencioso muro movedizo avanzando a la velocidad de varios kilómetros por segundo era suficiente para causar el pavor a cualquiera que no conociese su causa. Pero era completamente inofensivo; cuando la gran oleada pasó por donde él estaba, fue como si se hubiese producido un ligero movimiento sísmico. El velo de polvo se redujo visiblemente a cero en pocos segundos, después se desvaneció como había venido.

Cuando Wheeler buscó de nuevo con la mirada, las restantes naves estaban tan lejos que sus pantallas de protección se habían reducido a pequeñas bolas de fuego destacándose sobre el cenit. Al principio creyó que se retiraban, después, súbitamente, las pantallas comenzaron a extenderse mientras se lanzaban nuevamente al ataque bajo una aterradora aceleración vertical. Como una torturada criatura viviente se lanzaba alocadamente contra la fortaleza de lava a través del cielo mientras los rayos penetraban en ella.

El «Acheron» y el «Eridanus» salieron de su zambullida un kilómetro encima del fuerte. Por un instante permanecieron inmóviles; después se lanzaron de nuevo juntas hacia el cielo. Pero el «Eridanus» había sido mortalmente herido, si bien Wheeler sólo sabía que una de las pantallas vibraba mucho más despacio que la otra. Con una sensación fascinada de abandono veía la herida nave dirigirse de nuevo hacia la Luna. Se preguntó si el fuerte usaría su enigmática arma de nuevo o si los defensores lo juzgarían desde ahora ya innecesario.

A unos diez kilómetros de altura las pantallas del «Eridanus» parecieron estallar y quedó colgando indefensa; burdo torpedo de negro metal, casi invisible contra el cielo. Instantáneamente su pintura absorbente de la luz y la armadura que tenía debajo fueron destrozados por los rayos de la fortaleza. La gran nave se puso de un rojo vivo, después, blanca. Se volvió de forma que su proa señalase la Luna e inició su último picado. Al principio a Wheeler le pareció que se dirigía directamente hacia él; después vio que visaba el fuerte. Obedecía la última orden de su capitán.

Fue un impacto casi directo. La agonizante nave se estrelló en el lago de lava e hizo instantáneamente explosión absorbiendo a la fortaleza en su explosivo hemisferio de llamas. Aquello, pensó Wheeler, tenía seguramente que ser el fin. Esperó a que la oleada llegase hasta él y de nuevo observó el muro de polvo avanzar, esta vez hacia el norte. La colisión fue tan violenta que lo levantó en el aire y no dudó que nadie del fuerte pudiese sobrevivir. Cautelosamente bajó el espejo que le había procurado casi toda la visión de la batalla y se asomó por el borde de la trinchera. Ignoraba qué paroxismo final podía todavía producirse.

Increíblemente, la cúpula seguía allí, si bien al parecer una parte de ella había sido arrancada. Estaba inerte y sin vida; sus pantallas estaban rotas, sus energías agotadas, su guarnición, con toda seguridad, muerta. Si era así, habían cumplido con su deber. De la restante nave federal no había rastro. Se estaba retirando ya hacia Marte, su principal armamento completamente inutilizado, sus dispositivos de propulsión a punto de fallar. No lucharía nunca más; sin embargo, durante las pocas horas de vida que le quedaban, tenía un papel más que desempeñar.

—¡Todo ha terminado, Sid! —gritó Wheeler por su radio interior—. Podemos avanzar ya sin peligro para ir a ver...

Jamieson salió de la resquebrajadura a cincuenta metros de allí, sosteniendo un detector de radiaciones delante de él.

—Hay todavía mucho calor por aquí —le oyó Wheeler refunfuñar, medio para sí mismo—. Cuanto antes nos marchemos mejor.

—¿No sería mejor volver hasta el tractor y enviar un radio...? —comenzó Wheeler. Pero se detuvo. Algo estaba ocurriendo en la cúpula.

Con una explosión como de un volcán en actividad la tierra se abrió. Un enorme géiser comenzó a elevarse en el cielo lanzando grandes rocas a miles de metros hacia las estrellas. Se elevaban rápidamente por encima de la llanura elevando masas de humo y espuma por delante. Durante un momento se elevó hacia el cielo del sur, como un increíble árbol que aspirase al cielo y que hubiese crecido del árido suelo de la Luna. Después, casi tan rápidamente como había crecido, se desplomó como una ruina silenciosa y sus rencorosos vapores se dispersaron por el espacio.

Los miles de toneladas de pesado líquido que yacían en el mayor recipiente que jamás el hombre había horadado habían finalmente llegado a su punto de ebullición mientras las energías de la batalla penetraban en la roca. La mina había hecho explosión en forma tan espectacular como cualquier pozo de petróleo de Tierra y demostró que sin la ayuda de la energía atómica puede todavía producirse una excelente explosión.

XVIII

Para el Observatorio la batalla no fue más que un lejano y débil terremoto, una tenue vibración del suelo que perturbó alguno de los instrumentos más delicados, pero no causó daño material alguno. El daño psicológico, sin embargo, era otro asunto. No hay nada tan desmoralizador como saber que se están produciendo acontecimientos de suma gravedad, e ignorar totalmente cuáles pueden ser los resultados. El Observatorio estaba saturado de inquietantes rumores, el Departamento de señales asediado a preguntas. Pero ni aun allí había informaciones. Toda radiación de Tierra había cesado; toda la humanidad estaba esperando, aguantando el aliento, que la furia de la lucha terminase para saber quién había sido el vencedor. Que no tuviese que haber vencedor era una cosa que no había sido prevista.

Sólo mucho después que las últimas vibraciones hubiesen cesado y la radio anunció que las fuerzas de la Federación estaban en plena retirada, Maclaurin permitió que alguien subiese a la superficie. Las informaciones que bajaron, después de la tensión y nerviosidad de aquellas últimas horas, fueron no solamente un alivio, sino una completa tranquilidad. Había aún un cierto aumento de radiactividad por el ambiente pero ni el menor signo de daño. Lo que pudiese haber ocurrido en la otra vertiente de la montaña era, desde luego, un asunto muy diferente.

La noticia del hecho que Wheeler y Jamieson estaban sanos y salvos dio un enorme empuje a la moral de todos. Debido a una interrupción parcial de las comunicaciones se había necesitado casi una hora para establecer contacto con Tierra y de allí conectar con el Observatorio. La demora había causado furia y preocupación, porque los había dejado a todos preguntándose si el Observatorio había sido destruido. No se atrevían a ponerse de pie hasta estar seguros de tener algún sitio donde ir y el tractor era ahora demasiado radiactivo para ser un refugio seguro.

Sadler estaba en Comunicaciones tratando de averiguar lo que ocurría cuando llegó el mensaje. Jamieson, al parecer muy cansado, daba una breve información de lo ocurrido y pedía instrucciones.

—¿Cuál es el grado de radiactividad en el interior del vehículo? —preguntó Maclaurin.

Jamieson le dio las cifras; a Sadler seguía pareciéndole extraño que el mensaje tuviese que hacer el recorrido hasta Tierra sólo para recorrer unos cuantos kilómetros en la Luna y le era imposible acostumbrarse a los tres segundos de demora que esto implicaba.

—Voy a decir a Sanidad que calculen las cifras de tolerancia —respondió Maclaurin—. ¿Dice usted que hay sólo una cuarta parte de esta cifra en el exterior?

—Sí, hemos estado fuera del tractor todo lo posible y he entrado en él cada diez minutos para tratar de ponerme en contacto con usted.

—El mejor plan es éste; les enviamos un oruga en seguida y ustedes empiezan a emprender el camino hacia nosotros. ¿Tiene usted interés en algún lugar de cita determinado?

Jamieson reflexionó un momento.

—Dígale al chofer que vaya a la marca del kilómetro cinco de esta parte de Prospect; nosotros llegaremos aproximadamente al mismo tiempo que él. Mantendremos nuestras radios del traje de manera que no pueda perdernos.

Mientras Maclaurin daba órdenes, Sadler preguntó si había sitio para un pasajero más en el tractor de socorro. Aquello le daría la oportunidad de interrogar a Wheeler y Jamieson lo antes posible. Cuando llegasen al Observatorio —si bien ellos no lo sabían todavía— serían enviados inmediatamente al hospital y tratados contra los efectos de la radiactividad. No estaban en grave peligro, pero Sadler dudaba que tuviese la oportunidad de hablar con ellos durante bastante tiempo, una vez que los médicos se hubiesen apoderado de ellos.

Maclaurin, accediendo a la petición, añadió este comentario.

—Desde luego, supongo que se dará usted cuenta que esto significa que tendrá que decirles quien es. Y entonces todo el Observatorio lo sabrá en el plazo de diez minutos.

—He pensado en ello —asintió Sadler—. No tiene importancia ya.

«Siempre suponiendo —se dijo a sí mismo—, que sea así.»

Media hora después se estaba dando cuenta de la diferencia entre viajar en un monorriel o bajo las sacudidas de aquel tractor. Al poco rato se había acostumbrado a aquellos porrazos de pesadilla que el conductor le propinaba sin embarazo y dejó de arrepentirse de haber sido voluntario para la misión. Además de ellos dos, el tractor llevaba un oficial-médico, que esperaba hacer análisis de sangre y dar inyecciones en cuanto el salvamento se hubiese efectuado.

No había ambiente dramático alguno en la expedición; en cuanto franquearon el Paso Prospect establecieron contacto por radio con los dos hombres que avanzaban hacia ellos. Quince minutos después las dos siluetas aparecieron en el horizonte y no hubo más ceremonia que un ferviente apretón de manos una vez que ellos subieron al tractor.

Se detuvieron algún tiempo para que el doctor pudiese dar las inyecciones y hacer sus análisis. Una vez que hubo terminado le dijo a Wheeler:

—Pasará usted una semana en cama, pero no tiene por qué preocuparse.

—¿Y yo? —preguntó Jamieson.

—Usted está bien; una dosis mucho menor. Un par de días es todo lo que necesita.

—Los vale —dijo Wheeler alegremente—. No hay precio que fuese caro para asistir a lo que hemos visto. —Después, como reacción de saber que estaba sano y salvo, añadió con interés—: ¿Cuáles son las últimas noticias? ¿Ha atacado algún otro punto la Federación?

—No —respondió Sadler—. No ha atacado y dudo que pueda. Pero parece que ha alcanzado su objetivo principal que era impedirnos utilizar aquella mina. Lo que ocurra ahora incumbe a los políticos.

—¡Eh! —dijo Jamieson—. ¿Pero qué hace usted aquí, de todos modos?

Sadler sonrió.

—Sigo investigando, pero vamos a decir que mi campo de referencia es más vasto de lo que nadie imaginaba.

—¿No es usted un reportero de la radio? —preguntó Wheeler receloso.

—Pues..., exactamente, no. Preferiría no...

—Lo sé —interpuso Jamieson súbitamente—. Tiene usted algo que ver con el departamento de Seguridad. Ahora lo comprendo todo...

Sadler lo miró ligeramente contrariado. Jamieson, pensó, tenía un talento extraordinario para complicar las cosas.

—No importa. Pero quisiera enviar un informe de todo lo que ha visto usted. Dese cuenta que es usted el único testigo sobreviviente a excepción de la tripulación de la nave federal.

—Lo temía —dijo Jamieson—. ¿De manera que Proyecto Thor ha sido borrado del mapa?

—Sí, pero me parece que cumplió su misión.

—¡Qué pérdida, de todos modos! ¡Steffanson y todos los demás!... Si no hubiese sido por mí estaría probablemente todavía vivo.

—Sabía lo que hacía y lo eligió voluntariamente —respondió Sadler con bastante sequedad. Sí, Jamieson tenía que llegar a ser un héroe de lo más recalcitrante.

Durante los treinta minutos que siguieron, mientras iban trepando por la pendiente de Platón en su camino de regreso, interrogó a Wheeler sobre el desarrollo de la batalla. Pese a que, debido a su limitado campo de vista, el astrónomo no había podido ver más que una parte de la batalla, sus informaciones tendrían un inmenso valor cuando los tácticos, ya una vez en Tierra, hiciesen la autopsia.

—Lo que más me asombra de todo —dijo Wheeler finalmente— es el arma que usó el fuerte para destruir la nave. Parecía como un destello especial, pero desde luego esto es imposible. No hay destello visible en el vacío. Y me pregunto por qué sólo lo usaron una vez. ¿Sabe usted algo de ello?

—Temo que no —dijo Sadler, mintiendo. Seguía sabiendo muy poco respecto de las armas del fuerte, pero aquella era la única que ahora comprendía perfectamente. Estaba en condiciones de entender que un chorro de metal fundido enviado al espacio por los electromagnetos más poderosos que jamás han sido construidos, con una velocidad de varios centenares de kilómetros por segundo, podía parecer como un destello de luz reluciendo un instante. Y sabía que era una arma de corto alcance, destinada a penetrar en campos que neutralizarían los proyectiles ordinarios. Sólo podía ser usada en condiciones ideales y se necesitaban varios minutos para recargar los gigantescos condensadores que cargaban los magnetos.

Éste era un misterio que los astrónomos hubieran debido resolver solos. No imaginaba que pudiesen necesitar mucho tiempo una vez que hubiesen concentrado sus ideas sobre el tema.

El tractor fue bajando cautelosamente las pendientes interiores de la llanura amurallada y las grandes construcciones de los telescopios aparecieron en el horizonte. A Sadler se le ocurrió pensar que parecían un par de grandes chimeneas de fábrica rodeadas de edificaciones. Pese a su corta estancia, había acabado cobrándoles afecto, considerándolas como personalidades, de la misma forma que lo hacían los hombres que los utilizaban. Compartía la inquietud de los astrónomos respecto a que nada ocurriese a los soberbios instrumentos, que habían traído conocimientos a Tierra desde cien mil millones de años de luz perdidos en el espacio.

Un imponente acantilado se interpuso entre ellos y el Sol y la obscuridad se cerró abruptamente al entrar en las sombras. Las estrellas empezaron a aparecer sobre sus cabezas mientras los ojos de Sadler se ajustaban automáticamente al cambio de luz. Levantó la vista hacia el cielo del norte y vio que Wheeler estaba haciendo lo mismo.

Nova Draconis figuraba todavía entre las más brillantes estrellas del firmamento, pero iba palideciendo rápidamente. Dentro de pocos días no sería más brillante que Sirio; en algunos meses sería invisible a simple vista. En aquello tenía que haber forzosamente algo, un mensaje, un símbolo medio captado en las fronteras de la imaginación. La ciencia aprendería mucho de *Nova Draconis*, pero, ¿qué enseñaría a los mundos ordinarios de los hombres?

Sólo esto, pensó Sadler. Los cielos pueden relucir llenos de portentos, la Galaxia puede arder con las potentes luces de las estrellas detonantes, pero el hombre seguiría ocupándose de sus asuntos con sublime indiferencia. Ahora estaba ocupado con los planetas y las estrellas tendrían que esperar. No se sentiría atemorizado por nada de lo que pudiesen hacer; y a su debido tiempo se ocuparía de ellas en la forma que considerase adecuada.

Ni salvadores ni salvados tuvieron gran cosa que decir durante la última parte del camino de regreso. Wheeler empezaba visiblemente a sufrir de la impresión retardada y sus manos tenían un temblor nervioso. Jamieson se limitaba a permanecer sentado mirando al Observatorio que se aproximaba, como si fuese la primera vez que lo veía. Cuando entraron en la larga sombra del telescopio de mil centímetros se volvió hacia Sadler y le preguntó:

—¿Han puesto algo a salvo a tiempo?

—Creo que sí —respondió Sadler—. No he oído decir que haya habido daños.

Jamieson asintió como distraído. No daba la menor muestra de satisfacción o alivio; había alcanzado la saturación emotiva y nada podía ya afectarlo hasta que la impresión de las últimas horas se hubiese desvanecido.

Sadler los dejó en cuanto el tractor entró en el garaje subterráneo y se precipitó a su habitación a redactar su informe. Esto estaba fuera de sus condiciones de referencia, pero se alegraba de poder hacer por fin algo constructivo.

Ahora reinaba una sensación de tranquilidad, como si todos sintiesen que la tormenta había descargado su furia y no volvería ya. Con posterioridad a la batalla, Sadler se sentía menos deprimido de lo que se había sentido en días anteriores. Le parecía que tanto Tierra como la Federación debían estar igualmente aterradas por las fuerzas que habían desencadenado y sentían igualmente las mismas ansias de paz.

Por primera vez desde que abandonó Tierra se atrevió a pensar en su futuro. Aun cuando no podía ser totalmente despreciado, el peligro de una expedición sobre la misma Tierra parecía ahora remoto. Jeanette estaba a salvo y ya no tardaría en volverla a ver. Finalmente podía decirle donde estaba, pues los acontecimientos habían hecho ya un absurdo del secreto.

Pero en la mente de Sadler subsistía una amarga decepción. No le gustaba dejar las cosas a medio hacer, y sin embargo, todo bien considerado, su misión había quedado incompleta. Hubiera dado tanto por saber si había o no un espía en el Observatorio...

XIX

La nave de línea «Pegasus» con sus trescientos pasajeros y su tripulación de sesenta hombres estaba sólo a cuatro días de Tierra cuando la guerra estalló y terminó. Durante algunas horas había reinado la confusión y la alarma a bordo porque los mensajes radiados por Tierra y la Federación eran interceptados. El capitán Halstead se había visto obligado a tomar serias medidas con algunos pasajeros que querían regresar, en lugar de seguir hacia Marte con un incierto futuro como prisioneros de guerra. No era fácil censurarlos; Tierra estaba todavía tan cerca que formaba un bello creciente de plata con la Luna como un eco más débil y tenue a su lado. Incluso desde allí, a más de un millón de kilómetros de distancia, las energías que se habían desencadenado sobre la faz de la Luna habían sido claramente visibles y habían contribuido poco a levantar la moral de los pasajeros.

No podía comprender que las leyes de la mecánica celestial no admitían apelación. El «Pegasus» había apenas abandonado la Tierra y estaba todavía a semanas de su presunta meta. Pero había alcanzado su velocidad orbital penetrando como un gigantesco proyectil en el sendero que lo llevaría inexorablemente a Marte bajo la guía de la inmutable gravedad del Sol. No podía tratarse de regresar; aquello sería una maniobra que exigiría una inconcebible cantidad de propulsión. El «Pegasus» llevaba suficiente polvo en sus tanques para equiparar su velocidad a la de Marte al final de su órbita y permitirle ciertas correcciones en camino. Sus reactores nucleares podían procurarle energía para doce viajes, pero la energía sola era inútil si no había masa propulsora que eyectar. Quisiera o no, el «Pegasus» se encaminaba hacia Marte con la inexorabilidad de un tren circular. El capitán Halstead no preveía un viaje agradable.

Las palabras MAYDAY, MAYDAY, iban repitiéndose en la radio y alejaban toda otra preocupación del «Pegasus» y su tripulación. Durante trescientos años, en el aire, el mar y el espacio, estas palabras habían dado la alerta a las expediciones de socorro, habían hecho que capitanes cambiasen su rumbo y corriesen en busca de infortunados camaradas; pero en este caso el comandante de una nave espacial podía hacer muy poca cosa; en toda la historia de la astronáutica había habido sólo tres casos de operación de salvamento realizados con éxito en el espacio.

Para ello había dos razones principales, de las cuales sólo una es extensamente advertida por las líneas navieras. Un desastre serio en el espacio es sumamente raro; casi todos los accidentes ocurren durante la caída en el planeta o el arranque. Una vez que una nave ha ganado el espacio y ha adoptado la órbita que la llevará sin el menor

esfuerzo a su destino está a salvo de todos los accidentes, salvo los que puedan producirse interna o mecánicamente. Estos accidentes ocurren más frecuentemente de lo que los pasajeros saben, pero son generalmente leves y silenciosamente solucionados por la tripulación. Todas las naves espaciales vienen obligadas por la ley, a ser construidas en diversas secciones independientes, cada una de las cuales puede servir de refugio en caso de peligro. De manera que lo peor que ocurre alguna vez es pasar algunas horas desagradables compartidas por todos mientras el airado capitán resopla furibundo en el pescuezo del primer maquinista.

La segunda razón por la cual los salvamentos espaciales son tan raros es porque, dada la naturaleza de las cosas, son casi imposibles. Las naves espaciales navegan a enormes velocidades, por rutas exactamente calculadas, lo cual no permite alteraciones importantes, como los pasajeros del «Pegasus» empezaban ahora a darse cuenta. La órbita que una nave sigue de planeta a planeta es única; jamás otra nave volverá a seguir aquel sendero, entre los constantes cambios de posición de los astros. No hay «itinerarios de navegación» en el espacio y es un caso insólito que una nave se cruce con otra, ni aun a un millón de kilómetros de distancia. Incluso cuando esto ocurre, la diferencia de velocidad es casi siempre tan grande, que toda colisión es imposible.

Todos estos pensamientos cruzaban por la mente del capitán Halstead cuando llegó a él el mensaje de Señales. Leyó la posición y la ruta de la nave averiada. La cifra de la velocidad debió ser equivocada en la transmisión pues era ridículamente alta. Indudablemente no se podía hacer nada; estaban demasiado alejados y se hubieran necesitado días para alcanzarla.

Entonces se fijó en el nombre al pie del mensaje. Pensó que era familiar a todas las naves espaciales, pero aquél era nuevo para él. Permaneció un momento mirando asombrado hasta que súbitamente se dio cuenta de quien pedía auxilio...

La enemistad se desvanece cuando los hombres están en peligro, en el mar o en el espacio. El capitán Halstead se inclinó sobre su mesa de control y dijo:

—¡Señales! ¡Póngame con el capitán!

—Está en el circuito, comandante. Puede hablar...

El capitán Halstead se aclaró la garganta. Aquello era una nueva experiencia y muy lejos de ser agradable. No le producía ninguna satisfacción decir, incluso a un enemigo, que no podía hacer nada por salvarlo.

—Capitán Halstead, del «Pegasus» al habla —comenzó—. Está usted demasiado lejos para establecer contacto. Nuestra reserva operacional es de menos de diez kilómetros por

segundo. No tengo necesidad de calcularlo, veo que es imposible. ¿Tiene usted alguna sugerencia? Ruego confirme su velocidad..., nos han dado una cifra equivocada.

La respuesta, después del intervalo de cuatro segundos de diferencia que pareció doblemente enloquecedor en aquellas circunstancias, fue inesperada y sorprendente.

—Comodoro Brennan, crucero federal «Acheron». Puedo confirmar cifra velocidad. Podemos establecer contacto en dos horas haciendo correcciones rumbo nosotros mismos. Tenemos todavía energía pero debemos abandonar la nave en menos de tres horas. Nuestra defensa de radiación ha desaparecido y el principal reactor va siendo inestable. Tenemos el control manual en él y estará a salvo por lo menos dos horas después de nuestro encuentro. Pero no podemos garantizar más allá.

El capitán Halstead sintió que se le ponía la carne de gallina. No sabía cómo un reactor podía volverse inestable, pero sabía lo que ocurriría si sucedía. Había muchas cosas acerca del «Acheron» que no entendía —su velocidad, por encima de todo—, pero había un punto que parecía muy claramente y sobre el cual el Comodoro Brennan no debía ser dejado en la duda.

—«Pegasus» a «Acheron» —respondió—. Tengo trescientos pasajeros a bordo. No puedo aventurar mi nave si hay peligro de explosión.

—No hay peligro; puedo garantizarlo. Tendremos por lo menos cinco minutos de advertencia, que nos darán amplio tiempo de separarnos de usted.

—Muy bien. Tendré mis compuertas a punto y mi tripulación dispuesta para entregarles un cable.

Hubo una pausa más larga que la dictada por las exigencias de la radio. Después Brennan prosiguió:

—Éste es nuestro daño. Estamos cortados en la sección anterior. Aquí no hay compuertas exteriores y tenemos sólo cinco trajes para ciento veinte hombres.

Halstead lanzó un silbido y se volvió hacia su oficial de rumbo antes de responder.

—No podemos hacer nada por ellos —dijo—. Tendrían que reventar el casco para poder salir y esto sería el final de todos menos de los que llevan los trajes; no hay manera para que pasen a su bordo sin perder nuestra presión.

Estableció el contacto del micrófono.

—«Pegasus» a «Acheron». ¿Cómo propone usted que lo ayudemos?

Era fantástico estar hablando con un hombre que estaba ya como muerto. Las tradiciones del espacio eran tan estrictas como las del mar. Cinco hombres podían salir del «Acheron» con vida..., pero su capitán no estaría entre ellos.

Halstead no sabía que el comodoro Brennan tenía otras ideas y que no habían ni remotamente abandonado toda esperanza, por desesperada que pareciese la situación. Su Oficial Jefe de Sanidad, que había propuesto el plan, lo estaba explicando ya a la tripulación.

—Esto es lo que vamos a hacer —decía aquel hombrecillo moreno que pocos meses antes había sido el mejor cirujano de Venus—. No podemos llegar a las compuertas porque están rodeadas de vacío y sólo tenemos cinco trajes espaciales. Esta nave fue construida para luchar, no para transportar pasajeros, temo que sus ingenieros tenían otras cosas en la cabeza aparte de los Reglamentos de los Intereses del Espacio. Ésta es la situación y tenemos que sacar el mejor partido de ella.

»Estaremos al lado del «Pegasus» dentro de un par de horas. Afortunadamente para nosotros tiene grandes compuertas para la carga de mercancías y pasajeros; hay sitio para meter en ellas a treinta o cuarenta hombres, si se meten bien apretujados y *no usan trajes*. Sí, ya sé que la cosa suena mal, pero no es un suicidio. Van ustedes a respirar espacio y no les pasará nada. No diré que sea muy agradable, pero será algo que contar el resto de sus días.

»Ahora escuchen atentamente. Lo primero que tengo que demostrarles es que pueden vivir cinco minutos sin respirar; en realidad, *sin ganas de respirar*. Es un truco muy sencillo; los Yogis y los magos hace siglos que lo conocen, pero no hay nada de ocultismo en ello y está basado en el sentido común de la fisiología. Para darles confianza voy a ofrecerles esta prueba.

El Oficial Médico sacó un reloj de su bolsillo y continuó:

—Cuando les diga, «¡Ya!», quiero que vacíen enteramente sus pulmones de la menor partícula de aire y vean cuánto tiempo pueden aguantar sin hacer una aspiración. No se esfuercen, retengan la respiración hasta que les sea molesto y después vuelvan a respirar normalmente. Yo empezaré a contar los segundos después de quince a fin que puedan ver lo que consiguen hacer. Si alguno no consigue aguantar el cuarto de minuto, recomendaré su inmediata baja del servicio.

El estallido de risas rompió la tensión nerviosa, tal como había sido la intención; después el doctor levantó la mano y la volvió a bajar gritando «¡Ya!». Se oyó un gran suspiro en el momento en que toda la compañía vació sus pulmones; después, un silencio absoluto.

Cuando el doctor empezó a contar después de los quince segundos se oyeron algunos jadeos de los que difícilmente habían conseguido aguantar hasta entonces. Siguió

contando hasta sesenta, acompañado de algún nuevo estallido de uno tras otro cuando capitulaban. Algunos llevaron su obstinación hasta aguantar un minuto.

—Es bastante —dijo el pequeño doctor—. Ustedes, los fuertes, pueden parar la exhibición, están estropeando el experimento.

De nuevo hubo un murmullo de diversión; los hombres iban recuperando rápidamente su moral. Seguían sin entender lo que ocurría, pero por lo menos se proyectaba algún plan que les ofrecía una esperanza de salvación.

—Vamos a ver como lo conseguimos —dijo el Oficial Médico—. Manos arriba todos los que aguanten de quince a veinte segundos. No, veinte a veinticinco... No, veinticinco a treinta... Jones, eres un embustero, respiraste a los quince... No, treinta a treinta y cinco...

Una vez hubo terminado el experimento se vio claramente que la mitad del censo podía retener la respiración durante treinta segundos y ninguno dejaba de suspenderla durante quince.

—Esto es lo que esperaba —dijo el Oficial Médico—. Pueden ustedes considerar esto como un experimento de control y ahora vamos a lo importante. Tengo que decirles que aquí estamos respirando oxígeno casi puro, a unos trescientos milímetros. De manera que aunque la presión en esta nave es menos de la mitad de su valor al nivel del mar en Tierra, sus pulmones están aspirando dos veces la cantidad de oxígeno que absorberían en Tierra, y todavía más del que absorberían en Marte o Venus. Si alguno de ustedes se ha viperinamente filtrado a los lavabos para fumar un clandestino cigarrillo habrá observado ya que al aire es rico, puesto que el cigarrillo sólo le habrá durado unos segundos.

»Les digo todo esto porque quisiera aumentar vuestra confianza sabiendo lo que pasa. Lo que van ustedes a hacer ahora es vaciar sus pulmones y llenar su sistema físico de oxígeno. A eso se le llama hiperventilación, que es sencillamente una forma de respirar profundamente. Cuando dé la señal quiero que todos aspiren lo más profundamente que puedan, y exhalen completamente, y sigan respirando de la misma manera hasta que yo les diga basta. Les dejaré hacer esto durante un minuto; alguno de ustedes se puede sentir un poco aturdido al final de este período, pero será pasajero. Aspiren la mayor cantidad de aire cada vez que puedan, levanten los brazos y den a su pecho el máximo de expansión.

»Entonces, cuando haya transcurrido el minuto, les diré que exhalen y dejen de respirar y empezaré a contar los segundos otra vez. Creo poderles prometer una gran sorpresa. ¡De acuerdo! ¡Vamos allá!

Durante algunos minutos los atestados compartimientos del «Acheron» ofrecieron un espectáculo fantástico. Más de cien hombres estaban respirando afanosamente y levantando los brazos como si cada vez fuese su último suspiro. Algunos estaban demasiado apretujados para respirar tan profundamente como hubieran querido y todos tenían que apuntalarse sólidamente para no caerse hacia las cabinas.

—¡Basta! —gritó el Oficial Médico—. Dejen de respirar, expulsen todo el aire y vean cuánto tiempo pueden aguantar antes de respirar nuevamente. Voy a contar los segundos, pero esta vez sólo empezaré cuando haya transcurrido medio minuto.

El resultado, era obvio, dejó a todo el mundo boquiabierto. Un hombre no consiguió llegar al minuto, por los demás habían transcurrido casi dos minutos antes que ninguno sintiese la necesidad de respirar nuevamente. Haber hecho una aspiración antes de este tiempo hubiera exigido incluso un esfuerzo deliberado. Algunos hombres se sentían todavía perfectamente al cabo de tres o cuatro minutos; uno aguantaba todavía a cinco cuando el doctor lo detuvo.

—Creo que todos ustedes han visto lo que trataba de demostrarles. Una vez que sus pulmones están saturados de oxígeno, no quieren respirar, de la misma manera que un estómago no quiere alimentos después de una copiosa comida. No es un esfuerzo ni una violencia, no es una cuestión de aguantar el aliento. Y si su vida dependiese de ello, podrían hacer algo mejor todavía, se lo prometo.

»Ahora que vamos a pegarnos a la borda del «Pegasus», necesitarán menos de treinta segundos para pasar a él. Tendrá a sus hombres preparados con trajes espaciales para llevarse a los que se ahogasen y las compuertas serán cerradas inmediatamente después que hayan entrado. Entonces el aire invadirá la compuerta y no habrá habido más daño que algunas narices sangrando.

Esperaba que fuese verdad; no había más que una manera de averiguarlo. Era un juego peligroso y sin precedentes, pero no había alternativa. Por lo menos daba a cada hombre una tenue esperanza de conservar la vida.

—Ahora —continuó— están probablemente en la presión de caída. Esta es la única parte molesta, pero no estarán en el vacío el tiempo suficiente para sufrir daño de importancia. Abriremos las escotillas en dos veces; primero bajaremos la presión lentamente hasta una décima de atmósfera, después la cerraremos totalmente y actuaremos rápidamente. La descompresión total es dolorosa, pero no peligrosa. Olviden todas las tonterías aquellas que pueden haber leído acerca del cuerpo humano estallando en el vacío. Somos bastante más fuertes que esto, y el salto final que daremos de una décima de atmósfera a cero es considerablemente menor que el que los hombres han sufrido en

las pruebas de laboratorio. Mantengan la boca bien abierta y dejen que corten el viento. Sentirán de seguro que se les pega la piel, pero estarán probablemente demasiado ocupados para darse cuenta de ello.

El Oficial Médico calló y observó su silencioso y atento auditorio. Todos tomaban la cosa muy bien, como era, naturalmente, de esperar. Todos eran hombres aguerridos; eran lo mejor de los ingenieros y los técnicos de los planetas.

—A decir verdad —prosiguió el doctor alegremente—, es muy probable que se rían ustedes cuando les diga cuál es el peor peligro. Es nada menos que la quemadura del Sol. Fuera estarán ustedes bajo los crudos rayos ultravioletas no filtrados por la atmósfera. Puede producirles una seria quemadura en treinta segundos, de manera que atraviesen a la sombra del «Pegasus». Si casualmente salen de esta sombra protéjanse el rostro con los brazos. Los que tengan guantes harán bien en usarlos.

»Bien, éste es el cuadro. Yo cruzaré con el primer grupo sólo para demostrar cuán fácil es. Y ahora quiero que se dividan en cuatro grupos y yo los instruiré separadamente...

Flanco a flanco el «Pegasus» y el «Acheron» avanzaban hacia el lejano planeta que sólo uno de ellos alcanzaría. Las compuertas de la nave de línea estaban abiertas, abriendo sus fauces sólo a pocos metros del casco de la maltrecha nave de guerra. El espacio entre las dos naves estaba salvado por recios cables y entre ellos flotaban los hombres de la tripulación de la nave de línea, dispuestos a prestar ayuda si alguno de los salvados sufría algún trastorno durante la breve pero peligrosa travesía.

Era una suerte para el «Acheron» que cuatro diferentes compartimientos de presión estuviesen todavía intactos. De esta forma la nave podía dividirse en cuatro secciones y una cuarta parte de la tripulación podía salir a la vez. Las compuertas del «Pegasus» no hubieran podido contener a todo el mundo si hubiese sido necesaria una huida en masa.

El capitán Halstead estaba vigilando desde el puente de mando mientras se daba la señal. Del casco de la nave de guerra salió un chorro de humo y la escotilla de urgencia —seguramente jamás imaginada para una urgencia como aquélla— saltó al espacio. Una nube de polvo y vapor condensado obscureció la vista durante un segundo. Sabía que los fugitivos tenían que sentir el aire chupar sus cuerpos, tratando de arrancarlos a sus puntos de agarre.

Cuando la nube se dispersó los primeros hombres habían ya salido. El primero llevaba un traje espacial y los demás estaban atados a tres cuerdas sujetas a él. Instantáneamente los hombres del «Pegasus» agarraban dos de las cuerdas y los arrastraban hacia su respectiva compuerta. Los hombres del «Acheron», pudo observar

Halstead con satisfacción, parecían darse cuenta de la situación y hacían cuanto podían por ayudarles.

Pareció transcurrir un siglo antes que el último hombre fuese encerrado en la compuerta. Entonces una voz saliendo de una de las figuras con traje espacial, gritó: «¡Cierren Número Tres!» El Número Uno siguió casi al instante; pero hubo una angustiosa demora antes de que viniese la señal del Número Dos. Halstead no comprendía qué pasaba; quizá había quedado alguien fuera y detenía a los demás. Pero finalmente las compuertas fueron cerradas. No había tiempo para llenarlas de la forma normal; las válvulas fueron abiertas violentamente por la fuerza bruta y las cámaras se inundaron del aire de la nave.

A bordo del «Acheron» el Comodoro Brennan esperaba, con los restantes noventa hombres en los tres compartimientos que no estaban todavía cerrados. Habían formado sus grupos y estaban atados en cadenas de a diez detrás de sus jefes. Todo había sido planeado y ensayado; los próximos pocos segundos demostrarían si había sido en vano o no.

Entonces los altavoces de la nave anunciaron, en un tono casi de pacífica conversación:

—«Pegasus» a «Acheron». Hemos recogido a todos sus hombres en las compuertas. Ninguna baja. Pocas hemorragias. Dennos cinco minutos para preparar el próximo transbordo.

En la última transferencia se perdió un hombre. Fue presa de pánico y hubo que cerrar la compuerta sin él, para no arriesgar las vidas de los demás. Era sensible que no se hubiesen podido salvar todos, pero en aquel momento todo el mundo se sentía demasiado feliz para pensar en ello.

Faltaba sólo una cosa que hacer. El Comodoro Brennan, el último hombre que quedaba a bordo del «Acheron» ajustó el circuito de tiempo que pondría en marcha el propulsor dentro de treinta segundos. Aquello le daría tiempo suficiente; incluso en su embarazoso traje espacial podría salir por la abierta escotilla en la mitad del tiempo.

Estableció el contacto y se lanzó hacia la escotilla. Había alcanzado ya el «Pegasus» cuando la nave que había enviado, todavía cargada con millones de kilovatios de energía, adquirió vida por última vez y se lanzó silenciosamente hacia las estrellas de la Vía Láctea.

La explosión fue claramente visible entre los planetas interiores. Así redujo a la nada las últimas ambiciones de la Federación y los últimos temores de la Tierra.

XX

Cada tarde, mientras el sol va cayendo detrás de la solitaria pirámide de Pico, la sombra de la gran montaña llega hasta a absorber la columna de metal que se alzará en el Mar de Lluvias mientras ese mar subsista. Quinientos veintisiete nombres están grabados en esta columna por orden alfabético. Ninguna marca distingue los hombres que murieron por la Federación de los que murieron por Tierra y quizá este simple hecho es la mejor prueba atestiguando que ellos no murieron en vano.

La Batalla de Pico marcó el final de la dominación de Tierra y el principio de la edad de los planetas. Tierra estaba fatigada después de su larga odisea y los esfuerzos que había hecho para conquistar los mundos más cercanos; estos mundos que se habían vuelto ahora tan inexplicablemente contra ella, como, hacía mucho tiempo, las colonias norteamericanas se volvieron contra su madre patria. En ambos casos las razones eran similares, y en ambos el resultado final igualmente ventajoso para la humanidad.

De haber uno de los bandos conseguido una victoria retumbante, hubiese podido ser un desastre. La Federación hubiera podido sentirse tentada de imponer a Tierra unas condiciones que ésta no hubiera podido nunca cumplir. Tierra, por su parte, hubiera podido dañar a sus errantes hijos privándolos de todo suministro, retrasando de esta forma durante siglos enteros la colonización de los planetas.

En cambio, había sido un empate. Cada antagonista había recibido una saludable lección; por encima de todo, cada parte había aprendido a respetar a la otra. Y ambas estaban ahora muy ocupadas explicando a sus ciudadanos lo que había sido hecho exactamente en sus nombres...

La última explosión de guerra fue seguida, en el espacio de pocas horas, de explosiones políticas de Marte, Tierra y Venus. Una vez que el humo se hubo disipado, muchas ambiciosas personalidades desaparecieron, por lo menos durante algún tiempo, y los que estaban en el poder tenían un objetivo principal: el restablecimiento de las relaciones amistosas y borrar el recuerdo de un episodio que no hablaba bien en favor de ninguno.

El incidente del «Pegasus», allanando las divergencias de la guerra y recordando a los hombres su unidad esencial, facilitó la tarea de los hombres de estado considerablemente más que en ningún otro caso. El Tratado de Phobos fue firmado en lo que un historiador llamó una atmósfera de vergonzosa conciliación. El acuerdo fue rápido, porque tanto Tierra como la Federación poseían algo que el otro necesitaba imperiosamente.

La superior ciencia de la Federación le había dado el secreto del impulso de aceleración, como es hoy inadecuada y universalmente llamado. Por su parte, Tierra estaba ya preparada para compartir las riquezas que había encontrado en las profundidades de la Luna. La desnuda corteza había sido penetrada, y finalmente su endurecido corazón estaba rindiendo sus tan obstinadamente guardados tesoros. Allí había riquezas que satisfarían todas las necesidades del hombre durante los siglos futuros.

Estaban destinadas, durante los años venideros a transformar el Sistema Solar y alterar completamente la distribución de la raza humana. Su efecto inmediato era convertir la Luna, desde tanto tiempo pariente de la vieja y opulenta Tierra, en el más rico e importante de todos los mundos. En el plazo de diez años la República Independiente Lunar impondría sus condiciones a Tierra y la Federación con una idéntica imparcialidad.

Pero el mundo futuro se ocuparía de sí mismo. Todo lo que importaba ahora era que la guerra había terminado.

XXI

Ciudad Central, pensó Sadler, había crecido desde que él estuvo allí hacía treinta años. Cada una de aquellas bóvedas podía albergar las siete que habían existido en los viejos tiempos. ¿Cuánto tiempo transcurriría, a aquel paso, antes que la Luna entera estuviese cubierta? Tenía la ferviente esperanza de verlo él.

La estación por sí sola era tan grande como una de las antiguas bóvedas. Donde había habido cinco rieles había ahora treinta. Pero el modelo de los «monocabs» no había cambiado mucho y su velocidad parecía aproximadamente la misma. El vehículo que lo había traído del puerto espacial hubiera podido ser el mismo que lo había transportado a través del Mar de las Lluvias hacía un cuarto de siglo.

Es decir, un cuarto de siglo de vida, si uno era ciudadano de la Luna y esperaba poder cumplir los ciento veinticinco años. Pero sólo un tercio de una vida común si se pasaba todas sus horas de sueño y de camino luchando contra la gravedad de la Tierra.

Por las calles había muchos más vehículos; Ciudad Central era una ciudad demasiado grande ya para circular por ella a pie. Pero una cosa no había cambiado. Sobre la cabeza se extendía el cielo azul salpicado de nubes de la Tierra y Sadler no dudaba del hecho que la lluvia acudiría a la hora establecida.

Saltó a un coche y marcando la dirección se arrellanó contra el respaldo mientras avanzaba por las calles populosas. Su equipaje estaba ya en el hotel y no tenía la menor prisa en seguirlo. En cuanto llegase allí, los asuntos se apoderarían de él nuevamente y podía no tener otra oportunidad de llevar a efecto su misión.

Por allí parecían rondar tantos hombres de negocios y turistas de Tierra como residentes fijos. Era fácil distinguirlos, no solamente por sus ropas y manera de comportarse, sino por la forma como caminaban en aquella baja gravedad. Sadler quedó sorprendido de ver que a pesar del hecho que llevaba en la Luna sólo algunas horas, había recuperado inmediatamente el ajuste muscular automático que había aprendido hacía tanto tiempo. Era como montar a caballo o en bicicleta; una vez se ha aprendido, no se olvida nunca más.

¡De modo que ahora había un lago allá, con sus islotes y sus cisnes! Había leído una cosa curiosa acerca de los cisnes; sus alas tenían que ser cuidadosamente cortadas a fin de evitar que remontasen el vuelo y se estrellasen contra el *cielo*. Un gran pez saltó fuera del agua produciendo un chapoteo; Sadler se preguntó si no le sorprendería ver la altura a que podía saltar fuera del agua.

El vehículo, siguiendo su camino por encima de los enterrados rieles, se metió por un túnel que debía llevar hacia el borde de la bóveda. Debido a lo bien conseguida que estaba la ilusión del cielo, no era fácil decir cuando uno estaba a punto de salir de una bóveda y entrar bajo la otra, pero Sadler sabía dónde estaba cuando el vehículo franqueaba las grandes puertas de metal de la parte inferior del tubo. Estas puertas, según le habían dicho, podían cerrarse en menos de dos segundos y así ocurriría si se produjese una baja presión por ambos lados. ¿Podían pensamientos de esta clase, se preguntó, producir insomnios a los habitantes de Ciudad Central? Lo dudaba mucho; una considerable fracción de la raza humana había pasado su vida a la sombra de los volcanes, diques y presas sin por esto dar muestras de ninguna tensión nerviosa. Sólo una vez una de las bóvedas de Ciudad Central había sido evacuada, en ambos sentidos de la palabra, y fue debido a una lenta grieta que tardó horas en ser efectiva.

El coche salió del túnel a la zona residencial y Sadler se encontró ante un cambio total de escenario. Allí no había bóveda que abarcase una pequeña ciudad; era un solo gigantesco edificio de por sí, con corredores móviles en lugar de calles. El coche se detuvo y le recordó en términos corteses que sólo le esperaría treinta minutos más. Sadler, pensando que podía necesitar ya este tiempo para encontrar el lugar que buscaba, declinó la oferta y el coche se alejó en busca de nuevos clientes.

Pocos metros más allá había un gran panel anunciador exponiendo el plano en tres dimensiones del edificio. Todo aquello recordaba a Sadler el tipo de colmena utilizado hacía muchos siglos, que había visto en una ilustración de una vieja enciclopedia. No había duda respecto a que era absurdamente fácil encontrar el camino una vez se hallaba uno acostumbrado a aquel sitio, pero de momento estaba completamente perdido entre pisos, corredores, zonas y distritos.

—¿Busca usted algún sitio, señor? —preguntó una tenue voz detrás de él.

Sadler se volvió en redondo y vio a un muchacho de seis o siete años que lo miraba con unos ojos sumamente inteligentes. Tenía exactamente la misma edad de su nieto Jonathan Peter II. ¡Dios mío, cuánto tiempo había transcurrido desde que no había visto la Luna!

—No vemos a menudo gente de Tierra por aquí —dijo el muchacho—. ¿Está perdido?

—Todavía no —respondió Sadler—, pero sospecho que no tardaré en estarlo.

—¿Adónde va?

Si había un «usted» en esta frase, Sadler no lo captó. Era realmente asombroso que a pesar de la red interplanetaria de radio brotasen aquellas diferencias de lenguaje en los diversos mundos. Aquel muchacho podía indudablemente hablar un perfecto inglés terrestre cuando quería, pero no era el lenguaje que usaba para su expresión cotidiana.

Sadler buscó la complicada dirección en su libreta y la leyó atentamente.

—Vamos —dijo su espontáneo guía. Sadler obedeció satisfecho.

La rampa que tenían delante terminaba abruptamente en un pavimento que se deslizaba con lentitud. Éste los llevó durante algunos metros y los vertió en otra sección de mayor velocidad. Después de recorrer por lo menos un kilómetro pasando por delante de las entradas de incontables corredores fueron lanzados a otra sección más lenta, desembarcaron en una enorme sala hexagonal atestada de gente que iba y venía de un camino a otro, deteniéndose para hacer algunas compras en pequeños quioscos. Elevándose hacia el centro del animado teatro había dos rampas formando espiral, una elevando y otra bajando el tránsito. Se situaron en la espiral «Arriba» y dejaron que la movediza superficie los elevase unos doce pisos. Inclinándose por el borde de la rampa, Sadler podía ver que el edificio se prolongaba a una enorme distancia. Debajo de él se extendía una ancha red. Hizo algunos cálculos mentales y pensó que en el fondo era muy humanitario prever el gesto de alguien suficientemente loco para arrojarse por aquel borde. Los arquitectos de los edificios lunares tenían un concepto tan liviano de la gravedad que hubiera causado un inmediato desastre en la Tierra.

La aglomeración de arriba era exactamente igual que aquella por donde habían entrado, pero había quizá un poco menos de gente y hubiera podido decirse que por democrática que la República Autónoma Lunar pudiese ser, había allí, como en todas las demás culturas que el hombre había creado, una sutil distinción de clases. No había ya aristocracia de cuna o de riquezas, pero la de la responsabilidad existiría siempre. Allí, sin duda, vivía la gente que gobernaba efectivamente la Luna. Tenían algunas propiedades más y muchas más preocupaciones que sus conciudadanos de los pisos bajos, y había un continuo intercambio de un piso a otro.

El joven guía de Sadler lo llevó fuera de esta concurrencia central siguiendo otro corredor movedizo y finalmente a un corredor inmóvil con una estrecha franja de jardín en su centro y una fuente que manaba en cada extremo. Se dirigió hacia una de las puertas y deteniéndose dijo: «Aquí es». La brusquedad de su declaración contrastaba con la suavidad de la sonrisa que parecía indicar: «¿Qué, soy listo o no, yo?», que dirigió a Sadler, quien se estaba preguntando cuál sería la justa recompensa que valdría su diligencia. ¿O iba el muchacho a ofenderse si le daba algo?

El dilema social fue solucionado por el meticuloso guía.

—Más de diez pisos, son quince.

De manera que había una tarifa establecida, pensó Sadler. Le tendió un billete entero y con gran sorpresa se vio obligado a aceptar el cambio. No se había acordado del hecho que las conocidas virtudes lunares de honradez, empresa y buena conducta comenzaban a aquella temprana edad.

—No te marches —le dijo a su guía mientras llamaba el timbre de la puerta—. Si no hay nadie, quiero que me vuelvas a acompañar.

—¿No ha telefoneado primero? —preguntó aquel práctico muchacho en tono de incredulidad.

Sadler consideró inútil explicárselo. Las deficiencias y vaguedades de los anticuados habitantes de la Tierra no eran apreciadas por aquellos activos *coloniales*; si bien, que el Cielo se apiadase de él si jamás se atrevía a usar aquella palabra allí.

Sin embargo, no tenía que tomar precauciones. Las personas a quien quería ver estaban en casa y el guía de Sadler, después de haberse despedido con un gesto de la mano, se alejó silbando una canción que acababa de llegar de Marte.

—No sé si me recordará usted —dijo Sadler—. Estaba en el Observatorio de Platón durante la batalla de Pico. Me llamo Bertram Sadler.

—¿Sadler? ¿Sadler?... Perdone, pero no lo recuerdo de momento... Pero entre usted..., siempre es un placer ver a viejos amigos.

Sadler siguió a su interlocutor hacia el interior de la casa observando el ambiente que lo rodeaba. Era la primera vez que estaba en un domicilio particular de la Luna y, como había esperado, nada hubiera podido distinguirla de una residencia similar en la Tierra. Que no fuese más que una celda de la vasta colmena no hacía de ella menos un hogar; habían transcurrido dos siglos desde que más de una mínima fracción de la raza humana vivía en edificios separados y aislados y la palabra «casa» había cambiado de significado con el tiempo.

Había sólo un detalle en la habitación principal que era demasiado anticuado para pertenecer a ninguna familia actual terrestre. Extendiéndose hasta la mitad de la altura de la pared había una especie de vasto diorama animado que Sadler hacía muchos años que no había visto. Mostraba la vertiente de una montaña salpicada de nieve cayendo hasta un diminuto pueblo alpino. A pesar de la aparente distancia, cada detalle tenía una claridad cristalina; las casas, la iglesia de juguete, tenían la aguda y viva distinción de algo visto con unos binoculares al revés. Detrás del pueblo el suelo se elevaba de nuevo, cada vez más abrupto, hacia la gran montaña que dominaba la línea del cielo y arrastraba por su cumbre su perpetua pluma de nieve, eterno penacho arrastrado por el viento.

Sadler supuso que era una escena verdadera, impresa hacía un par de siglos. Pero no estaba seguro; Tierra tenía tales sorpresas en todos los terrenos...

Aceptó el asiento que se le ofrecía y pudo ver bien por vez primera al hombre en cuya busca había ido.

—¿No me recuerda usted? —le preguntó.

—Temo que no; pero soy muy mal fisonomista para las caras y los nombres.

—Bien, tengo el doble de la edad ahora, de manera que no me sorprende. Pero usted no ha cambiado, Profesor Molton. Recuerdo todavía perfectamente que fue usted la primera persona con quien hablé durante mi viaje al Observatorio. Viajaba con el monorriel desde Ciudad Central viendo el Sol ponerse detrás de los Apeninos. Fue poco antes de la Batalla de Pico y mi primera visita a la Luna.

Sadler se daba cuenta que Molton estaba sinceramente intrigado. Habían transcurrido treinta años, al fin y al cabo, y no había que olvidar que él tenía una memoria completamente anormal para los hombres y los hechos.

—No tiene importancia —continuó—. No podía esperar que se acordase usted de mí, porque no era uno de sus colegas. Era sólo un visitante del Observatorio y no estuve allí mucho tiempo. Soy contable, no astrónomo.

—¿Sí?... —preguntó Molton todavía desorientado.

—No fue, sin embargo, en calidad de tal que visité el Observatorio, si bien lo fingí así. En aquellos tiempos era un agente secreto del gobierno investigando una cuestión de seguridad.

Sadler observaba atentamente el rostro de aquel hombre y no le pasó por alto la reacción de sorpresa. Después de un breve silencio, Molton respondió:

—Creo recordar algo por el estilo. Pero he olvidado completamente el nombre. Hace tanto tiempo de esto, desde luego...

—Sí, desde luego —repitió Sadler—. Pero estoy seguro que habrá cosas que recordará. Sin embargo, antes de proseguir, hay un punto que quisiera poner en claro. Mi visita aquí no tiene nada de oficial. No soy realmente ahora más que un contable, y bastante eficiente, celebro poderlo decir. Soy uno de los socios de Carter, Hargreaves & Tillotson y estoy aquí para hacer la revisión de un cierto número de grandes corporaciones lunares. Su Cámara de Comercio podrá confirmárselo.

—No acabo de ver... —comenzó Molton.

—¿Lo que todo esto tiene que ver con usted? Bien, déjeme que ayude a su informe. Fui enviado al Observatorio a investigar una filtración de seguridad que se producía. De una u otra forma, la información llegó a conocimiento de la Federación. Uno de nuestros agentes comunicó que la filtración se producía en el Observatorio y fui enviado a averiguarlo.

—Siga —dijo Molton.

Sadler sonrió un poco irónicamente.

—Soy considerado como un buen contable —dijo—, pero temo no ser un excelente investigador. Sospeché de mucha gente, pero no encontré nada, si bien accidentalmente descubrí a un granuja.

—Jenkins —dijo Molton súbitamente.

—Exacto; su memoria no es tan mala, Profesor. Sin embargo, no encontré nunca al espía; no pude siquiera probar que existiese, a pesar que investigué todas las posibilidades que se me pudieron ocurrir. Todo el asunto acabó en nada momentáneamente y, desde luego, a los pocos meses me reintegré muy satisfecho a mi trabajo normal. Pero siempre me había preocupado —me encontraba perdido y no me gustaba volver a empezar— una discrepancia en una hoja de balance. Había ya abandonado toda esperanza de encontrar el error hasta hace un par de semanas. Entonces leí el libro del Comodoro Brennan. ¿Lo ha visto usted ya?

—Siento decirle que no, si bien, desde luego, he oído hablar de él.

Sadler tomó su cartera y sacó un grueso volumen que tendió a Molton.

—Le he traído un ejemplar; sé que estará usted muy interesado por él. Es un libro verdaderamente sensacional, como puede usted juzgar por el ruido que está metiendo en todo el Sistema. No ahorra ninguna insinuación y comprendo que haya mucha gente de la Federación que esté inquieta. Sin embargo, no es éste el punto que me preocupa. Lo que he encontrado fascinador es su relato de los acontecimientos que llevaron a la Batalla de Pico. Imagine mi sorpresa cuando confirmé categóricamente que habían llegado informaciones vitales procedentes del Observatorio. Para citar su frase: «Uno de los principales astrónomos de Tierra, mediante un brillante subterfugio técnico, nos mantuvo informados del desarrollo de los acontecimientos durante el avance del Proyecto Thor. Sería hoy inadecuado dar su nombre, pero en la actualidad vive en un honroso retiro en la Luna.»

Hubo una larga pausa. El arrugado rostro de Molton se había convertido ahora en granito y no dio la menor muestra de sus emociones.

—Profesor Molton —prosiguió Sadler con calor—, espero que me dará usted crédito cuando le diga que estoy aquí puramente por una curiosidad personal. En todo caso, es usted un ciudadano de la República y no podría hacer nada contra usted aunque quisiera. *Pero sé que era usted ese agente*. La descripción concuerda y he eliminado todas las otras posibilidades. Más aún, algunos amigos míos de la Federación han estado comparando los informes, siempre oficiosamente, debo añadir. Sería completamente inútil fingir que no sabe usted nada del asunto. Si no quiere usted hablar, me marcharé. Pero si quisiera usted decírmelo —y no veo qué importancia puede tener ya— daría mucho por saber en qué forma lo consiguió usted.

Molton había abierto el libro del Profesor, ex Comodoro Brennan, y estaba hojeando el índice. Después movió la cabeza como contrariado.

—No hubiera debido decir esto —observó en voz baja, como no dirigiéndose a nadie en particular. Sadler lanzó un suspiro de esperanza. Súbitamente, el viejo científico se volvió hacia él.

—Si se lo digo..., ¿qué uso hará usted de la información?

—Ninguna, se lo juro.

—Algunos de mis colegas podrían ser molestados, a pesar del tiempo transcurrido. No era fácil, ¿sabe usted? Ni me gustaba, además. Pero había que detener a Tierra y creo haber cumplido con mi deber.

—El Profesor Jamieson..., ¿es el Director ahora, verdad? Tenía ideas similares. Pero no las puso en práctica.

—Lo sé. Hubo un tiempo en que casi confié en él, pero quizá fue mejor que no lo hiciese.

Molton hizo una pausa reflexionando y en su rostro apareció una especie de sonrisa.

—Ahora me acuerdo —dijo—. Le enseñé a usted mi laboratorio. Sospechaba un poco, entonces..., me pareció extraño que viniese usted en aquel momento. De manera que se lo enseñé a usted *absolutamente todo*, hasta que vi claramente que tenía bastante y se aburría.

—Esto me ocurrió con bastante frecuencia —dijo Sadler secamente—. Había mucho equipo técnico en el Observatorio.

—Algunos de los míos, sin embargo, eran únicos. Ni tan sólo un hombre de mi propio campo hubiera podido adivinar lo que hacía. ¿Supongo que andaban ustedes buscando transmisoras de radio ocultas y cosas por el estilo?

—Sí, teníamos vigilantes en los puntos estratégicos, pero jamás descubrieron nada.

Molton comenzaba visiblemente a disfrutar. Quizá también él, pensó Sadler, se sentía desengañado de aquellos últimos treinta años, incapaz de decir cómo había engañado las fuerzas de seguridad de Tierra.

—Lo bello del asunto —prosiguió Molton— fue que mi transmisor estuvo constantemente a la vista de todo el mundo. Era casi el aparato más visible de todo el observatorio. Comprenda, era el telescopio de mil centímetros.

Sadler se quedó mirándolo con incredulidad.

—No le comprendo a usted.

—Considere usted —dijo Molton volviendo a ser el colega profesor que había sido después de su salida del Observatorio— exactamente lo que hace un telescopio. Recoge luz de una pequeña fracción de cielo y la trae cuidadosamente a un foco, o a una placa fotográfica, o a la ranura de un espectroscopio. Pero..., ¿no lo ve usted? Un telescopio puede funcionar de dos maneras.

—Ahora empiezo a seguirlo.

—Mi programa de observación comportaba el uso del telescopio de mil centímetros para estudiar las estrellas tenues. Trabaja con los remotos ultravioleta, los cuales por otra parte son totalmente invisibles al ojo humano. Me bastaba reemplazar mi instrumento usual por una lámpara ultravioleta y mi telescopio se convertía inmediatamente en un reflector de inmensa fuerza y exactitud, que enviaba un destello tan estrecho que sólo podía ser descubierto en la porción exacta del cielo a la que yo apuntaba. Interrumpir los destellos para el envío de las señales era, desde luego, un problema trivial. No conozco el Morse, pero construí un modulador automático para que lo hiciese por mi cuenta.

Sadler fue asimilando lentamente esta revelación. Una vez explicada la idea, era ridículamente simple. Sí, cualquier telescopio, ahora que pensaba en ello, podía funcionar en los dos sentidos, o captando la luz de las estrellas, o enviando un destello paralelo casi perfecto a ellas si se encendía una lámpara en el extremo inferior de la lente. Molton había convertido el telescopio de mil centímetros en la lámpara eléctrica mayor que jamás se había construido.

—¿Adónde dirigía usted las señales? —preguntó.

—La Federación tenía una pequeña nave en el espacio a unos dos millones de kilómetros. Incluso a esta distancia mi rayo era muy estrecho y se requería una buena navegación para mantenerse en él. Lo convenido era que la nave se mantendría siempre en línea recta entre yo y una tenue estrella del norte que se hallaba siempre visible encima de mi horizonte. Cuando quería enviar una señal (sabían cuando tenía que estar operando, desde luego) no tenía más que meter las coordenadas en el telescopio y estaba seguro que las recibirían. A bordo tenía un pequeño telescopio con un detector de ultravioleta. Se mantenía en contacto con Marte por radio ordinaria. Con frecuencia he pensado lo aburridos que debían estar allá arriba no oyéndome más que a mí. Algunas veces no enviaba nada durante varios días.

—Éste es otro punto —observó Sadler—. ¿Cómo llegaba a sus manos la información?

—¡Oh, había dos métodos! Teníamos ejemplares de todos los periódicos astronómicos, desde luego. Había páginas convenidas en determinados periódicos (*The Observatory* sé que era uno de ellos) de los que no apartaba la mirada. Algunas de las cartas eran fluorescentes bajo los rayos ultravioleta de intensidad. Nadie hubiera podido descubrirlo; los ultravioleta ordinarios no servían.

—¿Y el otro método?

—Yo solía ir al gimnasio de Ciudad Central cada fin de semana. Cuando uno se desnudaba solíamos dejar las ropas en cubículos cerrados, pero en la parte alta hay espacio suficiente para poder deslizar cualquier cosa. Algunas veces encontraba una tarjeta tabulada con una serie de agujeros. Perfectamente inocente, desde luego, se podía encontrar en cualquier sección del Observatorio, no únicamente en Contabilidad. Cuando llegaba al Observatorio la descifraba y enviaba el mensaje en mi próxima transmisión. No sabía nunca lo que enviaba, estaba siempre en cifra. Y jamás descubrí quién me tiraba las tarjetas a mi armario.

Molton se detuvo y miró inquisitivamente a Sadler.

—En conjunto —concluyó—, creo que no tuvo usted mucha suerte. Mi único peligro era que descubriese usted que había alguien que me pasaba informaciones. Pero aunque

esto hubiese ocurrido creía poderme salir del asunto. Cada pieza del aparato que usaba tenía una función astronómica perfectamente auténtica. Incluso el modulador formaba parte de un analizador de espectros inútil que jamás me tomé la molestia de demostrar. Y mis transmisiones sólo duraban algunos minutos; en este tiempo podía transmitir mucho, y volver inmediatamente a mi programa oficial.

Sadler miró al anciano astrónomo con mal disimulada admiración. Empezaba a sentirse un poco más tranquilizado; el antiguo complejo de inferioridad había desaparecido. No tenía ya nada que reprocharse; dudaba que nadie hubiese podido descubrir las actividades de Molton mientras se hallaba solo confinado en el Observatorio. Los que eran de censurar eran los agentes en Ciudad Central y Proyecto Thor que hubieran debido parar las informaciones que se filtraban.

Había todavía una pregunta que Sadler tenía deseos de hacer, pero no acababa de decidirse a hacerla; no, era, después de todo, asunto suyo. *Cómo*, no era ya un misterio; *por qué*, subsistía.

Se le ocurrían muchas preguntas. Sus estudios del pasado le decían que un hombre como Molton no se hace espía por dinero, poderío ni otras trivialidades de este género. Algún impulso emotivo tenía que haberlo arrastrado al sendero que siguió, y debía obrar con la profunda convicción respecto a que lo que hacía era lo justo. La lógica podía haberle dicho que había que sostener a la Federación contra la Tierra, pero en un caso como éste, la lógica no es nunca bastante.

He aquí un secreto que quedaría sepultado con Molton. Quizá se dio cuenta de los pensamientos de Sadler, porque súbitamente se levantó y, acercándose a una ancha biblioteca, corrió a un lado una sección de la estantería.

—Una vez tropecé con una cita —dijo—que fue para mí un considerable consuelo. No sé si fue hecha con intención de ser cínica o no, pero hay una gran parte de verdad en ella. Fue hecha, creo, por un hombre de estado francés llamado Talleyrand, hace unos cuatrocientos años. Y dice así: «*¿Qué es traición? Una simple cuestión de fechas.*» Tómese usted la molestia de reflexionar sobre ello, señor Sadler.

Se apartó del librero trayendo dos vasos y una garrafa.

—Un capricho mío —le informó a Sadler—. La última cosecha de Hesperus. Los franceses se ríen de él, pero yo lo pongo al lado de cualquier vino de la Tierra.

Chocaron los vasos.

—¡Por la paz entre los planetas! —dijo el Profesor Molton—. ¡Y que no tenga jamás un hombre que tener que volver a desempeñar el papel que nosotros desempeñamos!

Delante de un paisaje situado a cuatrocientos mil kilómetros de allí en el espacio y de dos siglos de existencia, espía y contraespía brindaron. Ambos estaban saturados de recuerdos, pero estos recuerdos no conservaban amargura ya. No había ya nada que decir; para ambos, aquella historia había terminado.

Molton acompañó a Sadler al corredor, pasaron por el lado de las tranquilas fuentes y lo instaló sano y salvo en el corredor deslizante que lo llevaría al vestíbulo principal. Mientras regresaba a su casa, deteniéndose ante el fragante jardincillo, fue casi arrollado por una bandada de alegres chiquillos que corrían hacia el campo de juego del Sector Nueve. El corredor conservó por algún tiempo el eco de chillonas voces; después, se desvanecieron como una súbita ráfaga de viento.

El Profesor Molton sonrió viéndolos correr hacia su brillante e imperturbado futuro; el futuro que él había contribuido a cimentar. Tenía muchos consuelos y éste era el mayor de todos. Nunca más, por muy lejos que la imaginación pudiese divagar, la raza humana volvería a estar dividida. Porque por encima de ella, más allá de la cúpula de Ciudad Central, las inagotables riquezas de la Luna avanzaban flotando por el espacio hacia todos los planetas que el hombre llamaba ahora suyos.

FIN